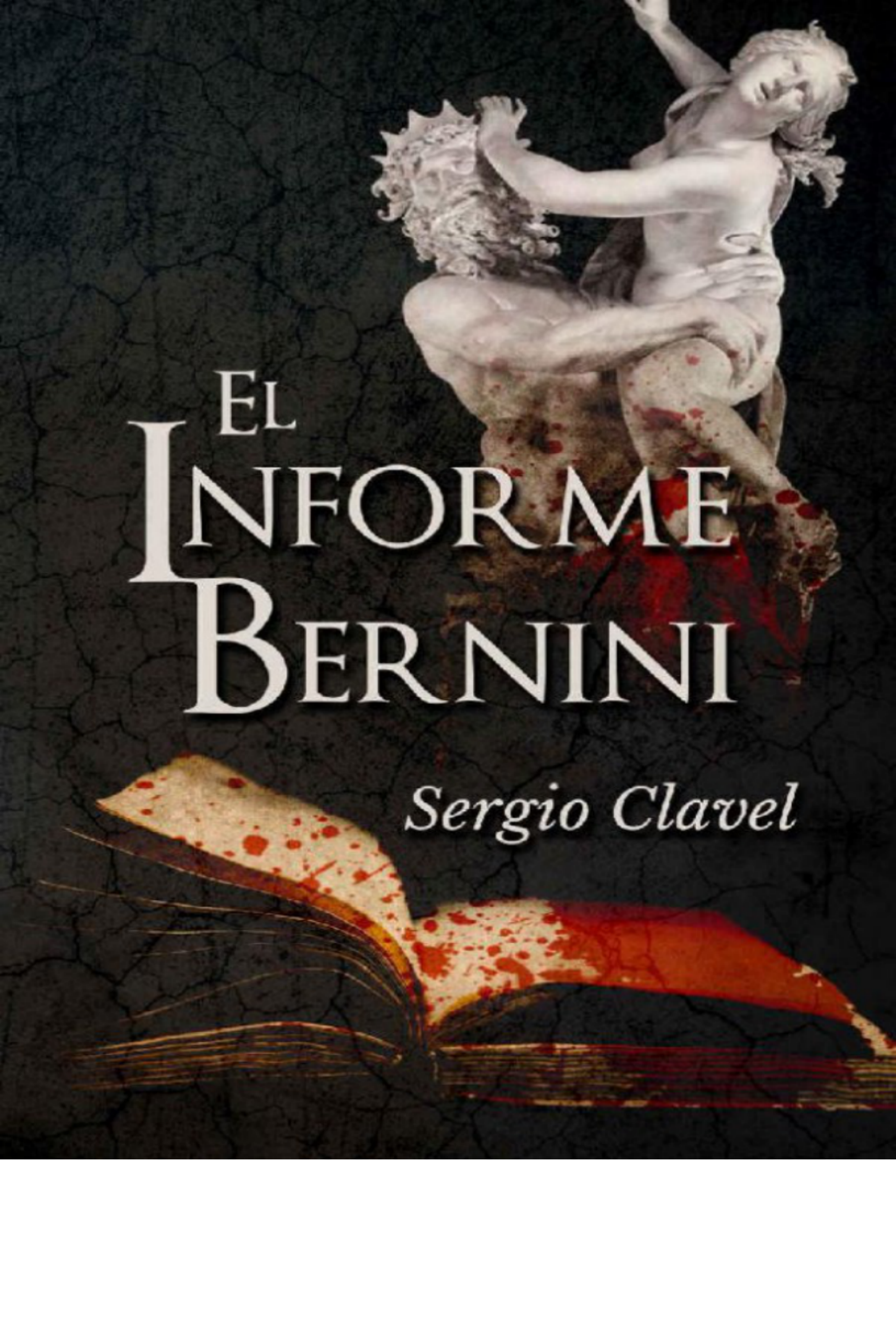


El
Informe
Bernini
Sergio Clavel

EL INFORME BERNINI

SERGIO CLAVEL

Título: *El informe Bernini*

Edición publicada en junio de 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

El Informe Bernini

Sergio Clavel

A Gian Lorenzo Bernini

1
25% BERNINI

Hacía ya bastantes horas que había utilizado el cincel y el martillo por última vez. Se limitaba a pulir aquella estatua concebida para un fin que ni él mismo conocía. Utilizó una combinación de productos químicos que creyó adecuada para atenuar el brillo de aquella piedra nueva de la cual había esculpido una escultura conocida por el mundo entero.

Pese a ser un artista anónimo, puso a trabajar la vista y la memoria fotográfica. Buscaba el tono adecuado, como si fuese un escultor tocado por la gracia divina.

«Listo», pensó al cabo de un momento.

La estatua se mostraba poderosa ante sus ojos. Aquel logro le sorprendió.

«Es mi mejor obra. Lástima que solo sea una reproducción de la de un genio que vivió en otro tiempo.»

Le guiñó un ojo a su interlocutor, que se hallaba a unos metros del lugar. Este era un hombre fortachón que sobrepasaba con creces el metro ochenta de estatura. Además, tenía una cara redonda, mejillas sonrosadas y cabellos muy poco mediterráneos, como los demás individuos que llevaban varias horas de pie en aquel almacén clandestino de las afueras de Roma.

El ciertamente siniestro personaje a quien se dirigía el guiño empezó a sacar un fajo de billetes descomunal; en su mayoría, de cien y doscientos euros.

—Cincuenta mil, como habíamos acordado —dijo.

El diminuto artista de espalda encorvada y mala salud guardó silencio. Se limitó a alargar el brazo y extender la palma de la mano para recoger el premio a su trabajo de las últimas semanas. Había transcurrido más de un mes desde que cogiera el cincel por primera vez para llevar aquel encargo. Su rostro era bien distinto de la que demostraba en ese momento. Pese al poco tiempo transcurrido, parecía un año más viejo. Ya ni siquiera recordaba cuando sonrió por última vez. Aquella obra había consumido todas sus energías, y ya no era capaz de hacer preguntas, aunque sabía que estaban

prohibidas en aquel encargo.

«Tu limítate a hacer tu trabajo y nada más», le dijeron aquellos mismos hombres cuando inició tan sorprendente cometido.

Los cuatro hombretones parecían calcados. Sus rostros eran más propios de un habitante del Trentino-Alto Adigio que de las suaves colinas sicilianas. Cargaron la pesada escultura en un palé y, con la ayuda de una transpaleta, comenzaron a desplazar la estatua por el almacén. A la salida los esperaba la parte trasera de un gran camión corroído por el óxido, el abandono y el nulo mantenimiento.

Dos de los hombres se sentaron en la parte anterior del vehículo y los demás se dispusieron dentro de él, junto a la carga valiosa que custodiaban. Tenían órdenes de hacerlo durante aquella misma tarde o noche de domingo si el trabajo estaba finiquitado. Lo estaba. Así pues, tomaron el rumbo que les habían indicado unos días antes; lo hicieron sin prisas, ni temor, ni dudas.

El ruido quejumbroso del viejo camión era el único sonido que les acompañó hasta la entrada a la Ciudad Eterna. Llegaron sin problemas ante la fachada del museo. Aparcaron el vehículo allí mismo, donde las escaleras se dividían en dos, a derecha e izquierda de una fachada proyectada en forma de U y decorada con nichos, vanos, estatuas clásicas y relieves.

Habían sustituido el acceso al lateral derecho por una rampa superpuesta concebida para facilitarles las cosas a personas con movilidad reducida.

Con toda la parsimonia del mundo, descargaron la estatua y la desplazaron por la corta rampa hasta llegar al acceso principal del edificio. Los cuatro hombres portaban ropa ancha y cómoda, así como unas mochilas negras que parecían bastante pesadas. Franquearon las puertas y pasillos del museo sin que nadie les cortara el paso. Buscaban una sala en particular. No tardaron en alcanzar su objetivo. Dado que conocían los sistemas de seguridad del museo, probaron una combinación numérica sobre el cristal de un teclado. La puerta se abrió al momento. Sacaron de las mochilas unos pasamontañas negros y unos mazos listos para estrenar.

Nada más entrar, inutilizaron dos cámaras que escudriñaban toda la sala. Luego vieron el techo abovedado y las ricas obras menores que poblaban aquel lugar y le daban un inconfundible sabor barroco. Sin perder un segundo, descargaron de la transpaleta la obra que apenas tenía horas de vida. Bajaron del pedestal la obra original y la llevaron en volandas hasta el artilugio en que habían

transportado la copia.

Alejaron la transpaleta justo hasta la entrada de la sala. Ello les permitía un margen de seguridad de al menos cuatro metros para perpetrar su nueva fechoría. Colocaron la copia sobre el pedestal desafiando a la gravedad con sus ocho brazos musculosos. Una vez dispuesta allí, la miraron. Ambas eran indistinguibles. Pero como no eran expertos, no les importó. Hicieron lo que mejor sabían: emplear la fuerza bruta para conseguir un nuevo orden surgido del caos.

Los cuatro sacaron los mazos de las mochilas. Su mera visión inducía al pánico. Cinco segundos después estaban golpeando la estatua recién elaborada en el extrarradio de la ciudad. Los trozos de piedra volaban por los aires, y la estatua se convirtió en un conglomerado de formas sin sentido y de tamaño desigual. Martillearon y martillearon hasta que la estatua quedó irreconocible. Miraron aquella orgía de destrucción y sonrieron, satisfechos.

Tres minutos después empujaban por los pasillos del museo aquella obra original que había descansado allí durante quién sabía cuánto tiempo.

* * * *

Antes de que llegara la medianoche, la *Guardia di Finanza* se presentó en la Gallería Borghese, uno de los museos más visitados de la ciudad.

El capitán Francesco De Angelis llegó al lugar con tres de sus agentes. Su fastidio era patente. ¿Cómo los molestaban a horas tan intempestivas de un domingo? Lo había alertado el director del museo, a quien, a su vez, le había avisado uno de los guardias de seguridad. Se excusó con el argumento de que, debido a los recortes económicos, el personal de seguridad se había reducido y las viejas cámaras de seguridad que vigilaban los pasillos no se habían sustituido por otras nuevas. Solo se mantenían las que custodiaban las salas. Pero el sistema de seguridad del museo dependía sobre todo de las puertas a las salas principales. Una vez cerrado el museo al público, estas solo podían abrirse tecleando una combinación alfanumérica que cambiaba cada hora de manera aleatoria, y a la cual solo podían acceder los guardias en tiempo real desde la nube

informática de aquel recinto.

Aquello hizo dudar al capitán, pero prefirió no hacer juicios apresurados. Como no entendía de tecnología, prefirió centrarse en los hechos.

Francesco De Angelis acudió a la Galeria convencido de que se había cometido un robo. ¿Por qué otra cosa se podría molestar a la policía a aquellas horas? Vio que alguien se acercaba a él. Era un hombre alto y bien vestido, con un pañuelo al cuello en vez de corbata y un semblante serio e impertérrito.

—Soy el director del museo. Gracias por venir a estas horas —dijo con voz pausada y carente de emoción.

—Capitán Francesco De Angelis. Guardia di Finanza. Hemos venido tan pronto como ustedes nos han llamado.

Se dedicaron un saludo cortés mientras caminaban por el pasillo. El director lo llevó hasta la sala. Al capitán le sorprendió la escena de la estatua hecha añicos. Por unos segundos no supo ni qué decir. Sus colegas empezaron a precintar una superficie de apenas cinco metros cuadrados como si allí se hubiera perpetrado un violento crimen.

Unos minutos antes, el director había informado a Adriana Rizzo, profesora de historia del arte, y le había suplicado que acudiese al museo. No se lo pensó dos veces, pese a las medias palabras y a la escasa información recibida. Le mandó un mensaje a Carlo Marini, su pareja:

> *Me voy a la Gallería Borghese. Algo grave ha sucedido allí. No me esperes a la vuelta.*

Él contestó:

> *De acuerdo. Estoy tratando con un desgraciado en la comisaria para que me diga de qué forma trapichea con la droga que trafica. Si no quiere hablar, me dan ganas de incrustarle en la cara la colilla que ahora mismo me estoy fumando. No me esperes tú tampoco. Este tipo tiene ganas de darme la noche. Besos.*

Adriana estaba orgullosa de la manera en que, con el tiempo, había conseguido que su funesta y nada romántica pareja terminase los mensajes con un «Besos». Solo alguien como ella era capaz de

semejante logro.

Recogió lo estrictamente necesario, le echó una mirada femenina al espejo de la entrada y salió como un rayo. Hacía ya dos años que no se desplazaba con su vieja Lambretta: sucumbió a los achaques mecánicos. Ahora lo hacía con su Fiat Punto. Tenía un motivo adicional para no arriesgar más de la cuenta: estaba embarazada de tres meses, aunque apenas se le notaba.

Estacionó el automóvil en el mismo lugar donde lo habían hecho los desaprensivos iconoclastas.

«¿Qué habrá sucedido realmente? —pensaba, ofuscada, aunque sabía que no tardaría en descubrirlo—. Ese estúpido del director no me lo ha querido decir…»

Dejó atrás la puerta principal y subió las escaleras por el tramo de la izquierda. Cuando superó el último peldaño, vio la figura de un hombre alto y delgado, de cabellos negros engominados hacia atrás, de porte elegante y rostro duro.

—Buenas noches, señorita Rizzo. Soy el director. Muchas gracias por venir a estas horas —dijo con voz inexpresiva.

El caballero se le adelantó y le ofreció la mano izquierda. Poco habituada a los saludos, Adriana se hizo un lio y le estrechó también la izquierda, pese a ser diestra. Siguieron por los pasillos. A lo lejos se oía el murmullo de personas que hablaban. No conseguía entender la conversación. El director seguía haciendo gala de un enorme secretismo acerca de lo sucedido. Eso sacó de sus casillas a Adriana, cuyo bello y dócil rostro aparecía ahora desencajado.

Las sospechas se acrecentaron cuando el director aminoró la marcha y prácticamente se detuvo frente a la entrada de la sala. Un escalofrío electrizante le recorrió la espalda a Adriana por un segundo: sabía muy bien qué obra maestra se mostraba allí al público todos los días.

«¡No puede ser!», pensó antes de ver nada. Un segundo después entró en la sala. Su asombro fue mayúsculo. Por un momento creyó que se trataba de un robo, pero entonces vio un amasijo de piedra alrededor del pedestal de una de las grandes obras maestras de la historia de la escultura: *El rapto de Proserpina*, de Gian Lorenzo Bernini.

Adriana no lo pudo evitar. Estalló en un llanto desconsolado e histérico mientras encogía el cuerpo como si hubiese sido víctima de un problema intestinal.

—¡Dios mío, no puede ser! —oyeron los demás, pese a que la voz se mezclaba con los lloros. Todos los allí presentes sintieron aquel dolor como propio.

Adriana no supo cómo llegó hasta el centro de la sala, obviando la belleza de esta y refugiándose en un súbito dolor. Era como si acabara de perder un familiar. El rostro del director seguía igual de inexpresivo: escrutaba las caras de los demás y medía mucho sus palabras.

La historiadora recogió un pedazo de piedra de la escultura que había quedado fuera de la zona delimitada por la Guardia di Finanza. Adriana pareció otra persona durante unos minutos, una extraña para los allí presentes, la mente vacía de cordura y llena de pena. Mientras, el capitán susurraba en tono calmado con el director.

Los otros tres policías tomaban fotos, como si de un crimen se tratase. Eso era lo que le parecía a Adriana, incapaz de entender por qué se podía destrozar una estatua barroca como aquella. Recobró la calma al cabo de unos minutos, pero el dolor de la pérdida continuaba. Sus bellos ojos negros y almendrados se posaron en los policías. No necesitó acercarse a ellos, pues el capitán acudió a su encuentro.

—Buenas noches. Soy el capitán Francesco De Angelis, de la *Guardia di Finanza* —se presentó con tono cortés.

—¿La Guardia di Finanza? ¿Ustedes no se ocupan de otros asuntos menos relevantes que el arte? —replicó en tono grosero y despectivo, como si no hubiera nada más importante que el arte.

—También nos encargamos de delitos como este; es decir, contra el patrimonio público o de asuntos económicos.

—¿Cree que esto es cosa de economía? —repuso, soltando toda la rabia que atesoraba.

—No, señorita. Pero le pregunté al director y ya hemos hecho algunas averiguaciones. Sé a ciencia cierta que la estatua en cuestión tenía una póliza de seguro por valor de quince millones de euros.

—¿Está usted sugiriendo que el museo ha destruido la estatua para cobrar la prima del seguro?

Por un momento, los bellos ojos de Adriana parecieron peligrosos e inquisitoriales.

—Señorita, no se imagina lo que la gente llega a hacer por dinero. Y somos especialistas en delitos fiscales y económicos.

—¡Pero se trata de arte! ¡No sea zopenco! —Adriana no parecía Adriana—. ¡Seguro que no conoce la obra que acaban de destruir!

—No tengo ni idea —reconoció con tono desinteresado.

—Pues se trata de *El rapto de Proserpina*.

Y, nada más decir esto, tuvo un pensamiento fugaz, pero lo descartó de inmediato.

* * * *

Escribo estas palabras en el año del Señor de 1666, cuyas últimas cifras coinciden con el número de la Bestia. Pido a Dios perdón por citarla, así como por las revelaciones que me han sido confesadas, siendo yo su más humilde servidor. El número de la Bestia existe, y no se refiere al emperador Constantino, como nuestra Santa Iglesia así estableció. Que Dios me perdone otra vez por rectificar a su innumerable familia de fieles. Yo confieso: Sé quién es él.

La mayor herejía de la historia ha sido la blasfemia contra nuestra Fe, contra Dios y contra el Vicario de Cristo. Tal herejía me ha sido revelada en lo últimos tiempos y trata de mancillar a nuestra propia Iglesia identificándola con la Bestia del Apocalipsis.

La Bestia ha hablado, ha estado aquí entre nosotros. En ocasiones, la herejía indica que el Anticristo será un papa. Sí, la Bestia a veces se confunde con él porque el Maligno suele valerse de la mentira para confundirnos, para desacreditar a Dios y para llevarse las almas de los hombres.

Yo, que he consagrado mi vida a Dios, que he defendido sus reglas divinas, que he expresado la voluntad de su Iglesia a manifestarse con fuerza triunfante a través de obras espectaculares con celebración y respeto a nuestro Señor, confieso lo siguiente.

Mi fuerza prolífica para ensalzar con obras la auténtica Iglesia de Dios decrece; no así mis infinitas fuerzas para denunciar la herejía. Mi fe en la Iglesia es más prolífica que mis obras y trasciende al arte que me inspiró Dios para servirle.

La herejía es la Bestia. Ella nació no muy lejos de aquí, donde las colinas se hacen pronunciadas. Sin embargo, su verdadero origen se halla en colinas verdes que circundan tierras colmadas de obras de arte, obras consagradas a Dios que la Bestia abomina. El único y verdadero propósito del arte es servir a Dios. Conviene hallar y señalar todo aquello que se aparte de este noble objetivo: es el Maligno, que busca con tretas y burdas

palabras conseguir el poder en la tierra concedido por Dios a los hombres menoscabando la Iglesia y acabando con su fe.

La Bestia dice ser pariente de santa Catalina. Cuidaos de sus mentiras, porque de ellas se sirve para su único fin: enmudecer la Fe, confundir al hombre y llevarlo hasta el pecado más grande que puede realizar y que no es otro que apartarse de Dios nuestro Señor.

Ella tomó un camino entre los hombres para pasar desapercibida entre los mortales, para nutrirse de la herejía que empobrece las almas de quienes la predican. La Bestia es el protestantismo, y en los últimos años nos ha sido revelada en forma humana en diversas ocasiones, con diversos nombres, pero esta última revelación de la cual he sido beneficiado nos habla de hasta donde es capaz de llegar el mal disfrazándose de la bondad y clemencia de Dios representada en la tierra…

* * * *

Salvatore Paolini, uno de los agentes de la comisaría, andaba con la mosca detrás de la oreja. El comisario Carlo Marini mostraba aquella noche una actitud más esquiva de lo habitual, como si llevara una investigación paralela. Ya era difícil trabajar junto con el comisario debido a su mal genio y su incapacidad para consultar nada con sus agentes. Parecía todavía más irascible y preocupado de lo habitual.

Andrea De Sorrento llevaba unas horas detenido. Aquel escuálido traficante de poca monta era, además, confidente de la policía. La piel oscura y el cabello rebelde acrecentaban la sensación de que estaba consumido por toda la droga que había tomado a lo largo del tiempo. Tenía cuarenta años, pero aparentaba mucho más de cincuenta.

«La droga me lo ha dado todo, pero también me lo ha quitado», solía decir. En el caso de ese camello era cierto: acabó en ese mundo a los quince años, sin conocer otra cosa mejor, ni estudios ni trabajo. No era un tipo feliz, pero tampoco podía decir que no lo fuese. Eso sí: era osado. No conocía el miedo, y conocía muy bien las calles de Roma; mejor, incluso, que la policía. Había visto morir a muchos de sus amigos durante los años en que las drogas mataban prácticamente a tanta gente como lo hizo la peste en la Edad Media. Pero De Sorrento se las arreglaba siempre para olvidar las penas y vivir lo mejor posible dentro de sus limitaciones. No era excesivamente inteligente, pero sí un superviviente nato.

La destartalada comisaria no había cambiado en los dos años que hacía que Adriana era la pareja del comisario. No se había realizado ninguna reforma, el mobiliario viejo era el mismo, y las condiciones seguían siendo extremas. Parecía un edificio encallado en los años noventa, lo que creaba un contraste con la realidad de la calle, con el siglo XXI cambiante y veloz en el que quien no se adaptaba quedaba fuera al momento.

A esas horas del domingo solo estaban allí Carlo Marini y su más fiel agente, para alivio de los demás, contentos por no pasar el día junto al insoportable comisario.

De Sorrento llevaba más de media hora solo en el despacho de Marini. Este había salido a buscar un café. No hizo ni el menor ademán de invitar. Había dejado en su despacho a aquel botarate para que se consumiera con la espera. Pensó que así sería más fácil interrogarlo. Confiaba en no tener que valerse de la fuerza, aunque tenía otros medios para hacerlo hablar.

«Ante todo, intimídalos», era su poco ortodoxa (y, seguramente, errónea) divisa.

Se tomó el último sorbo de café, se ajustó la camisa y se dijo a sí mismo: «A por él», como si estuviera en un cuadrilátero.

Llevaba consigo unos folios en los que se podían leer unos números que él mismo había escrito a mano.

El olor del café se había colado en la habitación. El detenido no tuvo peor idea que decir:

—¿Podría tomarme una taza de café? Me estoy durmiendo. Mire qué horas son. No sé qué quiere de mí.

—De Sorrento, estás detenido. No vas a tomar café y no vas a salir de aquí hasta que se me antoje.

—Pero…

—Ni peros ni leches.

—Pero ¿qué quiere de mí esta vez?

No era ni la primera ni la segunda vez que visitaba aquella comisaría.

—Pues mira. Si no me cuentas lo que quiero, esta noche dormirás en el calabozo.

—No puede hacer eso. No tiene nada contra mí.

—Mira, De Sorrento. Forzaré la ley hasta donde sea necesario para sacarte la información o, en el peor de los casos, evitar que hoy vuelvas a tu casa.

—Eso son bravuconadas suyas, comisario. Conozco mis derechos.

—Escúchame, desgraciado. No tienes ni idea: ni de derechos, ni de nada. Solo sabes trapichear con drogas, y el que seas uno de nuestros confidentes no significa que vayamos a tratarte mejor. Y no sigas con tus frases desafiantes porque de lo contrario desatarás mi ira; que, por cierto, ya está bastante alimentada de por sí por tipejos como tú, que no tenéis mejor cosa que hacer que delinquir con total impunidad al amparo de unas leyes de mierda que solo cumplimos quienes las respetamos a regañadientes. ¿Te queda claro? —El tono hizo que menguase más de lo que ya estaba—. Veamos —añadió, hojeando unos papeles y dando por descontado que el tipejo colaboraría—. Tengo aquí una lista de cuentas bancarias donde se han hecho unos ingresos en metálico en las últimas semanas. Y ¿sabes? Mira qué casualidad. Te han visto ingresar el dinero en una de ellas. Como podrás imaginar, tenemos confidentes no solo en la calle, sino también en los bancos. Lo que más me extraña de esta transferencia no es que la hayas hecho tú, que eres un delincuente confeso y deberías estar en la cárcel. Tampoco me extraña la cantidad. Cierto, trescientos mil euros son una cantidad elevada, pero tampoco son nada del otro mundo, ¿no crees? A mí no me lo parecen. Lo que me inquieta es el destinatario: la iglesia de San Pablo Intramuros. ¿Y sabes? He investigado un poco, y vaya sorpresa me he llevado al descubrir que se trata de una iglesia protestante. ¿Qué hacías mandando dinero allí? Y, sobre todo, ¿por qué?

Remató la pregunta apretando un cigarrillo encendido entre dos dedos.

—No sé de qué me habla usted, comisario.

A juzgar por su cara, era evidente que aquel delincuente del tres al cuarto mentía. Marini soltó una bocanada de humo mezclado con ira e intentó contenerse un segundo.

—Mira, De Sorrento, ¿ves esta colilla? A una persona a quien quiero mucho le he prometido que te la pasearé por la cara si no colaboras. ¿Qué hacemos? ¿Quieres que rompa la promesa que le he hecho a una de las personas a las que más quiero? No, ¿verdad? —se respondió a sí mismo.

A De Sorrento le palpitaba el corazón, pese a estar acostumbrado a situaciones como esa. Algo le decía que el comisario estaba cada vez más desquiciado y que un año de aquellos iba a cometer alguna barbaridad. Hizo acopio de sus últimos vestigios de valor.

—Sigo sin saber qué responderle, comisario.

El aludido vocalizó lentamente, para dejar claro su mensaje.

—Quiero saber a quién iba dirigido ese dinero, y no me contestes que a una iglesia evangélica.

—Yo solo envié el dinero. No sé quién lo recibió. Si la transferencia dice que esa cuenta pertenece a una iglesia, ahí tiene la respuesta.

El comisario se acercó a él sin disimular el tono amenazador.

—Dame nombres de alguien que esté metido en todo este embrollo.

—Alessandra.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó, al darse cuenta de que la intimidación comenzaba a dar sus frutos.

—No sé su apellido. Solo sé que ostenta un cargo importante dentro de los *Carabinieri*. Comisario, ¿ve cómo no es oro todo lo que reluce? —replicó, con la intención de descargar toda responsabilidad.

* * * *

Mario Cimini era uno de los alumnos más destacados de su clase. Sin embargo, nunca fue el mejor. Poseía unas grandes cualidades, entre ellas una extraordinaria memoria. Fue él quien escogió entre varios compañeros al grupo ideal para realizar ese cometido audaz en un territorio tan hermético como aquel en el que querían investigar.

Mario tenía a favor un brillante expediente académico y el apellido de su madre, Barberini, que le abría puertas allí donde a otros les daban un portazo.

En su contra pesaba un aspecto en exceso desaliñado para tratarse del primogénito de una familia de clase alta. Rehuía los

espejos que tanto abundaban en la gran mansión familiar, ajeno tanto al largo cabello negro y sucio como a su aspecto desastroso, más propio de una condición social inferior.

Escogió a sus tres compañeros en función de una cualidad de sumo interés para él, y en la que destacaba. Se dedicarían a memorizar ciertos textos en grupo, repartiéndose el trabajo, pues disponían de muy poco tiempo.

El apellido de la madre de Mario les había facilitado el acceso a aquel lugar recóndito.

Ese apellido también le había permitido a parte de su familia permanecer en la alta sociedad durante siglos, así como acceder a ciertas informaciones que, por muy ciertas que fuesen, jamás saldrían a la luz pública.

Mario Cimini tenía la certeza que al anterior papa, Francisco, lo habían asesinado tras las conspiraciones palaciegas acaecidas en el Vaticano un año antes. Los conspiradores detentaban ahora el poder con un nuevo papa que se puso por nombre Escipión. Con arreglo a las reglas imperantes en el Vaticano, el cardenal camarlengo certificó la muerte del pontífice con unos golpes del martillo de plata con el que se aseguraba que el Santo Padre ya estaba reuniéndose con Dios. En el Vaticano estaban prohibidas las autopsias. Así pues, aquel pequeño estado situado en el corazón de Roma era el menos democrático para morirse.

Mario creía que todas aquellas intrigas, así como el asesinato del papa, tenían como objetivo sacar a la luz pública un informe que haría temblar los cimientos del Vaticano y de la cristiandad entera. Por ello tramó una hábil estrategia encaminada hacer aflorar la verdad desde los mismísimos subsuelos del Vaticano. Las dos mejores armas de que disponía para conseguirlo eran su prestigioso expediente académico y, sobre todo, el apellido materno.

Historia del Arte no era su primera carrera. Unos años antes ya había cursado Informática, con las mismas o incluso mejores notas. Sentía cierta frustración por el hecho de que sus calificaciones en Arte estuvieran un punto por debajo de las que había obtenido con los números. Por eso llevaba tiempo tratando de fusionar ambos mundos: las matemáticas y el arte. Como lo habían hecho algunos grandes genios siglos atrás.

Leonardo Da Vinci y la *Gioconda* eran dos ejemplos paradigmáticos. Dicha obra está impregnada de una geometría sagrada; es decir, una continuidad matemática que define al arte. La

geometría sagrada que tanto veneraba Mario constaba de tres variables fundamentales: la proporción en el diseño, la numerología en la estructura y el lenguaje simbólico en la narrativa.

Mario Cimini poseía un don especial con las matemáticas que lo llevó a estudiar informática, pero a la vez sentía una pasión irrefrenable por el arte. Quiso unirlas ambas en su universo mental, pero solo podía ver vínculos en las obras de otros. Eso incrementaba su frustración, pues se consideraba un mero espectador del fenómeno al que había consagrado su vida, y de las consiguientes formas de entender la naturaleza. Todas aquellas pulsiones, que no había resuelto como le habría gustado, lo estaban convirtiendo en un amargado de menos de treinta años. Era una persona esquiva, llena de decepciones que solo intentaba remediar asomándose al precipicio; es decir, arriesgando más que nadie para que obtener un premio tan relevante que acallase cualquier atisbo de crítica acerca de sus cualidades. En realidad, Mario era un inadaptado social con un carácter bronco y unos comportamientos que tendían a aislarlo del mundo en vez de integrarlo, o bien para compartir su obra, o bien para mostrar sus bondades terrenales.

Hacía unas semanas que Mario se sentía observado. Tomó las precauciones necesarias para que ni su obra ni sus secretos pudieran ser violados. Entre esos últimos figuraba una relación amorosa y conflictiva que había mantenido unos años atrás con alguien muy cercano a él en el plano académico. Pese a que aquello formaba parte del pasado, lo cierto era que atormentaba al joven Mario y hacía aflorar su peor versión.

Sin embargo, su principal aportación al mundo era su trabajo de fin de carrera de Historia de Arte, un intento de fusionar los dos mundos que le apasionaban. El título era muy significativo: *Los números conviven ocultos mientras el arte brilla en el mundo*.

Su tesis hablaba de la estrecha relación entre universos tan diferentes. Se hablaba del número áureo, tan frecuente en la naturaleza y en el arte. Se citaba a Fibonacci, cuya sucesión numérica era la misma traducción a la geometría de ese número áureo.

Pero la tesis de Mario rezumaba frustración desde el momento en que escogió el título. Era como si los números solo fueran meras comparsas del arte. Mario se parecía más a un número que a un cuadro. Si fuera un número sería el cero: la expresión de lo nulo, del fracaso, de no haber sido nadie, metáfora de una vida breve en

la que nunca conseguía superar lo superable. El afán de notoriedad de Mario, producto de su don con los números y el arte, no ocultaba un infinito complejo de inferioridad. Pero Mario quería más: buscaba el protagonismo, quería que lo oyeran.

Y como su intuición le decía que alguien se le estaba acercando para arrebatarle su momento de gloria, decidió protegerlo allí donde pensaba que nadie llegaría, muy en lo alto, donde se sentía libre y en paz.

* * * *

Entró en silencio, convencido de que su amada descansaba a esas horas. No era así. Adriana movía las piernas bajo el edredón, tapada solo con un camisón otoñal y frío. Cortó en seco los movimientos nerviosos y casi espásticos: había oído un ligero ruido en el pasillo. Vio una sombra que aparecía por la puerta y estuvo a punto de gritar, pero enseguida reconoció a Carlo.

—Buenas noches, mi amor —dijo Marini. Desde que estaban juntos se expresaba con un tono más meloso que Adriana, de quien había aprendido a exteriorizar el cariño—. ¿Todavía despierta?

—No puedo dormir. Lo de esta noche en el museo me ha dejado traumatizada. Carlo, ¿por qué la *Guardia di Finanza* se ha encargado de este caso? ¿No habría sido mejor que lo llevaras tú? ¿Quién decide estas cosas?

—No sé —respondió con tono sarcástico—. ¿Los fiscales? ¿Los jueces? No importa. Si no llevo ese caso, no repercutirá en nuestra relación de pareja. De todos modos, si no has conseguido dormir es que realmente te afecta, aunque no veo el porqué. Estoy que me caigo de sueño; pero, por favor, cuéntame qué te tiene tan preocupada.

—Pues… —Adriana no sabía cómo resumirlo en una frase, pero se esforzó para soltarlo a quemarropa y, de este modo, conjurarlo—. Han destruido una estatua en la Gallería Borghese.

—¿Eso es todo? —preguntó, inocentemente.

—¿Te parece poco? Esa estatua se esculpió hace cuatro siglos y es una obra fuera de lo común, es extraordinaria, es…

Adriana se contuvo: no quería revelar el nombre. Un escalofrío

le recorrió el cuerpo, pese a estar cubierta con el caro edredón de plumas.

—Bueno, sí, era una estatua importante. —Marini trataba de ponerse en su lugar, aunque no sabía nada de arte ni sabía a qué estatua se refería Adriana—. Dime que, por lo menos, no ha habido daños personales.

—Carlo, perdóname por lo que voy a decir, pero algunas obras de arte me parecen más importantes que muchas personas.

—¿Me cambiarías por alguna de ellas? —preguntó, tratando de sonreír para quitarle hierro al asunto. Ella le devolvió una sonrisa forzada.

—No te cambiaría por ninguna, pero recuerda que todas son más hermosas que tú.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Yo sigo vivo, aunque feo, y tú tienes todas las estatuas del mundo a las que admirar.

—¡Carlo, la han destruido! Seguramente no puedan reconstruirla. Es una obra perdida para siempre. Me duele el corazón por el mero hecho de pensarlo. Sufrí un ataque de histeria allí mismo, en la Gallería Borghese.

—Pensé que era en otro museo, perdona…

Marini parecía distraído.

—¿Por qué dices eso? No te entiendo.

—Por nada. Estaba tan liado con el trabajo cuando me mandaste ese mensaje que imaginé que se trataría de otro lugar…

—¡Pero si te dije claramente adónde iba! ¿Qué te pasa, Carlo? Hoy estás muy raro. No me escuchas ni me entiendes.

—Es que la galería esa…

Marini no quiso acabar la frase.

—¡Sí! —exclamó—. Por ese motivo, también. Pero entre tanta escultura, han ido a destruir una muy particular. ¡*El rapto de Proserpina*, Carlo! ¡*El rapto!* ¿Recuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Carlo evocó el día en que, hacía dos años, un asesino desalmado secuestró a Adriana y la llevó a ese mismo museo para cometer un acto atroz frente a la estatua. Los *carabinieri* evitaron una tragedia, y gracias a ello Adriana estaba viva—. Pero detuvimos a ese desalmado. No tienes por qué temer:

está entre rejas. Debe de tratarse de una casualidad…

Y no supo qué más añadir.

—Carlo, llevo horas llorando —replicó Adriana, incapaz de distinguir lo profesional de la experiencia personal vivida dos años antes—. La imagen de la estatua hecha añicos no se me va de la cabeza. No temo por mí, pero al destruir obras como esa me rompen también a mí, ¿lo entiendes?

—Creo que sí —respondió, no muy seguro de estarlo, de modo que pasó a hablar de trabajo—. ¿Qué han dicho los de la Guardia di Finanza?

Adriana alzó la voz.

—El tipo que los dirige es un estúpido y un engreído. ¡Dice que llevan el caso ellos porque es un acto contra el patrimonio público y contra la economía! ¡Pero cómo se puede ser tan memo! ¡Hablar de economía cuando deberíamos hablar de arte!

—Toda obra de arte tendrá su valor…

No quiso añadir la palabra «económico» para no enfurecerla.

—Exacto. Algo así dijo ese individuo pomposo. ¡*El rapto de Proserpina* vale quince millones de euros!

—¿Y cómo sabe eso?

—El tipo tuvo la poca delicadeza de hablarlo con el director del museo cuando yo aún no había secado mi última lágrima.

—Rápido sí que es … —añadió Marini.

—Y también un chulo y un analfabeto. No sabe de qué obra se trata.

—Bueno, yo tampoco la he visto nunca, y tarde o temprano habría preguntado por lo mismo. ¿El museo tiene una póliza de quince millones por esa obra?

—Sí. Y la cobrarán si la obra no se recompone. Si no baja Dios y la rehace, Bernini no podrá hacer otra igual. Los mortales pasamos, pero nuestras obras perduran. Mucho me temo que esa obra ya solo forme parte del pasado.

Y Adriana comenzó a sollozar de manera casi imperceptible mientras se encogía, la cabellera negra extendida por toda la cama.

Carlo se acercó a ella con suavidad y la abrazó.

—No te preocupes, cariño. Si la han destrozado para cobrar la

póliza del seguro, no la cobraran jamás. La *Guardia di Finanza* no lo permitiría jamás.

Adriana, encolerizada, dejó de sollozar y gritó con todas sus fuerzas:

—¿Ves cómo no has entendido nada? ¡Han destruido la estatua! ¿Qué más da lo que cobren por tenerla asegurada? ¡El mundo la ha perdido para siempre, y el museo también! Vete ahora mismo a dormir a otra cama, o al sofá. No quiero verte esta noche.

Marini cogió los bártulos y se encaminó a la habitación contigua. De un tiempo a esa parte, Adriana lo castigaba más que los malhechores que frecuentaban su comisaría… y eso que solo llevaban dos años de relación.

La historiadora se escondió en las profundidades de su edredón y se acuclilló para acariciarse con suavidad el vientre, donde llevaba un futuro bebé de solo tres meses. Luego volvió a llorar en silencio.

* * * *

Al día siguiente llevaron *El rapto de Proserpina* al Tecnicon Restauro Opere d'Arte. Adriana solo conocía aquel lugar de oídas, de cuando adquirió notoriedad por la última restauración de la Fontana di Trevi. Como esta había sido su trabajo más relevante, una gran fotografía de la fuente ocupaba un lugar preferente en la página de inicio de su web.

Adriana había creído que llevarían los pedazos a su universidad para valorar las posibles consecuencias. Por eso, cuando supo de su paradero, abandonó la facultad sin dar explicaciones a sus alumnos de las diez de la mañana. Estaba indignada. La clase iba a versar sobre el Barroco y cómo la enemistad entre Borromini y Bernini elevó la calidad y expresión de aquel arte efusivo.

Pensaba dejar para otro día cómo en la Piazza Navona convivían sendas obras de aquellos grandes genios del arte: la iglesia de Santa Inés, de Borromini, y la fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini.

El imaginario popular aseguraba que las estatuas de la fuente de Bernini le hacían un feo desplante a la obra de Borromini, pero Adriana sabía que aquello era falso. La fuente se erigió antes que la

iglesia. Pero aquello no molestaba a la historiadora. Es más, la falacia le parecía bien si con ello se hablaba más y mejor del Barroco. En una cosa sí coincidía con Bernini: de haber sido contemporáneos, ella le habría hecho un buen corte de mangas a Borromini. Tres cosas eran seguras: los dos artistas se odiaban, Adriana amaba a Bernini, y ella dejaría esos asuntos para otra clase.

Adriana no había cenado nada la noche anterior. Tampoco había dormido. Para complicar las cosas, ni siquiera había desayunado antes de ir a la universidad. Buscó algún lugar donde tomarse un cappuccino. No bien se lo hubo tomado, lo vomitó por las calles. Luego buscó una fuente donde asearse. No tenía claro si estaba así por su condición de embarazada o por la pésima gestión de sus últimas horas. Se quedó allí sentada por lo menos media hora más, junto a una fuente que no era barroca ni tenía esculturas.

Ya repuesta, buscó un taxi e indicó las señas de la empresa de restauración de antigüedades.

Situada al sur del Vaticano la empresa estaba fuera de las antiguas murallas de Roma. Un guardia de seguridad la dejó pasar al identificarse ella como profesora de la Universidad de La Sapienza de Roma. Aquel lugar necesitaba un mínimo de seguridad, pues lo que allí se custodiaba tenía mucho valor, a veces incluso incalculable. Nada más pasar a una nave interior con un techo de más de siete metros de altura distinguió a dos agentes de la *Guardia di Finanza* y, un poco más al fondo, al capitán Francesco De Angelis. El saludo fue más distendido que la noche anterior: tal vez Adriana había perdido fuerzas en las últimas horas y no deseaba discutir. Todavía más al fondo distinguió a un hombre canoso a cuyo alrededor se arremolinaban mujeres jóvenes que imaginó debían de ser restauradoras que trabajaban allí.

El sesentón acudió donde Adriana en cuanto la vio aparecer.

—Buenos días, señorita. Soy el gerente de Tecnicon Restauro. ¿En qué puedo ayudarla?

Y la miró con deseo descaradamente. Adriana, que antes que bella era inteligente, comprendió cómo elegía a sus empleadas.

—Soy la profesora Adriana Rizzo, de la universidad.

—Ah, sí —dijo, como si le hubieran hablado de ella hacía tres meses, y no unas horas—. Ha venido por la estatua de Bernini, ¿verdad? ¿Quién habrá sido el desalmado que la destruyó?

—Esa pregunta no es asunto mío. —Y le puso mala cara al

capitán De Angelis. Parecía que Adriana estaba de vuelta y quería guerra, pero no fue así—. Yo estoy aquí por mi relación con el arte. No sé ni de números ni de sospechosos.

Pero aquello no era del todo cierto. Ella sabía moverse en el terreno que separa la simbología de los números y la intuición para tratar de discernir el bien del mal.

—Pase, señorita Rizzo.

Y mientras ella entraba en la nueva sala, aquel hombre le miró el culo sin pudor. Adriana no se dio cuenta.

La sala era un rectángulo de unos quince por cinco metros. Unos potentes focos partían de diversos ángulos y focalizaban la iluminación sobre una amplia mesa en la que estaban depositados los fragmentos de la estatua. Ya en el interior, Adriana se presentó a las chicas y les dio la mano y les dedicó saludos corteses.

—Aquí tiene todo lo que queda de la estatua. Estos agentes la han traído a primera hora de la mañana. De momento, solo hemos podido contabilizar el número de piezas y asociarle a cada cual un número. Eso nos ha dado un total de ciento cuarenta y cuatro fragmentos en que ese desgraciado destruyó la estatua. —El número le recordó algo a Adriana, pero no pudo saber qué, y perdió el hilo. Luego retomó su habitual discurso feminista—. ¿Por qué presupone que fue un hombre? ¿Es que acaso solo ustedes pueden generar mal, y nosotras cosas lindas?

Su voz sonó tan envenenada que nadie contestó.

Adriana observó durante unos segundos aquella mesa gigante donde se esparcían los restos de *El rapto de Proserpina*. No lloró. Imaginó cómo podría resolver aquello, y se dio por vencida al momento.

—¿Cómo podemos solucionar esto, señor gerente, si es que se puede?

Lo llamó así porque aquel tipo no tuvo ni la gallardía de decir su nombre.

—Bueno, le seré sincero: desde que me lo trajeron esta mañana he dado casi por descartado cualquier posible restauración. Pero luego he estado pensando y quizás haya una posibilidad remota.

Le dijo que aquellos ciento cuarenta y cuatro pedazos en los que estaba fragmentada la estatua eran como un puzle de mil piezas pero elevado al cubo por su dificultad de reconstrucción en tres

dimensiones. Hizo una pausa. Y entonces le contó que mientras contemplaba aquel desastre, solo se le ocurrió una solución que nadie había probado. Primero le enseñó una antigua estatua romana hallada en unos restos arqueológicos de los últimos meses. Pues bien, dicha estatua estaba decapitada, y gracias a la luz fotónica de rayos láser fue posible unirla al resto sin que se notase signo de división o marca. Era la estatua tal como había sido antes de romperse.

Entonces el gerente propuso algo inverosímil: crear, a partir de imágenes de archivo de *El rapto de Proserpina*, una recreación virtual en tres dimensiones de la estatua y luego, mediante una impresora de tres dimensiones que ellos no tenían y deberían alquilar, generar un molde de fibra de vidrio con la forma de la estatua. Pero eso sí, dividido en dos de arriba abajo de la forma más simétrica posible teniendo en cuenta la asimetría y el caos de movimiento que pervivió en la estatua durante cuatro siglos.

Una vez conseguido ese molde perfecto de la estatua, tendrían que realizar el trabajo más difícil: colocar a mano esas piezas conformando un puzle en tres dimensiones y de ciento cuarenta y cuatro piezas. Si lo ensamblaban a la perfección y sellaban ambos lados del molde con un láser de pequeñas dimensiones, entonces llegaría la tarea más futurista y rompedora: llevar el molde final al interior de una sala amplia y oscura donde se situarían innumerables láseres de última generación que dispararían su luz azul sobre el molde. De ese modo, todas las partículas se fusionarían en las grietas.

Después solo valdría rezar y esperar para abrir el molde con el cuidado del bisturí de un cirujano separándolo otra vez en dos y extraer de forma meticulosa la estatua esperando encontrarla igual que antes de su destrucción. Sonaba casi a ciencia ficción en boca del gerente, pero se podía intentar. Otra posibilidad era seguir engañando la realidad.

Tras aquel relato, Adriana se quedó sin palabras, pero notó que el ánimo se le disparaba en un momento.

—Inténtelo, señor gerente. Tiene todo mi apoyo, aunque solo soy una profesora. En realidad, solo depende de usted y sus chicas —añadió, de forma malintencionada. Con ello les restaba todo mérito, al quedarse solo en lo aparente, su condición de mujeres jóvenes. Pero ella las sabía tan aptas para la restauración como aquel hombre avejentado y pícaro.

Le sonrió al capitán por primera vez y le dio una tarjeta de visita para que la avisase si tenía novedades. Él le prometió que siempre habría al menos un agente encargado de custodiar aquel lugar mientras prosiguiese aquella innovadora restauración. Cuando se fue, se sintió mejor de lo que estaba al llegar.

* * * *

… Y fue él quien, como otros antes, me confió el destino de esta iglesia para colmarla de obras de arte. Él, quien a su vez era sobrino nieto de la Bestia y qué heredó el cargo de Vicario de Cristo tan solo hace once años, y a quien Dios nuestro Señor le conserve la salud que ya tiene muy mermada.

Fue él quien me contó de los horrores cometidos por la Bestia por estos lares. De cómo conspiró, urdió y mintió a todos sus fieles. Su Santidad se escandalizó ante la herejía cometida desde el Vaticano y me ha encomendado el noble honor de referirle al mundo sic urbi et orbe las fechorías de aquella.

Fue en tiempos en que el sucesor de Pedro moraba por el Vaticano cuando yo aún ni imaginaba que serviría a tantos siervos de Dios como he hecho hasta ahora. Y en la fachada de tan santa basílica escribieron su nombre, por aquel que le dieron cuando usurpó la cabeza visible de nuestra Iglesia. Y su arrogancia se plasmó en ella en estos términos: In honorem Principis Apost Paulus V Burghesius Romanus Pont Max MDCXII Pont VII.

Y esa deshonra para el mundo seguirá allí mientras se oculte la verdadera naturaleza de su pontificado, en el que la herejía adquirió una forma oculta en el sucesor de Pedro. Y con estas palabras, yo confieso al mundo que Alejandro VII me descubrió, bajo el baldaquino, del paso de la Bestia entre estos muros, y en detalles mí mecenas no escatimó, mas me dejó encomendado el trabajo más difícil: escribir toda verdad de un papado dominado por la herejía del protestantismo.

Y conozco todas las mentiras de aquel papa infiel por boca del actual pontífice. Pero en verdad os diré que su mala fe ya la profetizó Malaquías, quien la calificó de Gens Perversa. Y la profecía debe leerse como en realidad ocurrió: pues la Bestia se puso al frente dirigiendo la herejía bohemia y la aparición del protestantismo. Y también es dicho que a su escudo infiel se deben su dragón y águila que en él encontramos, pues es de considerada elucidación tenerlos como crueles o perversos.

Y desconfiad de quienes hablan bien de la Bestia, porque con sus mentiras y poder consolidó potestades y trayectorias en nuestra amada Iglesia. Y fue así como Scipione Borghese, sobrino de la Bestia, quien fue cardenal y luego también arzobispo de Bolonia durante y gracias al único papado hereje de nuestra dilatada y amada Iglesia, construyó un lugar donde guardar obras de arte.

Y ese lugar lleva también el nombre marcado de la Bestia, y sus obras allí corren grave peligro de confundirse con herejías. Y de las colinas bajó y gobernó el mundo, y sus familiares llevaron hasta sus colinas romanas obras labradas para esta Santa Iglesia por maestros fieles a la fe.

Y tanto Eneas, Anquises y Ascanio como El rapto de Proserpina fueron encargados por la familia de la Bestia y reposan allí en la colina donde el nombre de aquellos debe recordarse por su herejía. Son obras puras encargadas por malignos herejes, mas no deben destruirse, sino salvarse de la apostasía…

* * * *

Noticias desde www.protestantesimosì.it

Hoy les queremos recordar una noticia de finales de 2016 que se publicó desde la web española www.protestantismodigital.com y que vuelve a plantearnos la pregunta que tanto ellos como tal vez los italianos se hicieron: ¿está el papa Francisco convirtiendo la Iglesia Católica al protestantismo?

Después de la conmemoración de la Reforma (Suecia, en 2016) se produjo un reguero de esfuerzos ecuménicos por parte del papa Francisco. Este se reunió con líderes cristianos de otras confesiones, como el patriarca de Constantinopla y varios líderes confesionales de grupos protestantes.

Todo ello se adscribió en el *modus operandi* de su pontificado, que empezó a suscitar recelos en el seno de la Iglesia Católica. Sus observaciones constantes sobre la necesidad de acelerar el camino hacia la unidad parecían suavizar, si no minimizar, las condiciones tradicionales para esta unidad según Roma.

A algunos católicos críticos les preocupó el que el papa pareciera pasar más tiempo con los no católicos que con los miembros de su propia iglesia; sobre todo, después del reconocimiento de Martín Lutero, en una entrevista concedida al periódico católico *Avvenire* (resumida también en inglés), en la que se formuló la pregunta siguiente: ¿está el papa convirtiendo la Iglesia Católica al protestantismo?

El papa lo rechazó de manera categórica, y apeló al Concilio Vaticano II como el gran lienzo teológico a partir del que la Declaración Conjunta representaba un nuevo fruto ecuménico.

Volviendo a la pregunta sobre la «protestantización» de la Iglesia Católica, existe un argumento relevante que se trasluce de la evaluación de la Reforma que efectuó el papa Francisco en el contexto de su ardiente deseo de unidad. Su interpretación de la historia de la Reforma y su continua significación eliminaban *de facto* la teología de la imagen y sustituían la fuerza motriz de la unidad.

En otras palabras, la Escritura sola (la Biblia tiene la suprema autoridad sobre la Iglesia), la fe sola (la salvación es un don recibido por creer en Cristo y confiar en Él) y Cristo solo no son reliquias de un pasado distante. Según el papa, la Iglesia Católica Romana ya había absorbido esas preocupaciones, y a aquellos que querían continuar agitando la bandera de la Reforma se los veía como como si quisiesen seguir un juego de poder basado en la política de la Iglesia.

Todos estos son asuntos permanentes y sin resolver en la relaciones actuales entre católicos y cristianos evangélicos. La política de la Iglesia, aunque inextricable en su complejidad, no era la razón principal y no es el legado más importante de la Reforma.

Queremos darles las gracias a nuestros hermanos de www.protestantismodigital.com por remarcar al final de su artículo que el papa Francisco no estaba convirtiendo la Iglesia Católica al protestantismo, pues no era ese el fin que perseguía la Reforma iniciada siglos atrás. Tan solo se estaba volviendo más «católica»; es decir, lo aceptaba y absorbía todo, sin perder su naturaleza «romana». Todavía estaba inmersa en la perspectiva teológica e institucional que la Reforma Protestante llamó a renovar el Evangelio.

Pero la muerte del papa, hace poco más de un año, dejó estas preguntas sin resolver. Vivimos atribulados desde entonces, pues su inesperada y nunca aclarada desaparición bien podría ser fruto de uno de los complots a los que tan dado ha sido siempre el Vaticano.

¿Realmente el papa Francisco nos dejó como consecuencia de una muerte súbita? ¿Es capaz el Vaticano de asumir sus propias culpas cuando a lo largo de la historia ha tendido a lo contrario? Y por último, ¿pudo el papa Francisco haber sido asesinado por facciones extremistas católicas opuestas a su política de mano tendida a otras religiones? En los próximos días revelaremos más información sobre esta y otras noticias que no dejan en buen lugar al Vaticano. Saludos protestantes a todos aquellos que discrepan del

Vicario de Cristo, sea quien sea quien ocupe su silla.

* * * *

Lo llamaban el Príncipe allí donde sus títulos defendían su pasado más glorioso, allí donde no había por qué avergonzarse de un presente sonrojante en el que era cabeza de una familia venida a menos, decadente, delictiva y sórdida.

Esa familia señorial estaba acostumbrada a cortejar y ser cortejada por la Santa Iglesia Católica. Pero la pérdida de influencia de esta en un mundo más laico y proclive a otras religiones hizo perder la fe a muchos de sus miembros. En el caso del Príncipe, conllevó el bautismo y la aceptación de la doctrina protestante, hecho que coincidió con un momento traumático de su vida. Esa apostasía fue su punto de inflexión personal. A partir de entonces vivió para combatir el catolicismo y su máxima representación terrenal: el Vaticano.

El Príncipe releyó a los clásicos, a los hombres del Renacimiento, a Lutero y sus ideas, y profundizó en el legado histórico de su longeva dinastía, que se remontaba al siglo XIII. Descubrió que procedía de tierras sienesas donde no tardaron en prosperar. Las suaves colinas de Siena dieron paso a las empinadas colinas romanas, donde tan pronto se alcanzaba la cima del poder como este se olvidaba de ti. Descubrió la palabra «nepotismo», y no le disgustó que sus antepasados la practicaran, pues quería hacer lo mismo. Cierto, los tiempos habían cambiado. Ahora disponía de menos medios, más repercusión mediática y menos dosis de autoritarismo para alcanzar sus fines.

El Príncipe ya creía solo en la sacramentalidad única del bautismo y la cena del Señor y en las obras buenas de la fe. Rechazaba la autoridad del papa, las indulgencias, el purgatorio, el sacrificio incruento de la misa, la devoción a los santos y la intercesión de los santos difuntos.

Así pues, dedicó incontables horas a leer la Biblia protestante y a interesarse por los estudios bíblicos que le ofrecían en su congregación. Uno de sus textos preferidos era el del Apocalipsis, 17 y 18, donde se describía simbólicamente a una «gran ramera», asentada sobre una ciudad de siete colinas: Roma. Pero no era la

Roma precristiana, sino la de los lacayos del papismo; es decir, la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

En esa ciudad maldita fue donde los fascistas, aliados al papa y anticristo de turno, habían creado un estado moderno en 1929. Como buen protestante, el Príncipe creía que Roma estaba destinada a destruirse. Por eso dedicaba su tiempo y sus esfuerzos a esa tarea. Desde la apostasía y su nueva fe evangélica.

Pero también dedicaba tiempo a dirigir y mantener aquella primera iglesia protestante de Roma. Desde ella se gestionaba, además, un centro de día para los refugiados en el corazón de la ciudad.

El centro ofrecía todo tipo de servicios, desde la asistencia básica hasta ayudas para asentarse, y atender a las necesidades de todo el mundo. El personal y los voluntarios ayudaban con programas de arte y psicoterapia. También prestaban asesoramiento legal.

Allí se ofrecía una visión sesgada de la historia del arte, sobre todo el de un ilustre artista: Gian Lorenzo Bernini. El Príncipe estaba detrás de la manipulación. En el fondo admiraba la obra de Bernini, pero cuando afloraba algún nuevo apóstata lo mencionaba, se creaba una dinámica de amor-odio en la que siempre vencía este último. El Príncipe criticaba en público y en privado al gran artista. Basaba su inquina en que se había beneficiado del nepotismo de los papas, cuyo mecenazgo solo alcanzaba a según qué artistas. Las preguntas afloraban a su mente. ¿Cómo pudo aquel artista ganarse los favores de hasta siete papas? ¿Cómo pudo además recibir la atención de un cardenal antepasado suyo? El Príncipe lo odiaba, por todo ello y por el fervor con que el gran maestro profesaba la fe católica.

Pero había un tercer motivo que de un tiempo a esa parte había exacerbado su aversión por aquella figura clave del Barroco universal. Entre las altas esferas corría el rumor de la existencia de unos legajos escritos del puño y letra de Bernini. Nadie sabía dónde estaban, ni en qué consistían. Pero bajo el pontificado de Francisco, un papa más liberal, más cercano a los pobres y políticamente más incorrecto, se quiso averiguar qué había de cierto en aquellos rumores.

Y lo cierto era que Bernini había dejado una obra para la posteridad que no era ni escultura, ni pintura ni arquitectura. Se trataba de un escrito hacia el final de su vida en el que contaba uno

de los mayores secretos jamás contados del Vaticano, relativo al Vicario de Dios. El Príncipe accedió al texto. Al principio quedó perplejo. Luego dudó. ¿Debía el mundo conocer su existencia? Pero alguien se le adelantó: el papa Francisco, empeñado en desenterrar de lo más profundo del Vaticano la verdad que contaban aquellos legajos.

Pero la vida del benévolo papa se truncó al poco tiempo: según unos, de muerte natural; según otros, asesinado para impedir la divulgación del escrito de Bernini. El Príncipe no era el único que estaba al corriente. Supo de unos estudiantes que estaban a punto de revelar aquella verdad al mundo. Esa situación no le gustaba al Príncipe, pues prefería llevarse todo el mérito (y los beneficios) por hacer pública aquella realidad oculta, vergonzosa y pasada del Vaticano.

El Príncipe veneraba las obras de Bernini tanto como deseaba destruirlas.

«Solo son imágenes —se decía a veces, consciente de que el protestantismo las prohibía—, pero son la mejor muestra de arte que he visto en mi vida.»

Jamás compartió estos pensamientos.

El Príncipe dirigía la iglesia de San Pablo Intramuros de Roma con puño de hierro. Estaba dispuesto a defenderla como fuera, o bien desde la dualidad, o bien desde el engaño, el pecado o la omisión.

La tarde siguiente a la destrucción de la estatua, el Príncipe estaba en San Pablo Intramuros, donde hacía de guía a unos turistas feligreses llegados de Inglaterra. ¿De verdad había una iglesia como aquella en la Roma papal? Cuando se fueron, recibió a su nuevo huésped, que llevaba unos minutos esperando en una sala contigua. Era el comisario Carlo Marini.

La figura del Príncipe emergió por una de las dos puertas de aquella habitación austera, nada barroca y de paredes desnudas. Su ropa elegante era la que correspondía a alguien de la aristocracia. Combinaba su altura con un porte rígido y flemático, propio de un rico inglés con la salvedad de que los espesos cabellos negros engominados delataban su origen mediterráneo y su predilección por una forma de vivir hedonista impropia de un caballero de las islas Británicas.

Marini se dispuso a estrecharle la mano. Hubo un momento de

confusión, que solucionó presentándose:

—Buenas tardes, soy el comisario Carlo Marini.

—Bienvenido a nuestra humilde iglesia. Le podemos ofrecer té, si lo desea. Nos lo envían nuestros correligionarios desde Londres una vez al mes. Puro té inglés. Es su humilde aportación a nuestra causa evangélica —dijo, lleno de convicción.

—Se lo acepto —concedió Marini, pero no quería desviarse del asunto que lo había llevado allí—, pero, mientras tanto, usted me explica esas humildes aportaciones de que se vanagloria. He venido por eso, y lo sabe —prosiguió, en un tono menos amistoso aunque en modo alguno inquisitorial. No obstante, al Príncipe le pareció intrusivo, susceptible como era ante todo lo que oliese a Iglesia Católica.

Hizo sonar una campanilla y casi al momento apareció un joven menudo con una bandeja. Era como sí el Príncipe no estuviera preparado para que se rechazasen su oferta. Un par de tazas de earl grey humeaban delante del comisario.

El Príncipe sirvió el té, al que no añadió ni azúcar ni leche ni limón. Solo té inglés. El comisario se llevó a la boca aquella bebida tan poco italiana. El primer sorbo le pareció exquisito.

—Como le comenté por teléfono esta mañana —comenzó—, he venido a visitarlo porque estamos haciendo unas investigaciones paralelas —aquella era una falsa verdad para encubrir su propósito— en las que ustedes, y cuando digo esto me refiero a su iglesia, han despertado las alarmas por unas transferencias bancarias hechas a través de la Banca Nazionale del Lavoro. La cantidad en sí no ha disparado nuestras alarmas, al ser inferior al millón de euros. El problema es quién la hizo: un viejo conocido nuestro llamado Andrea De Sorrento. Es un traficante de drogas de poca monta, que conoce las calles y las comisarías mejor que la cárcel, donde tendría que estar desde hace tiempo. Pero nuestras leyes son como son, y al final no solo no sucumbe a ellas sino que siempre se escapa cuando nos conviene, y entonces lo convertimos en nuestro confidente. Según él, se trata del dinero legítimo que le entregó un interlocutor cuyo nombre ignora. Pero yo desconfío, pues De Sorrento es la herramienta más evidente para lavar dinero negro. Como todavía no hemos encontrado el origen de ese dinero, me he tomado la libertad de buscar esa información aquí, en su destino final. Algunos trabajadores del banco nos alertaron de lo ocurrido, en especial cuando reconocieron a un tipo notorio como De Sorrento

haciendo una transferencia de tal calaña. Solo suele mover cantidades no superiores a cuatro ceros, y siempre en billetes, normalmente con asuntos relacionados con drogas de los cuales nos tiene casi siempre informado. En resumen, en la comisaría —pero solo la incertidumbre le rondaba a Marini— estamos inquietos por este nuevo movimiento y quisiéramos saber si usted nos puede aportar más información.

Dicho esto, tomó su siguiente sorbo de té. Aquello le alivió la boca seca después de hablar.

El Príncipe parecía tan imperturbable como de costumbre, como si no lo estuviesen acusando de manera subrepticia de algún movimiento de dinero con origen o destino ilegal.

—Desconozco ese nombre que me ha dado, señor comisario. —Y era verdad, pues no asociaba el apellido De Sorrento con nadie a quien conociese—. Nuestra iglesia recibe donaciones anónimas, pero también de personas conocidas que se preocupan de mantener viva esta congregación evangélica en medio de esta Roma católica. —Y volvió a llevar su discurso, a todas luces defensivo, al terreno personal—. Por supuesto, el nombre que me ha dado pertenece a la primera categoría. Todas las aportaciones a la iglesia acaban beneficiándola solo a ella, por si tiene alguna duda. No para pagar este té que se está tomando, pues eso es una aportación de nuestros amigos británicos a la causa protestante en Roma. Y si en vez de enviarnos una caja, como hacen cada mes, lo hubieran hecho por la cantidad en euros que usted me está diciendo, ¿también habrían saltado sus alarmas? Por cierto, no me ha dicho cuál es esa cantidad que lo ha hecho venir hasta aquí. No la conozco: son innumerables las que entran, pero todas ellas están debidamente registradas y libres de causas poco honradas —concluyó, muy seguro de sí mismo. La pelota estaba en el tejado del comisario.

—Dicha cifra consta de cinco ceros, y delante del todo le dejo que se imagine un tres. Con eso tendrían ustedes para tomar té británico hasta el día de la muerte del papa católico que tenemos hoy.

Con esta coletilla, Marini dejó claro que estaba frente a un fanático protestante cuyos buenos modales ocultaban un odio por todo lo que oliera a católico.

«¿Cómo puede un italiano caer tan bajo con sus creencias en un país como este?», se preguntó Marini.

—Beberíamos entonces té con orígenes reformistas mientras

esperamos pacientemente … —respondió con ironía. Estaba disfrutando cada palabra.

—Pues bien —sentenció el comisario—, si puede aportarnos más información sobre la donación, no dude en comunicármelo, pero le aseguro que ese tipo no es trigo limpio. Ahora lo saludo otra vez y me despido de usted esperando que en los próximos días se aclare más la situación, pero en la comisaria: aquí hay más de una persona nerviosa por ello.

Dicha esta última mentira, comprendió que una retirada a tiempo era una victoria. Así pues, ambos se volvieron a dar la mano; esta vez, de forma menos enrevesada. Acto seguido, el comisario salió de la iglesia como quien huye del diablo.

Cinco minutos después, el Príncipe realizó un llamada desde aquella misma sala:

—Todo bien desde lo de ayer. Pero sigo con la misma duda que no me aclaráis nunca, y la situación empieza a ser límite. Necesito que eliminéis a alguien. ¿Hay acuerdo entre vosotros para ello o no? —preguntó el Príncipe.

—Señor. Lo hemos hablado. No hay unanimidad para acometer ese tipo de tareas. Para todo lo demás, siga contando con nosotros. No lo defraudaremos.

—De acuerdo —repuso con tono ofuscado, y dio la llamada por finalizada. Volvió a marcar otro número. Necesitaba un plan B.

* * * *

Se colocó el casco. La larga melena podía verse incluso con aquellos cabellos rizados y sucios a los que no prestaba la menor atención. Su motocicleta era también un reflejo de su personalidad: de segunda mano, destartalada y sucia. Aunque Mario Cimini procedía de una familia adinerada, él vivía al margen de todo aquello. Su padre era uno de los periodistas más importantes del país y se había casado con Maria Barberini, una rentista de familia noble.

Mario se había alquilado un pequeño apartamento en uno de los barrios menos pudientes de Roma, el Trastevere.

La motocicleta arrancó. Hizo caso omiso de peatones, coches e

incluso calles en contradirección y cuesta abajo. Los comercios estaban a punto de cerrar. Apenas se veían turistas, salvo en los restaurantes a la ribera del río. Lo cruzó por uno de sus puentes y se dirigió a la Piazza Navona, en el centro de la ciudad.

La minúscula motocicleta apenas destacaba en el mareante tráfico de la ciudad. La estacionó sin problemas en el lado oeste de la plaza, desde donde se podían ver la fuente de los Cuatro Ríos de Bernini y, detrás de ella, la iglesia de Santa Inés en Agonía.

Existía una polémica centenaria al respecto. ¿La iglesia estaba detrás o delante? Años antes, cuando estudiaba Historia del Arte, una de sus profesoras le habló de una leyenda que ya conocía: la fuente de los Cuatro Ríos de Bernini parecía mofarse de la iglesia de Santa Inés, cuyo gran rival, Borromini, había participado en el proyecto. Según la leyenda, la estatua del río Nilo se tapaba el rostro para evitar ver la obra de Borromini a sus espaldas. Para otros, que seguramente estaban en lo cierto, ese gesto era la manera de manifestar que nadie sabía dónde estaban las fuentes del Nilo. Las demás estatuas con representaciones de ríos y otras formas de la naturaleza le daban la espalda a la obra de Borromini. Pero había un dato irrefutable: la fuente se esculpió antes de que se construyese la iglesia, por lo que era imposible que Bernini se burlase de un edificio aún inexistente.

Mario, ferviente admirador de Bernini, creía en la leyenda con fervor casi religioso. Aquello le costó a más de una discusión con su profesora, también admiradora del escultor pero consciente de los límites entre la realidad y la ficción. Pero Mario era impulsivo, envidioso y de carácter intratable, como Borromini. Tal vez viese (y admirase) en Bernini aquello que nunca podría ser: alguien exitoso, católico y admirado por todos.

El joven estudiante se dirigió a Santa Inés en Agonía en busca de unos textos que habían transcrito unos compañeros suyos después de memorizarlo en un lugar prácticamente inaccesible para el común de los mortales. Mario había dirigido y manipulado a su antojo a aquel grupo. Se habían dividido el original en cuatro partes. Después de leerlo, y una vez fuera del lugar, se habían valido de sus memorias fotográficas para transcribirlo al pie de la letra. Mario era un Barberini, así que consiguió acceder a los textos.

El nombre de pila de Urbano VIII fue Maffeo Barberini. Reinó durante el siglo XVI. Fue un gran mecenas de las artes y, en concreto, del Barroco y de su máximo exponente, Gian Lorenzo

Bernini, a quien le encargó innumerables obras de arte que aún se conservan.

Mario era uno de sus descendientes. Había heredado su apellido, pero le faltaban su poder y su genio. Sin embargo, el joven se movía por impulsos y defendía todo cuanto veneraba. Conocía los rumores relativos a la muerte de Francisco y la obra de Bernini, gran católico y mejor artista.

Mario estaba dispuesto a dar a conocer al mundo los secretos que Bernini solo había compartido intramuros del Vaticano. Al joven no le importaban ni las consecuencias ni las posibles crisis de fe que ocasionaría su revelación: las consideraba males menores que no iban con él, pues profesaba un ateísmo que se movía a medio camino entre la ciencia y el arte.

Pese a la manera en que había manipulado a sus compañeros, no pudo evitar que dos de ellos escogieran la iglesia de Santa Inés en Agonía para ocultar los escritos que habían leído unos días antes en el Vaticano. No mostraron compasión con Mario, y eligieron un lugar que él consideraba vulgar, pues lo había diseñado Borromini. El mismo nombre de la iglesia ya lo decía todo: agonía. Como la que debió de sentir Borromini en sus últimos años, consumiéndose en su fracaso como artista, hasta quitarse la vida mientras su gran rival triunfaba.

Una duda obsesiva no cesaba de atormentar a Mario.

«¿Y si Francesco Borromini hubiera sido protestante? Tendría sentido. Era el polo opuesto del maestro a quien tanto venero.»

Antes de entrar a la iglesia recordó algo que había hecho al salir de la basílica del Vaticano: recoger una minúscula libreta y un bolígrafo que había dejado ocultos entre los adoquines de la plaza, la misma que diseñó Bernini. Y allí mismo comenzó a escribir de una tacada todo lo que leyó, reproducido sin errores gracias a su memoria fotográfica.

Eso mismo hicieron sus compañeros. La pareja enamorada de Santa Inés en Agonía se dedicó a la parte final, una tercera persona a la intermedia y Mario escogió el inicio. Todos debían ocultar aquellos textos como habían acordado, en templos donde el arte había perdurado a pesar del tiempo. Más adelante lo reunirían en una lectura en común.

Pero Mario pensaba en traicionarlos desde el principio. Quería arrogarse todo el mérito. Recogería los textos allí donde estuvieran

y el mundo sabría, gracias a un descendiente de los Barberini, qué secreto había ocultado Bernini en el Vaticano.

El joven llevaba el casco en la mano, pegado a su chaqueta otoñal y oscura. Subió los escalones y se adentró en la iglesia. Era la primera vez que entraba: su inquina por Borromini se lo había impedido hasta ese momento. Vio mármol blanco y rosado. Capiteles corintios y bóvedas doradas entre pinturas de colores intensos.

Mario buscaba al padre Pío, que dirigía aquella iglesia de feligreses católicos. Sabía su nombre porque su madre, muy católica, gozaba de información privilegiada. Lo encontró frente al santuario de Santa Inés. Se le acercó.

—Bueno días, padre Pío —lo interpeló, como si lo conociera. El sacerdote no respondió—. He venido a recoger unas cosas que unos compañeros míos dejaron en esta bendita iglesia por error. Se trata de unos textos. Y hay que restituirlos a otro lugar.

Dos altos candelabros barrocos flanqueaban al padre Pío. Era este incluso más bajo que Mario, pero no por ello se dejó amedrentar por la sorprendente necedad del visitante.

—No sé quién eres —sentenció, frunciendo el entrecejo.

—Soy Mario Cimini, padre, de la familia de los Barberini —añadió.

—Pues vete. Aquí los Barberini no son bienvenidos.

—Padre… He venido por esos papeles… Son importantes.

En la mano derecha, bajo el casco que miraba a la bóveda, empuñaba un objeto afilado y contundente.

El sacerdote vio que Mario le daba elegir entre un gran fajo de billetes o un puñal. Se resistió, aunque el joven lo empujara contra el altar. La iglesia iba a presenciar una agonía; pero no la de santa Inés, sino la del sacerdote. La mirada del joven parecía fuera de sí: quería aquellos papeles y le daba dos opciones para recuperarlos.

El padre Pío se dio por vencido ante aquella acometida inimaginable minutos antes, allí, en esa iglesia donde dominaban la calma y el silencio. El rosario se le cayó al suelo. El terror lo paralizaba. Notó el aliento del joven al acercarse y movió ligeramente la cabeza de arriba abajo mientras desviaba la mirada hacia el dinero, pero no por codicia sino para indicarle que quería vivir.

Mario se apartó casi un metro. El sacerdote se encaminó a una puerta cercana sin apartar la mirada de él, cuello torcido y boca desencajada. Un minuto después apareció con algo entre las manos. Eran las notas manuscritas que le habían dado el día anterior; en concreto, una pareja de enamorados que se las habían confiado. Añadieron que las recogerían en cuestión de días o semanas. Aquellos jóvenes parecían tan llenos de vida y bondad que el sacerdote no receló en absoluto. Todo lo contrario que aquel engendro que tenía enfrente.

El padre Pío pensó en Lucifer un instante. Le temblaban las manos a pesar de su fuerte carácter, pero estaba paralizado por lo imprevisto y violento de la situación. Le dio las hojas, cogió el dinero estirando con lentitud la mano derecha y la retiró velozmente.

La cara de Mario Cimini era la de un loco dispuesto a salirse siempre con la suya. Sonrió como si allí no hubiera habido amenazas de muerte.

—Buenas tardes pase usted, padre Pío. La Iglesia Católica le estará eternamente agradecida.

Y se fue por donde había llegado.

La motocicleta tomó otra vez rumbo este hacia una de las colinas romanas: el Quirinal.

Allí lo aguardaba Santa María de la Victoria, otra iglesia barroca, tal como habían decidido, la depositaria de las notas se llamaba Angélica.

Mario despreciaba a sus amistades; de hecho, no tenía amigos: solo compañeros de facultad. Un desengaño amoroso lo había vuelto más huraño. Alguien a quien había amado en la facultad lo dejó al comprobar que su carácter era cambiante y desequilibrado. Mario ya era un propósito en sí mismo: restituir las verdades de Bernini.

Repitió el ritual. Aparcó la motocicleta y se quitó el casco. Esta vez se recreó mirando la fachada. Pequeña, pero con la suficiente decoración como para distinguir su estilo barroco. Mario sabía más cosas de aquella iglesia: los carmelitas descalzos obtuvieron un breve apostólico por parte de alguien a quien Bernini citaba en sus textos: un papa que le concedió a la orden un permiso para edificar en cualquier parte de la Cristiandad. Santa María de la Victoria fue su primera iglesia; databa de 1606. La propia orden dotó de fondos

a la obra del edificio hasta el descubrimiento en las excavaciones de la escultura conocida como el *Hermafrodita Borghese*. Era una vieja escultura romana a la que Bernini añadió más tarde un colchón en piedra. El autor del encargo era Scipione Borghese, a la sazón cardenal de Roma.

Mario recordó lo que había sucedido en París con aquella estatua dos años antes. Adriana descubrió la obra final de un desquiciado a quien la prensa llamó el Asesino del Barroco, pues quería imitar ese estilo artístico asesinando inocentes. Mario sintió empatía por aquel trastornado; además, amaba a Adriana desde hacía tiempo.

Pudo leer en la fachada en latín:

«SCIPIO.S.RE.CARD.BORGHESIUS».

Sonrió y entró. Aunque aquella iglesia se la hubiera apropiado Scipione Borghese, quizá para compensar su falta de influencia tras la muerte de su tío, Mario sabía que todos la conocían por contener una de las obras capitales de Bernini.

Se movió por el interior de su única nave bajo una bóveda baja, capillas conectadas por arcos, capiteles dorados, revestimientos de mármol enriquecidos con ángeles y *putti*.

El párroco conocía a Mario de cuando visitaba la casa de su madre cuando él era muy niño y ella se confesaba en su propia mansión.

El padre Angelo reconoció a Mario y le sonrió.

—Buenos días, padre.

—Cuánto tiempo, Mario. Todavía recuerdo cuando visitaba tu casa durante la larga enfermedad de tu madre. Como es una gran cristiana, Dios la salvó y yo solo intercedí para que así fuera. Y dime, ¿cómo está ella? Ya veo que tú estás muy bien —dijo, sin reparar en aquel rostro trastornado que deambulaba de punta a punta de Roma.

—Mi madre está mejor que nunca. Le envía saludos. Me ha encomendado una santa misión para hoy —añadió con tono misterioso.

—Ah, ¿sí? Mario, cuéntame.

—Una compañera mía de la facultad le trajo a usted unos manuscritos el otro día. Sé de su contenido dada mi relación académica con la chica. Le hablé a mi madre de este asunto, y ella

me confesó de que eran apostasía y había que destruirlos, padre.

—A decir verdad, no los he leído. Los guardé en la sacristía; pero, si tu madre dice eso, tendrá razón: es una santa, que Dios le conserve la vida por mucho tiempo antes de llevársela al cielo.

—Eso mismo opino yo. Por favor, padre, ¿me puede dar esas hojas?

—Un momento. Ahora vuelvo y te las traigo.

El sacerdote se fue por un extremo de aquella pequeña iglesia, ajeno a los auténticos propósitos de Mario.

Mario se veía tan cerca del triunfo que quiso compartirlo en un lugar especial de la iglesia. Caminó unos pasos hasta llegar frente a una de las obras cumbres de Bernini: *El éxtasis de santa Teresa*.

La capilla era de mármol blanco, colores dorados y formas barrocas, especialmente en el manto de la santa. Una teatralidad digna de un momento como el del éxtasis de la santa, que el artista había convertido en sublime obra.

Mario gozó viéndola. También alcanzó el éxtasis. Sus pupilas se dilataron para observar más y mejor aquella obra única.

El padre Angelo llegó con unos papeles escritos a mano que no quiso ni mirar. Alargó el brazo para entregárselos.

—Gracias, padre. Hoy es un gran día. Su bendita iglesia hará justicia al gran maestro, a la gran verdad. No habrá más apóstatas en Roma.

El sacerdote no comprendió nada, pero evitar la apostasía le parecía un buen fin en sí mismo.

Mario se despidió con una sonrisa y echó a caminar rumbo a la puerta, con aires de victoria. Para hacer honor al nombre de aquella iglesia, así llamada por la victoria católica en la batalla de la Montaña Blanca en 1620, que hizo retroceder la Reforma en Bohemia.

«Un golpe más a la herejía protestante —pensó Mario—. Pero yo también quiero descubrir hasta dónde llegaron los herejes con sus mentiras y blasfemias. El mundo debe saberlo. El maestro así lo dejó escrito.»

Cuando la motocicleta lo llevó de vuelta, la noche fría se apoderaba de la ciudad. Aceleró. La obra aún no había concluido.

Las cuestas del Trastevere le parecieron interminables, no por

pronunciadas sino por las repentinas prisas. Llegó a casa, renqueante, y suspiró aliviado.

En aquella vieja casa sin ascensor, llena de humedad, paredes desconchadas y vecinos sexagenarios Mario se movía a la velocidad de la luz sin que nadie se diera cuenta.

Pulsó el botón de encendido de su ordenador, y solo entonces se permitió el lujo de sentarse en una antigua silla de oficina. Mientras aquel trasto arrancaba, fue ordenando los papeles, dispuesto ya a transcribirlo todo allí donde se sentía más libre: en su «nube informática», a la que nadie más tenía acceso.

El PC mostró una pantalla azul donde unos pocos iconos brillaban sobre un fondo mate y aséptico.

Hizo clic sobre uno de ellos. De repente se abrió una ventana con un cuadro de diálogo que le pedía una contraseña. Pensó en una persona a la que amaba y el año en que la conoció. Tecleó la contraseña, pulsó «Aceptar» y el soso fondo de pantalla mostró una gran ventana en la que aparecía un listado de archivos. Hizo clic en el más reciente, llamado *El informe Bernini*.

Contenía algunas anotaciones que el propio Mario había transcrito en los últimos días y sacado de aquella diminuta libreta. En cuanto añadiera lo que sus compañeros habían sustraído del Vaticano, el informe estaría acabado.

Empezó a teclear de forma nerviosa y compulsiva todo lo que sus compañeros de universidad habían sacado del Vaticano. No eran unos textos excesivamente largos, pero sí lo suficiente como para dividirse la tarea en cuatro partes iguales.

El informe Bernini no era el único documento que Mario almacenaba en la nube. También estaba su tesis doctoral, en la que hablaba de ciencia y arte. La había escrito directamente allí, porque de ese modo nadie más podría leerla. Aquello lo hacía sentir libre. En otros archivos podían leerse cosas que solo existían en la imaginación del joven.

Siguió añadiendo texto a la nube. Estaba a punto de finalizar. ¡Qué paradoja! Lo último que había escrito el gran maestro fue un número.

«Números y arte», pensó por un momento. Después hizo clic en la opción «Guardar»: *El informe Bernini* ya estaba al completo. Luego, a toda velocidad, aprovechó sus conocimientos de informática para generar unos códigos y algoritmos aplicables a

aquel archivo. Hizo otro clic y el archivo pareció desaparecer, como si estuviera vacío de contenido. Mario lo estaba protegiendo incluso en su nube.

Se quedó pensando en ese número final de Bernini y, de repente, Mario abrió el archivo de su tesis. Entonces decidió teñir de rojo ciertas palabras del texto en una combinación numérica que, en ese momento él entendía. Hizo clic y guardó también aquel archivo. Le echó una ojeada final a todo y luego apagó contento el PC mientras la palma de la mano derecha reposaba sobre los papeles de sus compañeros.

Entonces oyó un ruido y se asustó. Procedía de atrás. No vio nada, pero seguía incómodo. Posó la mirada sobre la pantalla apagada del PC. Entonces el ruido se hizo más evidente: varias personas habían forzado la puerta de su casa. En la semioscuridad, Mario solo atinó a ver a los cuatro o cinco individuos encapuchados que entraron violentamente en la habitación. Se levantó para hacerles frente, pero el que estaba más cerca suyo lo agarró por el cuello, lo atrajo y le rebanó el gaznate con un corte transversal mortal. La sangre de Mario salía a borbotones mientras los otros esbirros se afanaban por romper con objetos contundentes el ordenador, la pantalla y la impresora. Uno de ellos recogió todos los papeles que había sobre la mesa, tanto si Mario los había transcrito como si no. Su misión era hacer desaparecer cualquier evidencia del que Mario había bautizado como *El informe Bernini* mientras él se desangraba hasta morir sumido en la agonía, como santa Inés.

2
50% BERNINI

... Y nuestro Dios creó todo lo que conocemos, pues no es cierto que antes no hubiera nada. Dios siempre existió: el dios de los cristianos de la Santa Iglesia Católica. Fuera de ella, todo es pecado, herejía y blasfemia. Él creó a los seres humanos a su imagen y semejanza. Pero antes creó los cielos y la tierra.

Dotó al hombre del libre albedrío, y por ello el hombre tiende a desobedecer a Dios, lo cual se manifiesta en la soberbia, en la rebeldía, en seguir los consejos del Diablo, en adorar falsas creencias, en manipular la palabra de Dios, en lecturas herejes de la Biblia, en religiones que nacen de las apostasía y luego proclaman otra verdadera identidad cristiana fruto de la protesta ante edictos imperiales que buscan la uniformidad de la Iglesia.

Y quienes formamos parte de esta Iglesia respetamos sus ideas, dedicamos nuestra obra a Dios y sus representantes en la tierra. Y cada obra de arte es una obra no inspirada por la naturaleza humana sino por Dios, y la naturaleza en sí misma es obra también de Dios no del hombre que quiera ver allí donde no lo hay ciertas parábolas matemáticas o científicas, que solo citarlas es citar al Diablo, pues van en contra de Dios.

Quienes ven en la perfección de los números algo superior caen en la soberbia de su conocimiento, pues no hay mayor mezquindad que la de creer un orden superior y más preciso que el que Dios creó en la naturaleza, y a eso debe llamársele por su nombre: herejía.

Y cuidaos de los herejes porque usarán la mentira para sus fines, para dominar al mundo y para también acabar con la Iglesia Católica cuya primera piedra puso el apóstol san Pedro, y luego una tras otra, siempre a cargo de seguidores fieles al dogma de nuestra Santa Iglesia.

Cualquier piedra que haya puesto el hombre obedece sin duda a la inspiración de Dios, que ha querido construir esta iglesia. Y bajo el baldaquino de esta iglesia que otro Santo Padre me pidió que hiciera para gloria de Dios, me revelaron la herejía que hasta aquí llegó.

Y rebelándose contra Dios creen protegerse en las ciencias y en los números para esconderse en el uso de su falsa palabra, de su herejía, del camino que los aparta de Dios y los hace débiles y pecadores.

Y del gran hereje que hace muy poco habitó entre estos muros me han sido revelados sus pecados, sus falsas creencias, sus actos en contra del nombre de Dios.

Apartaos de quienes usan la ciencia, y los números, pues estos sustituyen a Dios de forma soberbia y diabólica para alejar al hombre de su creador.

De quienes como la Bestia que usurpó la silla de san Pedro creyeron en los números y en series diabólicas de los mismos. De quienes creyeron en el número cero a semejanza de la nada: mayor blasfemia no pudo ser creada, pues Dios siempre existió y la «nada» es solo una falacia humana, un invento diabólico.

Y el hombre inventó, quién sabe cuándo ni cuántas veces repetidas, las series de números que hacen tomar cuerpo a la herejía, pues van contra Dios y contra sus fieles de esta Iglesia. Y usaron el cero, que es la nada, espejo de herejía máxima.

Y del cero al uno las series diabólicas se explican ellas mismas, desde la herejía. El uno en la herejía es el propio concepto de un único Dios que profesan los protestantes. Como una es también la Biblia protestante. Y, en esa serie diabólica, ambos suman dos: la representación de la Bestia y el protestantismo que han morado en el Vaticano por vez primera.

Y dos y uno hacen tres y la serie sigue perpetuándose mientras la Bestia protestante ocupaba el lugar del Papado y concedió favores a un tercero a quien enseñó su causa y tenía su misma sangre: el cardenal Scipione Borghese. Y los tres: el Papa que tuvo secuestrado nuestra iglesia, su sobrino y la doctrina protestante han esparcido su blasfemia por Roma, en iglesias católicas cuyos humildes servidores, como yo mismo, solo hemos creído en el Dios cuya iglesia Pedro creó entre estas colinas.

Y la diabólica serie sigue con el número cinco, producto de sumar dos más tres. Y no creáis que el papa hereje escogió su nombre para honrar a quien había protegido a su padre, sino con fines heréticos, pues el cinco forma parte de ella, así como el año en que accedió a esta silla que no merece.

Y cinco son también las «solas» protestantes: Sola scriptura (solo por medio de la Escritura); Sola fide (solo por la fe Dios salva); Sola gratia (solo por la gracia); Solus Christu (solo a través de Cristo) y Soli Deo gloria (la gloria solo para Dios).

Y la suma diabólica no tiene fin, pues cinco más tres son ocho: su siguiente herejía, pues entre beatificaciones, canonizaciones y protecciones sumó ocho.

Pues es bien sabido que canonizó a Carlos Borromeo, y beatificó a Teresa de Ávila, a Ignacio de Loyola, a Felipe Neri, a Francisco Javier y a Isidro Labrador. Y dio poderes infinitos a Scipione Borghese para que difundiera la fe protestante en la clandestinidad y esculpieran su nombre en la fachada de Santa María de la Victoria. Mayor herejía que esa en una iglesia dedicada a la victoria contra la fe protestante solo pudo ser ideada por la herejía.

Y ocho más cinco, trece, y la serie sigue con números que desafían a Dios desde la apostasía el ocultismo y lo malvado. Pues es sabido también de la intolerancia del número y de las personas que creen en él.

Y el siguiente número de la serie resulta de sumar ocho más trece, que da la cifra exacta con el número del año en que el papa hereje murió:

veintiuno.

Y la serie sigue hasta el infinito, pues es sabido que la herejía no tiene fin y solo pretende perpetuarse entre los hombres y acallar la voz de Dios. Y después contaré que, aun conociendo el número de la Bestia, también nos ha sido revelado el número que ocupó aquí en la tierra, entre los hombres, un número de orden malvado en la silla de san Pedro…

* * * *

El día siguiente amaneció lluvioso y frío, en la tónica del otoño tan desapacible que Roma estaba viviendo. Las gotas de agua golpeaban con violencia los cristales del aula. El cielo parecía haber desaparecido. Eran las once de la mañana, pero parecía noche cerrada.

Adriana quiso salirse de la rutina y adornar la clase con luces e imágenes para ambientar mejor la casi desconocida historia del Barroco que quería contar.

Andrea Pozzo fue un artista del Barroco que trabajó en Roma y dejó algunas obras para la posteridad. Adriana quería hablar de él de la manera más gráfica posible: con imágenes y palabras suyas. Un bedel la ayudó a preparar la clase. Colocaron una amplia mesa en el centro del aula y, encima de ella, un proyector de diapositivas. Como Adriana buscaba la originalidad, el bedel y ella dispusieron el proyector apuntando hacia el techo blanco y desnudo del aula.

Los alumnos empezaron a entrar. Al principio les sorprendían los preparativos; después, sonreían y hacían chistes facilones sobre lo que les esperaba. En el exterior estaba cayendo un chaparrón de los que hacían época.

Las luces seguían apagadas. Apenas se podía ver nada. Cuando todos estuvieron sentados, Adriana le hizo un guiño al bedel, que, a modo de prueba, proyectó sobre el techo blanco y desnudo una imagen que no venía al caso: un gran rectángulo, de formas nítidas y rotundas. Adriana sabía que si esa imagen trivial impactaba al público, la que les tenía preparado sería un auténtico éxito.

Volvió a hacerle otro guiño al bedel, y el joven público vio la siguiente diapositiva.

Una imagen contundente y sensacional quedó suspendida sobre el techo. Todos se quedaron boquiabiertos. Parecía como si

hubieran entrado en una iglesia y contemplasen la bóveda central. La fotografía original tenía una alta definición. Adriana lo sabía, y supo sacarle partido tratando de aumentarla al máximo.

Un sinfín de colores y formas se había apoderado del techo otrora inerte del aula. Ángeles, personajes sagrados y figuras alegóricas rivalizaban desde los extremos hacia el centro en una perspectiva única que provocaba un efecto óptico de profundidad. Los alumnos comprendieron enseguida el mensaje que trataba de transmitirles su profesora. No solo se trataba de hablar de aquella obra en concreto, sino también de la meta que pretendía el autor con aquella pintura tan efectista.

Cuando Adriana preguntó por la obra de Andrea Pozzo, un alumno respondió que la conocía y que se podría ver en la iglesia de San Ignacio de Roma. Era cierto.

Aquel artista del Alto Barroco romano pintó la apoteosis del santo con una perspectiva impresionante. Aunque la pintura original medía diecisiete metros, apenas parecía haber diferencias con respecto a su proyección sobre el techo del aula.

La luz de aquel fresco iluminaba el aula de una forma prodigiosa. Los alumnos permanecían callados. La luz partía de Dios, que estaba en el centro y se la enviaba a san Ignacio, quien, a su vez, la repartía hacia los cuatro extremos del fresco donde estaban representados los cuatro continentes conocidos hasta donde había llegado la fe católica.

Europa aparecía sobre un caballo, representada como una matrona. África era en una mujer de rasgos árabes sentada sobre un cocodrilo. América vestía ropajes indios y luchaba contra un gigante. Por último, Asía aparecía sobre un camello.

La técnica ilusionista de la *Quadratura* de Andrea Pozzo ejercía ya un efecto hipnótico en los alumnos. Adriana empezó a comentar la obra con un tono de voz bajo y pausado. Sus estudiantes seguían estupefactos, algunos se sujetaban la cabeza desde la nuca para apreciar más los detalles, hubo uno que incluso se tumbó sobre el suelo y contempló aquella imagen de una obra de arte del pasado, creyó estar en San Ignacio de Loyola por un instante.

Lo que más impresionaba, más allá de la perfección en la técnica pictórica y los colores, era la consecución de una profundidad precisamente allí donde no existía, ni en el aula, ni apenas en la bóveda de la iglesia. El cosmos escénico de Andrea Pozzo cautivó a todos los allí presentes, incluida la persona que había recuperado

aquella imagen.

El único movimiento detectable en aquella sala era el de los personajes de la obra en un constante balanceo. Al parecer, estaban ascendiendo a los cielos, donde Dios los esperaba y la luz les marcaba el camino. Aquella clase «práctica» fue todo un éxito pues los alumnos se sintieron más interesados por el Barroco de la ciudad y aquel artista que una hora antes. Aunque Adriana seguía explicando más cosas sobre Andrea Pozzo, este ya se había ganado el corazón y el interés de sus alumnos. La obra se explicaba por sí misma y los alumnos la disfrutaron. Muchos pensaron en visitar la iglesia, pero las inclemencias climatológicas no se lo permitían aquel día.

Adriana estaba terminando la clase, pero la interrumpió un portazo. Era la rectora, que caminaba con cara muy seria y pasos lentos. Se acercó a Adriana y le susurró solo unas palabras.

La profesora no entendió qué pasaba y le encomendó a uno de sus estudiantes que hiciera de moderador mientras se abría un debate improvisado sobre la obra. Entonces ambas salieron del aula con caras circunspectas.

Caminaron en silencio por pasillos hasta llegar a otra aula mucho más pequeña. Allí la esperaba un conocido de Adriana: el agente Paolini, de la *Polizia Di Stato*.

Adriana se sorprendió al verlo, no porque llevaran tiempo sin verse sino por encontrárselo allí precisamente. Al ser el subordinado de Carlo Marini, lo veía de vez en cuando, ya que el comisario y Adriana eran pareja. Ella no sabía cómo encajar aquello, pues era partidaria de que ambos aparcasen sus respectivos mundos laborales cuando estaban juntos. Marini solía romper aquella regla, y a ella le molestaba.

—Buenos días, señorita Rizzo —la saludó Paolini, quien al cabo de dos años seguía sin tutearla.

—Buenos días, Salvatore… ¿Qué sucede? ¿Por qué estás aquí? —preguntó, nerviosa.

—Son malas noticias. Un… exalumno suyo… Lo encontró la mujer de la limpieza que va a su casa todos los martes. Estaba… muerto… o, mejor dicho, asesinado. Se llama… —a Paolini le costaba decir el nombre, pues temía por cómo reaccionaría ella— Mario Cimini. Lo siento —añadió, como excusándose, como si fuera

culpa suya.

—¿Mario? —Adriana puso una cara muy extraña, mezcla de incredulidad y conmoción—. ¿Mario está muerto?

—Sí, señorita.

Y el policía no quiso añadir más.

Adriana volvió a estallar en un llanto como el de dos días antes, pero más contenido, como si no pudiese soportar tanto dolor en tan pocos días. La destrucción de la estatua le había dolido casi tanto como la pérdida de Mario, pero a ella ya no le quedaban muchas lágrimas que soltar. La rectora la agarró del brazo por miedo a que su extraordinaria profesora perdiese el equilibrio. Lloró tapándose el rostro y con la cabeza agachada, nada se supo en esos instantes de sus bellos ojos almendrados: habían desaparecido. Parecía no entender lo que le acababan de decir.

Tanto Paolini como la rectora se quedaron a su lado en silencio, esperando a que se repusiera del golpe aunque fuera para acompañarla a otro sitio, aunque nadie supiera qué decir en aquel momento. El policía retomó la conversación: había ido allí para eso.

—Señorita Rizzo, el comisario me ha dicho que la acompañe a la comisaría.

Por un instante, Adriana creyó que la querían acusar. Ella conocía a Mario, pero no lo había matado, no mataría ni a una mosca, ni siquiera a para defender el arte que tanto amaba.

«Deben de querer mi ayuda otra vez, como hace dos años», pensó mientras sentía que las fuerzas le abandonaban.

El policía y la rectora se dedicaron un gesto cómplice. Paolini se llevó a Adriana con el consentimiento de la rectora, y esta lo miraba pidiéndole que fuera considerado con ella.

El coche de la policía estaba junto al muro de entrada a la universidad. No sacaron el paraguas, pese a que llovía con fuerza. Llegaron a la comisaria al cabo de diez minutos. Allí sí que necesitaron, pues aparcaron bastante lejos de la entrada. Paolini hizo sonar el claxon, y el comisario Marini apareció con un paraguas. Adriana pisó un charco. Llovía tanto que la propia comisaría se exponía a posibles inundaciones, pues estaba en una zona muy llana.

Ya en el interior, la abrazó cuando se quedaron a solas en un pasillo. Lo hizo con fuerza, sin besarla, sin palabras. A pesar del

paraguas, Adriana se había mojado bastante, pues el viento llevaba el agua en todas direcciones.

Una policía, Giorgia Mirante, le tendió una toalla para que se secase. Tenía un rostro poco agradable, aunque le envidiaba el físico y el atractivo. Adriana aprovechó para secarse las lágrimas tibias que hacían de contrapunto al frío intenso de la mañana.

En la comisaría ya conocían los gustos de la historiadora, así que otro policía le ofreció una taza de café humeante que ella agradeció.

Adriana se volvió a encontrar otra vez rodeada de policías, pero esta vez no se limitarían a comentar las noticias: habían asesinado a alguien a quien Adriana había dado clases cuatro años antes. Eso sería un caramelito para los periódicos y seguramente todas las televisiones.

Todos estaban con ella. La apoyaban, aunque no por ello dejaba de sentirse incómoda. Llevaba unos minutos sin hablar, así que tuvo que ser Marini quien tomara la palabra para que la tensión no fuera a más.

—Debió de suceder anoche o esta madrugada. Los forenses ya trabajan en ello. Cuando nos presentamos allí, los *carabinieri* aún no habían llegado para joderlo todo. El caso era nuestro, así que figuraos qué cabreo cuando llegaron. —El comisario había estado a punto de cometer el error de decir que el caso era de ellos porque Adriana conocía al fallecido—. El juez autorizó el levantamiento del cadáver, y discutimos sobre quién debería llevar el caso. Después de un par de llamadas telefónicas, alguien de muy arriba ha permitido una investigación conjunta. No es el cauce habitual, pero nada en un crimen como este lo es. ¿Cómo pudieron asesinar a un joven tan brillante —recalcó esto último: debía de ser brillante, si había tenido a Adriana como profesora— mientras estaba en su casa? ¿Por qué? Daremos con su asesino o asesinos, cariño —trató de calmar a Adriana, quien asintió sin dejar que le vieran los ojos, aún húmedos.

—Comisario —dijo Paolini con tono serio, como tratando de mantener las distancias con su jefe —, me acaban de llegar más fotos e información que nuestros hombres están recabando en el lugar de los hechos. Descartan de entrada el robo con violencia, aunque el PC del fallecido estuviera destrozado. Todo apunta más bien a un ajuste de cuentas.

Aquello le extrañó a Adriana.

«Mario era un tipo raro, pero no era capaz de generar violencia como para que lo mataran.»

Más recuperada del *shock* que le había producido la noticia, Adriana trató de razonar. Le costó mucho. Pero de una cosa estaba segura: la habían llevado hasta allí para que colaborase, por doloroso que resultara.

Tomó otro sorbo de café caliente y levantó los ojos. Por fin estaban secos, aunque el desconsuelo seguía leyéndose en su mirada.

—Conocía a Mario, sí —se atrevió a pronunciar—. Es un estudiante brillante. —Habló en presente porque todavía no asimilaba su pérdida—. Cómo me apena lo sucedido.

Pero ¿por qué lo habían matado?

—Nos enteramos poco después. Solo sabíamos que había estudiado en tu facultad —apostilló Marini.

—Todavía lo hacía, creo. Lo vi el mes pasado. Si no me equivoco, estaba acabando su tesis doctoral. Parecía que iba a revolucionar al mundo con ella. Todos hablaban del tema, porque él había generado mucha expectación con ella. Pero nadie sabía en realidad sobre qué estaba escribiendo. No se ha dejado asesorar por ningún docente. Es testarudo y narcisista a veces…

Adriana seguía hablando en presente.

—Bueno —dijo Marini, que no quería herir susceptibilidades antes de tiempo—, no creo que se pueda llegar a esto por una tesis, pero apuntado queda. Nunca se sabe cuál puede ser el móvil de un crimen.

Paolini le mostró una foto que habían tomado unos agentes. Vio un cajón de la casa. Estaba lleno de dinero, a la vista, accesible en aquella habitación marcada ya por la muerte.

«Esto descarta el móvil del dinero —pensó—. Tiene que haber un móvil mucho más enrevesado de lo nos imaginamos.»

—Señor comisario —dijo Paolini, más serio que de costumbre, tal vez debido a la presencia de Adriana—, yo no descartaría nada. Lo digo por lo de la tesis. Si estaba creando tanta expectación o era muy buena o él mismo creó esa inquietud en los demás. La policía científica ya está trabajando con lo que queda de su ordenador. Señorita Rizzo, ¿tiene usted idea de dónde la pudo guardar?

—No lo sé. Solo puedo decir que era una persona muy

reservada. —Ya hablaba de Mario en pasado—. Me sorprendería que hubiera compartido su tesis. Si realmente era tan extraordinaria, nadie más que él debía de saber de su contenido.

—También cabe otra posibilidad —añadió Giorgia Mirante—. Estos jóvenes, y cuando me refiero a jóvenes digo menores de treinta años —aclaró ella, que tenía más de cuarenta—, parecen haber descubierto en la nube digital una nueva fórmula de guardar las cosas, u ocultarlas, dependiendo de lo que quieran hacer.

—Perfecta reflexión, Giorgia. Paolini, comuníquele esa posibilidad a la policía científica para que la compruebe lo antes posible. Quiero que este caso lo solucionemos solo nosotros —a todos les espantaba la idea de que los *carabinieri* se llevaran la gloria—, y en el menor tiempo posible.

—Voy a mandarles un mensaje ahora mismo, comisario.

—Ni mensajes ni leches. Los llamas por teléfono y se lo cuentas. Estoy harto de tanta tecnología —zanjó, sin reparar en lo paradójico de la situación. ¿Las nuevas formas de comunicación habían sido cómplices para ocultar allí, en un espacio ni visible ni palpable, una prueba que esclareciese aquel crimen funesto?

Paolini obedeció. Giorgia vio que Adriana se estaba acabando el café y decidió prepararles más a todos los allí presentes.

La cafetera que utilizaban se la habían decomisado tiempo atrás a un grupo mafioso que cometía sus actos ilícitos en diversos restaurantes de la ciudad. Era de tal calidad que a todos se les había pasado por la cabeza robarla y llevársela a sus casas, pero eran policías y aquello una comisaría.

Poco después formaban un coro, con tazas de café humeante en las manos, mientras el aguacero seguía descargando sobre el cielo de Roma.

Adriana aportó un poco más de información, aunque no dijo nada relevante. Al comisario tampoco le pareció razonable exprimirla más. Bastante tenía por aquel día. Actuó más como un amante que como un policía.

* * * *

Buenas tardes a todos los protestantes de Roma, de Italia y resto del mundo. Son las cinco de la tarde, hora de tomar el té como hacen nuestros queridos amigos en Inglaterra, y hoy lo haremos compartiendo con todos nuevas noticias que no por sorprendentes dejan de confirmar nuestros mayores temores: el Vaticano está detrás de ciertos acontecimientos sucedidos en Roma en las últimas cuarenta y ocho horas. La destrucción de una estatua de Bernini en la Gallería Borghese y el asesinato de un joven estudiante la noche pasada.

¿Un asesinato? Sí, han leído bien, pero seguramente no será el único: por todos son conocidos los crímenes que la Iglesia Católica ha cometido durante siglos y siglos.

Pero ¿a qué nos estamos refiriendo exactamente? ¿Crímenes del pasado sin resolver? No retrocedamos tanto en el tiempo. Les hablamos del último año y medio, a lo sumo. ¿Creen los fieles católicos que su último papa murió de manera fulminante y natural? Por supuesto que lo creen. De lo contrario, su fe en su Iglesia se desmoronaría aún más.

Pero nosotros estamos en el camino de revelarles la verdad, sin citar fuentes directas, de que el anterior papa fue asesinado por los suyos, por quienes más cerca de él estuvieron.

Es una realidad que no ha trascendido a los medios que Francisco quiso dar voz a uno de los secretos más silenciados en los últimos siglos y que concernía a la propia curia vaticana; más exactamente al Vicario de Cristo, como ellos lo llaman. Dicha luz se apagó con la muerte del papa anterior. La vergüenza y el pecado ensombrecen el Vaticano, como de costumbre.

Desde ayer tenemos una prueba más de la veracidad de estas afirmaciones: el joven estudiante fallecido ayer quiso seguir los pasos de Francisco, pero sin conseguirlo. Desde estas páginas acusamos al Vaticano de ser el instigador y la mano ejecutora de la muerte de Mario Cimini, quien también estaba convencido de que el papa había sido asesinado, y esta circunstancia se había ocultado a la opinión pública.

Tenemos nuestras fuentes contrastadas. No daremos más nombres para no poner en peligro a más gente. De momento, nos avala el alud de visitas a nuestra web, que ha aumentado cuanto más cerca estamos de despejar dudas que otros ni se plantean.

En cuanto a la destrucción de la estatua, no se nos ocurren otros motivos que los económicos para hacer desaparecer obras universales del maestro Bernini, referente indiscutible del arte católico, pero no duden de que detrás de ello sigue estando el Vaticano.

Pasen una feliz tarde en este día lluvioso todos nuestros hermanos en la fe protestante, y líbrense y duden siempre de la Iglesia Católica, pues ya lo dice nuestra Biblia: es la ramera de Roma que entre sus colinas habita.

* * * *

Los nombres de los dos amantes eran Darío y Linda. Habían descubierto el amor poco después de conocerse en la facultad, donde los unía también el amor por todo lo que fuera arte; sobre todo, el arte barroco. Ya eran licenciados, y llevaban más de cuatro años embarcados en el último esfuerzo que pondría el punto y final a sus estudios de Arte: la tesis doctoral.

Para acabar de rematarla y vivirla *in situ*, decidieron realizar un viaje a Madrid. La aeronave de Alitalia sobrevolaba el Mediterráneo de regreso a Roma.

Ambos parecían la mejor pareja de aquel vuelo, sonriendo siempre, compartiendo besos románticos y espontáneos. Ya habían superado el ecuador del vuelo, y disfrutaban felices de aquel momento, conscientes de que su tesis estaba ya acabada, y más después de haber visitado el Museo del Prado. Querían darse el lujo de contemplar las obras de uno de los grandes del Barroco: Diego Velázquez.

Y es que la tesis de ambos, que estaban preparando a medias, tenía un título muy sugerente: *Velázquez* versus *Caravaggio: Una cuestión de Estado*.

Aquel título parecía más el de una exposición del Prado que un trabajo académico de envergadura para la Universidad de La Sapienza de Roma.

¿El título quería confrontar a ambos autores? Pues sí. Para lo bueno y para lo malo. Para lo que los unía, y también para lo que los había separado.

Linda y Darío se habían fijado en aquellos dos pintores que, aunque no fueron exactamente coetáneos, pues solo coincidieron durante diez años y, además, en países diferentes, tenían en común el arte barroco y ciertas semejanzas en sus técnicas.

¿Velázquez copió a Caravaggio en sus obras? Esa era la pregunta que se hacía la tesis. Y la respuesta era que no. El hecho de que el español hubiera pintado con posterioridad no lo convertía en un impostor, pues ambos habían tomado caminos y seguido técnicas pictóricas totalmente personales.

La tesis incidía en el hecho de que la historia del arte estaba plagada de casos similares. En el ámbito de la pintura eran un hecho recurrente.

En el prefacio planteaban una cuestión difícil de resolver. Aunque en las pinturas de un joven Velázquez había coincidencias en cuanto a las técnicas pictóricas, veían poco probable que el español conociese las obras de Caravaggio. Por otro lado, no lo consideraban como un hecho probado e irrevocable. Incluso afirmaban la casi total seguridad de que Velázquez recogió las influencias de una copia del gran maestro milanés, el *San Juan Bautista* de 1598, pues una copia se quedó en España y en la actualidad se exhibía en Toledo. Según otros estudiosos, dicha obra estuvo en 1593 en Sevilla, la ciudad de Velázquez.

Para entender mejor el título de la tesis, esta se iniciaba con Caravaggio y su «claroscuro» particular. En una época en que la Contrarreforma católica inundó Europa de obras de arte para contrarrestar el protestantismo, el artista produjo casi exclusivamente pinturas religiosas, salvo en sus primeros tiempos.

Pero las dotó de un naturalismo y de una escenografía que el clero apenas comprendía y en su mayor parte denostaba. Sus obras se consideraron vulgares al emplear prostitutas y mendigos como modelos, pues intentaba buscar una esencia de realidad.

Velázquez también utilizó la técnica del claroscuro, pero adaptándola a su personalidad. En este aspecto, ambos pintores eran muy diferentes: el español, tranquilo y flemático; el italiano, tozudo, visceral y siempre al límite.

Según la tesis, una de las grandes diferencias era que, a diferencia de Caravaggio, Velázquez apenas cultivó la pintura religiosa.

El español supo combinar lo religioso con lo que no era de Dios.

En cambio, el italiano pintó muchas obras que citaban o pasajes bíblicos o escenas religiosas que todo el mundo conocía en aquella época.

Pero el punto en el que la tesis quería profundizar era cómo «la cuestión de estado» condicionó las carreras de ambos artistas. De hecho, podría incluso afirmarse que lo único que ambos artistas tenían en común era el continente en que vivían y el estilo artístico que cultivaban.

Como todo el mundo sabe, Velázquez se granjeó el favor de su rey Felipe IV, debido a sus cualidades artísticas. Al ser el pintor real más importante de aquel siglo (y quizá de todos los tiempos), Velázquez pudo progresar en su arte, pues contó con el apoyo de una monarquía que, aunque católica, no prejuzgaba su obra. Era una cuestión de Estado, y Velázquez tuvo más oportunidades que Caravaggio o cualquier otro artista de su época gracias apoyo del rey, ya fuera económico o en forma de privilegios.

La tesis restaba cierta importancia a la obra del español, pues justificaba su renombre por la cantidad de apoyos que recibió. Eso le permitió viajar a Italia, conocer a pintores famosos de allí y mejorar su técnica, lo cual lo convirtió en mejor artista.

Esto no le sucedió a Caravaggio. Cierto es que tuvo mecenas, pero de un rango mucho menor. El artista iba cambiando de mecenas, o, peor aún, lo cambiaban a él por problemático.

La tendencia a meterse en trifulcas mundanas oscureció en un oscuro claroscuro caravaggesco la reputación del artista. Pero de la tesis se extraía otra diferencia entre Velázquez y Caravaggio: este último vivía en un país donde el mayor poder no lo regentaba un rey, sino el papa de Roma, y, si esta institución no lo apoyó como «cuestión de Estado», era difícil que el artista se sintiera un triunfador con su obra.

La Iglesia Católica jamás respaldó a Caravaggio, cosa que sí hizo con otros artistas como Bernini, quien prosperó de la mano de la Iglesia.

Pero Caravaggio, no. Tal vez por su carácter terco y visceral, sus obras religiosas extremas no cautivaron al Vaticano, por lo que nunca tuvo el favor de ningún papa. La tesis no podía imaginar a Caravaggio trabajando para un rey entregado a su arte ni haciéndolo para un papa comprometido por el arte, pero sí aventuraba que, de haber sido posible, Caravaggio habría sido un artista todavía más genial.

La tesis continuaba detallando de cómo Velázquez se benefició del influjo del italiano, y no a la inversa. A modo de conclusión, afirmaban que, pese a su innegable calidad, el artista milanés fue víctima de su carácter y de su entorno.

Por todo eso, consideraban que su potencial lo convertía en mejor artista. Evitaron añadir que ello se debió a que fue un compatriota suyo.

* * * *

El avión comenzó el suave descenso entre turbulencias y nubes oscuras cargadas todavía de lluvia. Ambos se cogieron de la mano mientras el aparato daba sacudidas en el aire y asustaba incluso al más valiente. Unos minutos después vieron la ciudad de Roma iluminada mientras el aeroplano se inclinaba a la derecha para aterrizar en el aeropuerto de Fiumicino, también conocido por Leonado Da Vinci. En la oscuridad del descenso pudieron ver las luces azules que marcaban la pista. El avión se posó en ella con delicadeza y frenando sin problemas pese a la lluvia persistente.

Se desabrocharon los cinturones, cogieron sus pertenencias y pocos minutos después pisaron tierra firme. Darío encendió su teléfono y tuvo conexión a internet al momento. Trasteó en él sin saber a ciencia cierta si buscaba algo o si solo se entretenía mientras iban a buscar las maletas.

De manera casual, leyeron una noticia en la web del diario *La Reppublica*. Era impactante, sobre todo para ellos: «Violento asesinato de un joven universitario esta pasada noche en Roma». Bajo aquel titular se veía una foto de archivo de Mario. Se lo veía más joven, pero no cabía duda de que era él.

Darío se detuvo a leerla. El gesto desconcertado de Linda denotaba preocupación.

Según la escueta noticia, un universitario romano había sido asesinado la noche anterior. Lo acuchillaron en el cuello. Perdió la vida a consecuencia de las brutales cuchilladas recibidas en su domicilio del barrio del Trastevere.

Como hipótesis de trabajo, el periódico aventuraba o bien posibles ajustes de cuentas o bien que el autor de los hechos fuese alguien muy cercano a la víctima, por motivos académicos o

familiares. De momento no había más líneas de investigación, pues Mario era una persona reservada y apenas socializaba.

Darío no pudo evitarlo. Le enseñó el móvil a su pareja, que echó a llorar nada más ver el titular y la foto. Luego lo abrazó. Recogieron las maletas como buenamente pudieron y luego se agenciaron uno de los últimos taxis. Mientras se dirigían a Roma su miedo se convirtió en pavor, pues tuvieron la sensación de que tal vez se estaban acercando al asesino de su compañero.

* * * *

Bajaron en silencio unos escalones que ya se veían estrechos y desgastados cuando se construyó aquel lugar cuatro siglos antes. Ya era medianoche, y habían pasado justo veinticuatro horas después de que cometieran aquel brutal crimen.

El Príncipe esperaba a su «plan B» en los sótanos austeros de aquel edificio. En la sala había una silla, una vieja mesa donde reposaba un portátil pequeño junto a una biblia y un invitado inanimado al que le daba la espalda mientras esperaba a los suyos. En total, no tendría más de una veintena de metros cuadrados, que se consumían en la humedad y la descomposición de sus paredes.

Llegaron los cinco. Saludaron mientras los iluminaba una potente lámpara que pendía del techo. La bombilla incandescente siempre estaba encendida fuera de noche o de día.

El Príncipe se levantó. Llevaba todo el día consumido por los nervios, pero las reuniones como aquella debían hacerse con nocturnidad y alevosía, cuando el mundo dormía y casi toda la población pensaba que ya no podía suceder nada más, pues la quietud se apoderaba de la ciudad, menos para quienes solo tenían por cometido el mal, el engaño y la invisibilidad.

El que había encabezado el grupo en el asesinato de Mario Cimini se puso junto al Príncipe y le tendió con la mano izquierda todos los papeles que habían sacado de la casa del joven.

El Príncipe los recogió con calma, si bien llevaba todo el día esperándolos. Miró las noticias por la pantalla del portátil. Hablaban del asesinato de un joven estudiante.

«Ajustes de cuentas» y «Círculos próximos», aventuraban algunos

medios de comunicación sin haber contrastado su información.

El Príncipe empezó a leer una de aquellas hojas que parecían desordenadas. Y vio, anotado en una caligrafía bastante legible, lo siguiente:

… Y quienes formamos parte de esta Iglesia respetamos sus ideas, dedicamos nuestra obra a Dios y sus representantes en la tierra. Y cada obra de arte es una obra inspirada por Dios, no por la naturaleza humana, y la naturaleza en sí misma es obra también de Dios, no del hombre que quiera ver allí donde no las hay ciertas parábolas matemáticas o científicas, que solo citarlas es citar al Diablo, pues van en contra de Dios.

Quienes ven en la perfección de los números algo superior caen en la soberbia de su conocimiento, pues no hay mayor mezquindad que la de creer un orden superior y más preciso que el que Dios creó en la naturaleza, y a eso debe llamársele por su nombre: herejía.

El texto seguía. Los papeles desordenados fueron alineándose en las manos del Príncipe, que leía con premura. Consiguió leer la que parecía la última página. Se concedió el privilegio de sonreír un segundo. Luego su rostro duro volvió a emerger súbitamente. Se dio cuenta de que faltaba algo. No conseguía encontrar el inicio de todo aquel enrevesado testimonio del pasado. Reconoció entonces que había tres tipos de letra. En efecto, faltaba una cuarta. Aquello sacó de sus casillas al Príncipe.

—Falta texto. Esto solo corresponde a lo que escribieron tres de esos niñatos malcriados. ¿Dónde está lo que escribió Mario Cimini? —preguntó.

—No había más escritos. Eso es todo —respondió una voz de mujer joven.

—Entonces os habéis dejado algo por escrutar. Lo que transcribió Mario Cimini no está aquí, y es precisamente el inicio de todo. ¿Qué más hicisteis allí?

—Destrozamos casi todo lo que encontramos. Su ordenador de mesa. Su impresora. Discos duros externos. No encontramos ningún pendrive. Solo salvamos lo que hemos traído hasta aquí.

Estaba cada vez más enojado, pues aquellos supuestos

profesionales habían realizado una chapuza difícil de creer. Imaginó que quizás alguien encontraría la parte que Mario memorizó y luego la llevaría hasta… ¿su ordenador de mesa?

—Os voy a perdonar. Hoy me siento magnánimo. Me interesa lo que me habéis traído, aunque esté incompleto y no vaya a divulgarlo ahora porque eso supondría delatarnos y condenarnos para siempre. Aguardaremos con paciencia, la misma que lleva ese legado allí, la misma que vio nacer a este edificio con dinero suyo a quien hoy se difama desde la pluma de un gran artista. Debo reflexionar acerca de si es conveniente que, en un futuro, el mundo sepa esta verdad. Lo primero es nuestra seguridad, y luego, defender nuestra causa. Llevamos siglos combatiendo al Vaticano. Quizá las prisas no sean buenas consejeras.

Guardó silencio, mientras bajaba el mentón y se perdía en sus pensamientos.

Los cinco se lo quedaron mirando sin saber qué decir. Ni siquiera la muchacha zurda que le había pasado los papeles y parecía tener mucho carácter supo responderle.

—Difamar al Vaticano —dijo de repente el Príncipe retomando su discurso—, de lo de ayer, de lo que tenga y que esté por venir, de lo que ya hicieron y ocultan, sea verdad o no. Ese es nuestro cometido ahora. Y a vosotros os encargo cualquier delito de sangre que podamos justificar para nuestra causa. Sois mi plan B, y a vosotros me encomiendo para realizar sacrificios mayores.

Sus interlocutores no entendían por qué pasaban a ser el segundo plato de aquella obra delirante que ya se había cobrado la primera vida.

El Príncipe sacó de un diminuto cajón de madera grandes cantidades de dinero en billetes de quinientos, y comenzó a repartirlos entre todos menos con aquella mujer, no porque fuera machista, que lo era, sino porque ya ella parecía comer de una mano oculta que patrocinaba todos sus actos más ilícitos.

—Podéis iros. Ya os comunicaré vuestros próximos pasos a su debido tiempo. Estad alerta: los próximos días serán cruciales. Recordad que sois el plan B, más oscuro y oculto que los subsuelos de este edificio que construyó un antepasado mío. De sus cimientos nació la fe protestante, la misma que llegó un día a ese lugar donde un gran artista descubrió su existencia, a pesar de ser un maldito católico enriquecido por el mecenazgo de la Gran Ramera.

* * * *

El ambiente que reinaba en la comisaría era tenso. Jamás se había respirado tal crispación, y eso que apenas llevaban un día con el caso. Carlo Marini había exprimido al máximo a todos sus efectivos, y también a la policía científica y la brigada contra delitos informáticos.

Ya tenían varias cosas claras: a Mario Cimini lo asesinaron con un arma blanca de considerables dimensiones. La forma en que le cortaron el cuello permitió deducir que lo hizo una persona zurda y bastante alta, si bien era cierto que el muchacho era más bien bajo.

No había huellas ni restos biológicos de otras personas en el cuerpo de Mario. Ni en la habitación donde lo mataron, ni en el resto de su casa.

La brigada de delitos informáticos consiguió recuperar indemne el disco duro del ordenador, pese a que los desconocidos atacantes lo habían molido a palos. En el interior no encontraron nada especial. Por ello trataron de entrar en una posible nube informática creada por Mario. No les resultó difícil dar con la contraseña.

Carlo Marini se indignó al enterarse de cuál era la contraseña, que constaba de un nombre y un número, pero guardó las formas, al menos con Adriana. ¿Tenía que ver su nombre con el de la contraseña?

Dentro de la nube del joven vieron el título de su tesis: *Los números conviven ocultos mientras el arte brilla en el mundo*. Un agente de policía de la comisaría se la leyó sin descanso aquella noche.

Solo hablaban de números y de arte.

Otro archivo, sin título y aparentemente vacío, se les apareció como un fantasma en el ciberespacio. Lo desecharon, pues no consiguieron sacarle ningún provecho.

Eso era lo único destacable. Eso sí, a todos les sorprendieron unas apostillas finales que no guardaban relación con la tesis y contenían unos extraños comentarios relativos a Adriana. Eran tan explícitos que el comisario se negó a comentarlos mientras Adriana estuviese presente.

Aquella mañana la habían convocado a la comisaría. Trataban

de esclarecer por qué determinadas palabras de la tesis estaban subrayadas en rojo y la mayoría no. Parecía haber cierta pauta: Mario marcaba la primera, la segunda, la tercera, la quinta, la octava. A partir de ahí estaban cada vez más separadas, en un orden aparentemente caótico pero familiar para cualquier matemático: la sucesión de Fibonacci. Esta comenzaba con el número uno, luego el dos, y, a partir de ahí, siempre la suma de los dos últimos.

La policía sabía lo que era la sucesión de Fibonacci, pero no le encontraba sentido en aquel texto. ¿Por qué estaba oculta en un tratado de arte? Como experta en esta última materia, tal vez Adriana pudiese aportar alguna idea.

La única conclusión a la que llegaron era que a lo mejor se trataba de un guiño al título de la tesis: *Los números conviven ocultos mientras el arte brilla en el mundo*. Pero ¿con qué fin?

El ambiente seguía tenso. Acababan de poner al día a Adriana, aunque le habían omitido la información sobre las apostillas finales que Marini no quería que viera. Ordenó que le imprimieran la tesis.

—En efecto, es la serie de Fibonacci —comentó ella, con más concisión de lo habitual en ella.

—El último número de la serie Fibonacci aquí es el 28.657 —dijo Paolini—, ya que la tesis apenas supera ligeramente las treinta mil palabras. Ahora bien, hay algo que de momento no comprendemos. Toda la serie está resaltada en rojo menos el número 233, que sigue en negro, como en el resto del texto. ¿Pudo cometer Cimini el error de no remarcarla en rojo? Es posible. Pero deberíamos contemplar otras opciones. Tal vez intente decirnos algo.

»Señorita Rizzo, ¿ve algo extraño en esa diferencia? ¿Cómo lo interpreta usted?

Adriana ya no soportaba que, después de dos años, Paolini siguiera tratándola de usted. Por eso quiso resarcirse tuteándolo.

—No sabría decirte. No conozco ninguna simbología aplicable a ese número, Salvatore. Me parece uno entre tantos. Sí es cierto que algunos números están dotados de un simbolismo especial, pero la mayoría suelen ser cifras bajas, inferiores a la centena. La única excepción que recuerdo es el número de la Bestia, el 666, que siempre ha sido objeto de interpretaciones diversas. En cuanto al número que me mostráis, no tengo ni idea, salvo que está en negro y los demás en rojo. ¿Queréis que os recuerde la simbología de

ciertos colores? El rojo sería la sangre o la guerra, como Marte, el planeta rojo que los romanos asociaban con el arte de hacer la guerra. Sobre el negro, pues ya sabéis todos lo que significa: muerte.

—Gracias —añadió Marini—, era tan evidente que creo que ninguno de nosotros reparó en ello. ¿Muerte al número 233? Todavía no le encuentro explicación, ¿y vosotros?

Nadie dijo nada, ni siquiera el policía que se había leído la tesis durante la madrugada anterior. El ambiente era tan tenso que ni siquiera querían soltar algún chiste que luego diera lugar a reproches.

—Necesito ideas, por favor. El tiempo corre en nuestra contra, y seguro que los *carabinieri* llevan las investigaciones más avanzadas que nosotros, para variar.

En ese preciso momento le sonó el móvil a Adriana, quien puso cara de sorpresa. Ahora era el blanco de todas las miradas. En la pantalla se veía el aviso de número desconocido.

—Adriana Rizzo —respondió.

—Buenos días, señorita Rizzo. Soy el capitán Francesco De Angelis. ¿La interrumpo? Querría hablar con usted para comentarle el avance de nuestras investigaciones.

—Sí, por supuesto. Deme un segundo. —Adriana le hizo un gesto a Marini para pedirle un lugar más privado donde hablar. El comisario la acompañó hasta una sala pequeña y cerró la puerta para dejarla hablar a solas. Frunció el ceño, pues en cierto modo recelaba de ella—. Dígame, capitán. Sorpréndame con algo bueno. Lo necesito.

—Bien, pues empezaré por el final, aunque ya hay un dato que usted conoce. La póliza de seguros valorada en quince millones está contratada con Generali. Lo curioso del caso es que esta póliza se renegoció hace seis meses y se duplicó su cantidad. Pero eso no es todo. En el contrato se estipula que dicha empresa tendrá, mediante una clausula preferencial, acceso al treinta por ciento de los ingresos tanto en la taquilla del museo como en las entradas compradas *online*. El pago de dicha póliza por Generali podrá hacerse efectivo al cabo de un mes si no se han demostrado actos delictivos; pero no antes.

»Lo más raro del caso es que la Gallería Borghese no es autosuficiente desde hace tiempo. Tiene una deuda de más de tres

millones de euros. Pero su propiedad no es privada como pudiera imaginarse. Desde 1902 es patrimonio del Estado italiano, que sufraga sus gastos con partidas públicas, que ni siquiera unidas a la venta de entradas evitan las deudas. Además hemos descubierto ciertas cantidades de dinero que salen del museo sin justificación alguna. Todo esto concierne a lo económico.

—¿Y en cuanto a la destrucción de la estatua han averiguado algo?

—Pues sí. Pero nada definitivo. Apenas hemos avanzado nada desde las primeras horas.

—Hable más claro, por favor.

El monólogo del capitán estaba poniendo nerviosa a Adriana.

—Todo empezó después de que se fuera usted . El sistema de cierre de las puertas de las salas se activa cuando el museo cierra al público. Y así permanece cada noche hasta el día siguiente.

»El control en esas horas en que las obras de arte permanecen seguras se oculta en un lugar libre de espacios físicos: la nube informática del museo. Cada hora, el sistema se seguridad cambia de manera aleatoria el código de acceso a todas las puertas. Solo en caso de extrema necesidad se puede recurrir a él y teclear la combinación correcta en cada uno de los teclados táctiles que hay junto a las puertas. Eso lo descubrimos poco después de marcharse usted.

—¿Y por qué no me lo comentó el otro día en Tecnicon Restauro?

—Me pareció demasiado delicado para decírselo allí. Prosigamos. Unos minutos después, dos de mis agentes y yo nos quedamos apresados en la sala: esta se cierra automáticamente si ha transcurrido una hora desde que se proporcionó la última combinación numérica. A otros dos de los nuestros les pilló por sorpresa en el pasillo. Antes de que metieran los dedos en el teclado ordené que tomaran huellas del cristal digital, por si hallábamos algunas que nos resultasen de interés. Después las mandamos a analizar de inmediato y le ordené al jefe de seguridad del museo que bajase lo más rápido posible.

»Más que sentirse culpable, parecía asustado por mis órdenes. Le pedí que desbloqueara la puerta, y en ese momento comprendí que el cambio del código de acceso solo se podía realizar desde la nube informática del museo. El hombre subió como un cohete y, al cabo

de un tiempo que nos pareció eterno porque empezábamos a estar hartos del encierro, llegó con un número anotado en un papel tan blanco como la cara de susto que lucía. Tecleó los números, 987, y la puerta se abrió.

»Pasada la medianoche quisimos probar qué pasaría si tecleábamos aquel número escrito. La puerta no se abrió.

Le pedimos una nueva clave al jefe de seguridad. Así pues, el sistema generó otro número de seguridad para proteger las obras: 4147.

»Lo probamos y funcionó. Seguimos allí mientras las huellas iban de camino al laboratorio. El siguiente número fue el 233.

»Nuestros expertos en seguridad informática trabajaban ya desde aquel instante para averiguar patrones en aquella secuencia. Lo más sorprendente es lo que nos dijeron unas horas después: el sistema de seguridad del museo usaba números de forma aparentemente aleatoria, pero no era así, empleaba solo de la sucesión de Fibonacci y de forma desordenada salvo la regularidad de que cada ochenta y nueve horas se repetía un número Fibonacci: el 233. —En cuanto Adriana volvió a oír esa cifra, su delicada piel se erizó de repente. Acababan de hablar de ese número. Mario lo había señalado en su tesis: el único de la serie que no estaba marcado en rojo. Por un momento, le echó a su exalumno la culpa de la destrucción de la estatua… pero entonces comprendió que en realidad lo habían matado por aquello—. Al día siguiente de nuestro reencuentro, todo el personal del museo incluido el director nos había dado sus huellas para cotejarlas con las de la pantalla. No hubo ninguna coincidencia. No podemos estar seguros de que fueran las que permitieron abrir la puerta el día en que destruyeron la estatua, pero sí estamos seguros de que aparecerán en nuestra inabarcable base de datos, o bien en algún pasaporte o bien en algún documento de identidad. Si esas huellas pertenecen a un italiano, no se librará de que lo localicemos.

—¿No hay posibilidad de error?

—No, señorita, salvo que la persona no esté fichada; cosa alto improbable. De momento, nuestra base de datos es tan numerosa que ni con los sistemas más veloces hemos podido cotejar la huella hallada con los millones de personas que viven en este país. En unos días los habremos analizado todos.

—¿Y los extranjeros también? —se le ocurrió decir a Adriana en un pequeño momento de lucidez.

—Sí, ya he pensado también en eso. ¿Cree que la persona que abrió la puerta podría ser extranjera?

—No. Pero me extraña que solo me hable de italianos.

—Bueno. Si no encontramos correspondencias, entonces barajaremos la posibilidad de que la última persona que tecleó fuese extranjera. No obstante, si el extranjero está aquí con permiso de residencia, tenemos también acceso a sus huellas. Si está de paso o simplemente es un ilegal no tenemos forma de llegar a él.

—Capitán, una pregunta. Si le mando una huella digital, ¿la podría cotejar con la que encontraron?

—Por supuesto. ¿En quién está pensando?

—Eso no se lo puedo decir de momento, discúlpeme. Es solo una conjetura mía. ¿Me da un minuto? No se retire de su teléfono.

Adriana salió de la sala a toda velocidad y se dirigió a Marini:

—¿Podéis tomar las huellas de Mario lo antes posible?

—Sí, por supuesto. Pero ¿para qué? Él es el muerto, no el asesino.

—¿Me las puedes conseguir hoy? —insistió, con cara de enfado.

—Seguramente pueda conseguirlas hoy mismo, pero no podría compartirlas contigo —replicó él, receloso.

—Entonces, ¿podrías enviárselas al capitán Francesco De Angelis de la Guardia di Finanza? —y le tendió el teléfono para que hablara con él.

Carlo Marini se puso al teléfono mientras ponía cara de enrabietado y celoso a la vez. Ambos policías hablaron un par de minutos y el comisario le prometió que le mandaría a aquel mismo terminal de teléfono las huellas de Mario Cimini.

«Pero no será hoy —pensó—: no les voy a dar ese gustazo.»

Cuando Adriana se dio cuenta de que lo había conseguido, sintió como si una lenta cuenta atrás acabara de iniciarse. Era mediodía, pero ya tenía claro que no podía aportar nada más, de modo que se fue a su casa porque se sentía cansada y alterada a la vez.

* * * *

Adriana se pasó la tarde tumbada en el largo sofá y cubierta por una manta, pese a que la calefacción estaba encendida. Parecía una enferma. Los acontecimientos de los últimos tres días la habían afectado muchísimo.

Trataba de preparar la clase del jueves, pues se había reservado el miércoles para acudir al entierro de Mario Cimini. Intentaba concentrase en la asignatura, pero solo podía pensar en aquel joven a quien había conocido cuatro años antes y con quien había tenido un romance podríamos decir que tórrido.

Él estaba en primero de carrera y ella acababa de empezar a impartir clases. Aquel año no enseñaba Arte Barroco, pese a que era su debilidad.

Mario atrajo su atención. Era un joven era extraño y tal vez poco atractivo. Eso no era problema para Adriana, quien sentía predilección por los tipos excéntricos y que no encajaban en cánones de belleza comunes.

Su enorme afán por aprender todo lo que pudiera sobre arte enamoró a la profesora, y tuvieron un idilio que duró unos seis meses. Pero ella lo atraía más por el físico que por el intelecto. Adriana era consciente de ello desde el principio, aunque no quiso, o tal vez no pudo, dar marcha atrás.

Su carácter huraño y posesivo fue a más con el paso del tiempo. Ello repercutió en la manera en que la trataba. Adriana empezó a sentirse cosificada. Mario parecía considerarla una especie de hermosa estatua de carne y hueso bella que se movía y no sabía decir que no.

Pero Adriana empezó a cansarse y se distanciaron. A esas alturas, ya lo consideraba abiertamente un perturbado. Cuando él se dio cuenta, afloró su lado más tenebroso. Comenzaron las amenazas y el chantaje emocional. Pero no contaba con que ella ya no lo quería, y que había dado por terminado aquel idilio de seis meses.

Ella también comenzó a amenazarlo. Era una estrategia defensiva: al paso que iba Mario, la violencia física era cuestión de tiempo. Se distanciaron física y mentalmente, entre pasillos de universidad y horas perdidas. Ya eran solo unos extraños que ni se hablaban ni se saludaban, pero las miradas que se cruzaban estaban cargadas de hostilidad.

A partir de la información que le había proporcionado la Guardia di Finanza, Adriana llegó a la conclusión de que Mario

estaba mucho más trastornado que hacía cuatro años y había destrozado la estatua de Bernini. El 233 aparecía una y otra vez tanto en su tesis de él como en el número de la Gallería Borghese que se repetía cada 89 horas. Ambos eran números de Fibonacci, así que aquello no era casual. Allí había un simbolismo claro y hecho a propósito.

Adriana seguía sin entender la elección de aquel número, pero llegó a la misma conclusión que Marini al asociar la muerte con el número 233. Definitivamente, aquello iba de números y de arte, al igual que la tesis de su examante.

¿Cómo había podido acceder a aquellas secuencias no tan aleatorias de un matemático del pasado que protegían obras de arte siglos después? Se imaginó a Mario visitando aquel museo una y otra vez hasta dar con la clave necesaria para acabar con aquella obra barroca.

«Pero ¿quién querría matarlo?»

Se imaginó a sí misma por un segundo, convencida de que las sospechas no tardarían en recaer sobre ella.

* * * *

La noche había llegado a Roma, y Carlo Marini movilizó a todos los agentes de la *Polizia di Stato* de su comisaría y otros desplazados *ex profeso* desde el resto de la provincia. Disponía de unos treinta agentes para llevar a cabo un importante operativo policial contra el narcotráfico, aunque intuía que se encontraría con otras cosas aún más turbias y sorprendentes.

La discoteca Moscú 1993 era un conocido local nocturno del este de la ciudad que investigaban desde hacía tiempo pero donde ningún policía había tenido la oportunidad de poner el pie. Esa misma mañana llegó la orden judicial para registrar el local.

Se sospechaba que de aquella discoteca salía grandes cantidades de droga a las que tenía acceso Andrea De Sorrento y que luego se distribuían por toda Roma.

La policía se repartió en dos grupos. Unos fueron por la puerta trasera y otros por la entrada principal, donde había dos tipos de dos por dos metros. El comisario se presentó frente a ellos con la

orden judicial. Detrás de él había una docena de hombres que vestían de paisano y empuñaban armas semiautomáticas. No se amilanaron y lanzaron una retahíla de bravuconadas, mitad en ruso y mitad en un italiano casi ininteligible.

Carlo Marini sacó su pipa y la llevó sobre la cara de uno de ellos.

—¿Ves lo que es esto? Vamos a entrar, te guste o no, barbitas.

Pero el tipo seguía sin moverse ni dejar pasar a Marini, y este le encañonó el revólver en el pómulo con cara de enajenado mental. El ruso cedió por fin y dio un paso al lado.

Marini apartó la cara de aquel matón a sueldo, le echó una mirada al otro ruso y movió la cadera para ganar medio metro y acceder al local. Tras él iban Paolini y Giorgia. El resto los siguió agrupado, guardándose las espaldas unos a otros. Los policías que habían entrado por la puerta trasera ya los esperaban en el interior.

Pese a ser día laborable, la discoteca estaba repleta. La música sonaba con potencia atronadora y el ritmo era seguido por multitud de jóvenes mientras unos juegos de luces y rayos láser enfocaban los rostros por décimas de segundo en una orgía de ruido, luz movimiento y desenfreno.

Aquellos jóvenes que bailaban y bebían no repararon en la presencia de los policías armados. Se acercaron a duras penas al centro de la pista. Las luces se multiplicaban. Unas gogós de piernas largas y cabelleras rubias se movían al son trepidante de la música.

Cuando el comisario se hizo paso entre la muchedumbre pudo ver caras de personas completamente idas, que o bien le sacaban la lengua o bien le lanzaban besos obscenos. Los policías tuvieron que emplearse a fondo para abrirse paso a base de codazos, pues las pistolas pasaban inadvertidas.

Al fondo, pegados a unas paredes llenas de espejos, había unos tipos calcados a los de la entrada. Se removieron inquietos al reconocer a los policías.

Los treinta policías estaban cercando el centro de la discoteca cuando los esbirros empezaron a disparar desde detrás de la pista central. Una de las gogós medio desnuda oyó el silbar de una bala cerca de ella y se tiró al suelo. Los policías contraatacaron disparando al techo mientras ganaban terreno, empujando cuerpos que bailaban y callándolos con gestos para que se apartaran sin obstaculizarlos.

Varias balas pasaron cerca del comisario y de otro agente, pero los rusos cedieron tras un movimiento rápido y en forma de pinza. No tenían escapatoria posible, atrapados entre los policías y las paredes llenas de espejos que llegaban hasta el techo.

Uno de ellos tiró el arma al suelo. Esta acabó justo al borde de la base de la pista, junto a una rusa delgada y atractiva que, ajena al tiroteo, aún se contorneaba al compás de la música frenética.

Uno de los cinco pistoleros rusos apuntó a Paolini con intención de dispararle, pero Giorgia Mirante se le adelantó y le descerrajó tres proyectiles: dos en el pecho y otro en la cabeza. El ruso cayó como si una roca se hubiera desprendido de un precipicio, con violencia y el estruendo amortiguado por la música infernal que poseía a los jóvenes que seguían ajenos a lo sucedido.

Con movimientos rápidos y decididos, los policías se abalanzaron sobre los cuatro gánsteres que quedaban allí para proteger al dueño de la discoteca, el georgiano Georgi Gabashvili.

Era curioso que aquel georgiano llevase negocios de la mafia rusa, pero su poder venía de lejos, de cuando la Unión Soviética aún no se había desmembrado. Los policías aporrearon sin piedad a los rusos mientras el resto de agentes sacaban el cuerpo sin vida del mafioso más osado. Lo llevaban en volandas por encima de toda la gente que bailaba y que reía al verlo, convencida de que formaba parte del espectáculo, o tal vez fuese un borracho.

Carlo Marini supo enseguida que Georgi Gabashvili estaba en un reservado de la discoteca. Descendió a la carrera por una escalera de caracol y mármol negro. Marini y los policías que lo acompañaban vieron a un tipo gordinflón tumbado sobre unos sofás inmensos en los que se contorneaban chicas desnudas, una de las cuales le estaba practicando una felación.

Giorgia se detuvo en seco en uno de los escalones de mármol. Estaba más bloqueada que cuando hirió de muerte al mafioso. No sabía cómo reaccionar.

Seis policías rodearon al mafioso mientras las chicas, avergonzadas, se tapaban las carnes.

—Georgi Gabashvili —dijo el comisario, enseñándole una foto —, queda detenido por asociación mafiosa, tráfico de droga y extorsión.

«Y de muchos más delitos, cabrón», quiso añadir, para soltar toda la adrenalina que llevaba dentro.

Los policías comenzaron a requisar todo lo que encontraban. No tardaron en descubrir innumerables paquetes de cocaína y fardos de dinero con los que bien podrían jubilarse.

La operación duró una hora más y concluyó con la clausura del Moscú 1993 y la detención del capo de aquella organización. Marini no estaba contento: quería saber más de aquel entramado criminal, cómo les llegaba la droga, quién la distribuía, a quién enriquecía.

Lo que Marini no sabía en ese momento es que justo a esa hora unos encapuchados tiraban al río Tíber a Andrea De Sorrento, quien moriría ahogado. Aún tardarían dos días en encontrar su cuerpo.

* * * *

El frío seguía azotando la ciudad con una intensidad invernal. Por suerte, aquella mañana lucía un sol radiante y el cielo estaba completamente despejado, entre las siluetas de edificios, iglesias variopintas y colinas.

Adriana había desayunado mucho mejor que en los días anteriores; pero no conseguía calmarse y se estaba adentrando en un proceso autodestructivo.

De estar consternada por la destrucción de *El rapto de Proserpina* había pasado a la convicción de que el autor de aquella barbaridad solo podía ser Mario. Y ella era una potencial sospechosa, pues, pese a la falta de pruebas, ahora era de dominio público que habían mantenido una relación tormentosa. Su inocencia no la dejaba tranquila, y no podía imaginarse a otro asesino de su exalumno.

Decidida a no desperdiciar la mañana, hizo una visita a Tecnicon Restauro. Consiguió aparcar el Fiat justo en la puerta. Junto al guardia de seguridad siempre había un agente de la Guardia di Finanza. Ambos reían en tono jocoso cuando ella hizo ademán de entrar, pero esperó a que le pidiesen identificarse. Se alegró de que lo hicieran, pues quería comprobar el nivel de seguridad que se empleaba en aquel recinto.

En el interior había unos policías que parecían mirar las musarañas mientras que varias restauradoras trabajaban con la estatua de Bernini hecha añicos. El gerente, que parecía tener un sexto sentido para detectar presencias femeninas a su alrededor, se acercó a ella con cara sonriente y gesto baboso.

«Es un mujeriego machista», pensó Adriana, que no soportaba a tipos como aquel. Carlo tal vez tuviera una mentalidad similar, pero la respetaba.

—Buenos días, señorita Rizzo —la saludó, y se las arregló para contemplar el perfil de ella dibujándose sobre un largo abrigo negro de lana fuerte y tupida que marcaba sus curvas otoñales. Adriana se negó a seguirle el juego y optó por mostrarse distante y escueta.

—Buenos días —se limitó a responder.

—Venga, acérquese. Las chicas están empezando con lo que ya llamamos nuestro «puzle de Bernini». La primera parte está hecha. Hemos conseguido un molde fidedigno a la estatua en tres dimensiones. La fibra de vidrio es un buen material para ello, y hemos unido las dos partes con un fino láser. Ahora mismo se parece más a un gran cacahuete gigante y vacío dividido en dos. ¿Nos ayuda a recomponer el cacahuete?

Adriana pensó que aquel tipo no debía de estar muy bien de la cabeza, pues hacía unas metáforas incomprensibles. No quiso ni imaginarse las comparaciones que haría a costa de sus pobrecillas trabajadoras a quienes seguramente compensaba con un salario precario.

Les dio la mano a todas las restauradoras, consciente de que aquel impresentable rijoso seguramente las había seleccionado no solo por sus conocimientos de restauración sino también por su belleza. Sintió asco, pero en ese momento pensó en el desayuno y le vinieron de repente unas ganas de vomitar. Se controló. Dudó si era asco por aquel tipo o que el embarazo también influía.

—Dios mío, cuánto trabajo por culpa de los destrozos de una sola persona —dijo Adriana, mirando solo a las chicas.

El gerente le puso una cara de pocos amigos. No entendía el porqué del comentario.

—Perdone, señorita. No soy forense. En el caso de que lo fuera, quizá lo sería de obras que no tienen vida y con las que han acabado el paso de los años o la acción del hombre. Pero yo diría que, teniendo en cuenta las dimensiones de la estatua y la brutalidad con que ha sido despedazada, estoy seguro de que en el destrozo intervino más de una persona. Pero me puedo equivocar. Tal vez el tipo fuera muy robusto y dispusiese del tiempo que quiso para una labor tan reprochable.

Adriana no quiso discutir sobre la naturaleza de aquella

salvajada, pero sí le llamó la atención que diese por seguro que aquello era cosa de varias personas.

—No sé si sentirme aliviada, pero en todo caso eso no cambia nada. Solo nos quedan unos pedazos de lo que fue *El rapto de Proserpina*.

—¿Nos ayuda a hacer el puzle? —le propuso. Adriana lo miró fijamente a los ojos, pensando que el gerente debía de preferir a las mujeres más sumisas y menos impertinentes. Sintió asco de nuevo, pero se puso de cuclillas junto a dos de las chicas.

Aquel molde de fibra de vidrio estaba dispuesto directamente sobre un suelo cubierto por una amplísima estera de junco que lo mantenía aislado de la humedad y cualquier otro fluido.

Todas las piezas habían sido colocadas, numeradas y fotografiadas con su correspondiente número. Casi todas estaban sobre una amplia mesa. No obstante, tres de ellas, grandes y fáciles de reconocer ya estaban en el molde. En concreto, formaban el rostro de Proserpina mientras escapaba de las garras de su captor.

—Hola, Adriana —le dijo sonriendo una joven rubia que se llamaba Valeria—. Buenos días. Creemos que la pieza número 78 —y le enseñó la pieza y la foto— encaja con las otras tres que ya hemos colocado. Forma parte del cuello y del cabello trenzado de Proserpina. —Y le enseñó una foto de la estatua antes de ser destruida.

Aunque Adriana conocía la estatua a la perfección, no le parecía tan fácil recomponerla a partir de la nada. En especial, aquella zona del cabello donde el Barroco había creado algo verosímil gracias a la genialidad de Bernini.

La historiadora del arte cogió aquel pedazo de mármol roto. Sus manos temblorosas apretaron con firmeza. Valeria y ella llevaron despacio el fragmento hasta el nivel de tierra, y se inclinaron con suavidad mientras el gerente observaba.

Vieron que encajaba con las otras tres piezas, pero que no se sostenía, pues necesitaba compactarse con más piezas. No importaba. Otra de las chicas tomaba notas, y una tercera sacó una foto para inmortalizar aquel momento. Ya sabían dónde iba la pieza 78. Seguramente más adelante la podrían colocar, quizá cuando aquel «puzle de Bernini» encajara al completo.

En ese momento le sonó el teléfono móvil a Adriana.

—¿Me permites un momento? —Puso cara de circunstancias mientras Valeria sonreía y se quedaba con la pieza para devolverla muy lentamente a su compañera hasta la mesa—. Buenos días, capitán De Angelis —recalcó al ver su nombre en la pantalla, pues ese apellido ya era conocido en aquella empresa—, hoy sí que necesito que me dé una noticia mejor que ayer. Llevo horas dándole vueltas a sus explicaciones.

—Buenos días, señorita. No sé qué entenderá usted por buenas noticias, pero seguimos sin saber quién destruyó la estatua por ejemplo.

—¿Eso significa?… —Adriana no quiso acabar la frase para no aventurar conclusiones precipitadas.

—Las huellas digitales que me enviaron ayer no coinciden con las que extrajimos el primer día del teclado de cristal.

—Entonces, si no coinciden, ¿fue otra persona?

—Es bastante probable. Esos teclados apenas se utilizan. Y esa huella parece reciente. Seguimos buscando en nuestra extensa base de datos. Quizá tardemos unos días en encontrar coincidencias en nuestra extensa base de datos, o quizá no las encontremos nunca. Pero espero que la solución se acelere. Mis compañeros me darán el resultado final de la búsqueda en cuanto sea posible.

Adriana respiró hondo. Dejó sus pensamientos atormentados a un lado, incapaz de compartirlos. La policía le decía de forma indirecta que Mario no destruyó la estatua. Entonces, ¿quién fue? ¿Por qué lo mataron? ¿Aquella noticia la exculpaba de manera definitiva? ¿Podía ser sospechosa por el mero hecho de haber tenido aquella relación tormentosa con su alumno?

Adriana todavía no se sentía libre. Quizá Mario no destruyera la estatua, pero alguien malvado acabó con él. A ella no la podían acusar de nada, salvo de haber amado a la persona equivocada.

* * * *

La misa fue pronunciada tanto en latín como en italiano por deseo expreso de la madre de Mario Cimini, con una liturgia propia de otro siglo. En la basílica de San Juan de Letrán no cabía un alma, pese a la personalidad solitaria e introvertida del joven: la familia

(con los padres a la cabeza), amigos de esta, monjas y sacerdotes conocidos, compañeros de facultad (entre los que no estaban los tres con los que había realizado aquella lectura tan extraña), la policía, los *carabinieri*, algún ministro y muchos periodistas.

Sin embargo, al cementerio Monumental Campo Verano de Roma solo acudieron los más allegados.

Adriana se subió al coche que Carlo Marini utilizaba para trabajar. Era oscuro y carecía de identificación alguna que lo relacionase con la policía. Recordó que en Roma había un lugar llamado sepulcro Barberini, también conocido como sepulcro de los Cornelios, que tenía frescos de la época romana. Adriana conocía el apellido de la madre de Mario, pues él se lo había confiado cuatro años atrás, pero no sabía por qué aquel monumento funerario romano también llevaba el nombre de esa familia aristocrática. Lo atribuyó a que tal vez fueran mecenas empeñados en proteger el legado arqueológico de la joya de la Vía Latina.

Dos pequeñas torres flanqueaban la entrada del cementerio. Las cornisas no eran muy prominentes. Vio dos pequeñas torres a los lados, junto a las cuales había inscripciones en latín.

Tres arcos unían las torres, y Adriana vio cuatro grandes estatuas en los laterales: la Meditación; la Caridad; la Esperanza y el Silencio.

«Todas ellas son dignas de este momento. Debemos servirnos de guías», pensó mientras franqueaba la entrada junto al comisario.

Todos caminaron tras la familia Cimini-Barberini, que lucían de negro riguroso mientras. El silencio se apoderó del momento. Unos minutos después se concentraron ante el panteón familiar. Fue entonces cuando Adriana pudo acercarse por primera vez a la familia y le dio el pésame a la madre:

—Buenas tardes, señora Barberini, soy Adriana Rizzo, exprofesora de su hijo. Lamento mucho la pérdida de Mario. Mis más profundas condolencias.

—Gracias, señorita —dijo mientras se secaba de la mejilla una lágrima que en realidad no había vertido.

—Por un momento pensé que enterrarían a Mario en el cementerio acatólico de Roma —comentó, pues, aunque, reservado a los protestantes, también era el destino final de muchos ateos, y Mario se sentía uno de ellos.

—En esta familia todos somos católicos, señorita. Aunque Mario nunca fue ni un buen hijo ni un buen cristiano, debe ser enterrado en un lugar como este —dijo la madre, y Adriana quedó perpleja por el odio que transmitían sus palabras y su expresión.

Durante el resto de la conversación, la madre pudo intuir la intimidad que Adriana llegó a tener con Mario. Por su parte, ella confirmó el poco amor que María Barberini le había profesado al difunto. Fue entonces cuando Adriana comenzó a albergar sospechas sobre quién habría perpetrado el asesinato

«¿Habrá sido ella la instigadora de su muerte? Apenas me hablaba de ella, solo para nombrar su apellido. ¿Sería en realidad su hijo?»

El coche fúnebre avanzaba despacio hasta estacionarse justo frente al panteón cubierto de estatuas, motivos de la naturaleza esculpidos en piedra y, en el centro, el centenario escudo de los Barberini, donde siempre habían destacado unas abejas esculpidas en mármol.

Adriana se dispuso a darle el pésame al padre. Al verlo más de cerca reconoció su cara: era el director de informativos de la RAI. Un pelirrojo de cabellos cortos y ondulados, rostro inconfundible de facciones duras y huesudas. Recibió las palabras de Adriana con frialdad, como si no se le hubiera muerto un hijo. A ella se le contagió el gélido ambiente familiar, acorde con aquel otoño romano. A la izquierda del padre vio un rostro más conocido que el del padre de Mario: se trataba de un ministro, un auténtico peso pesado del gobierno, aunque en aquel momento Adriana no recordaba qué cartera ministerial desempeñaba.

El vehículo que trasladaba el féretro circulaba a una marcha tan lenta y rígida como el resto del ritual. Mientras, el padre y el ministro se retiraron unos metros para hablar en un tono muy bajo.

El padre le exigía al ministro que se esclareciera cuanto antes el asesinato de su hijo. El ministro parecía estar de acuerdo, pero no se mostraba muy proclive a colaborar.

Cimini puso cara de ofuscado mientras el cadáver de su hijo seguía en el interior del vehículo. Profirió alguna palabrota que los demás no oyeron. Y entonces le soltó la bomba al ministro: al igual que se hacía en China, la policía podría recurrir al uso de gafas con reconocimiento facial para identificar a sospechosos. Aseguró que se disponía de la tecnología necesaria, y según fuentes fidedignas ya se había probado en Italia, si bien en secreto.

El ministro le respondió que aquello era imposible: no desde el punto de vista técnico, sino por lo que suponía en cuanto a vulnerar la privacidad de los ciudadanos. El padre se encolerizó un poco más y amenazó directamente con presionar desde los medios de comunicación con informaciones comprometidas para el ministro.

Mientras manipulaban el féretro para depositarlo en el panteón, aquellos dos hombres seguían enfrascados en la discusión, ajenos al motivo que los llevaba allí.

Adriana reparó entonces en cuál era el cargo que ostentaba el miembro del gobierno, y en las verdaderas implicaciones de aquella conversación.

El padre de Mario Cimini estaba nada menos que amenazando al ministro del Interior.

3
75% BERNINI

... Y bien dice nuestra Sagrada Biblia que Dios creó los cielos y la tierra. Y los planetas y el Sol que giran en torno a todo lo que el hombre conoce. Y es hereje quien diga que el Sol es el centro del Universo creado por Dios.

Y es el hereje que habitó entre estos muros quien conversó con otro que, como él, adoraba la herejía. Quien se obstinaba en decir que la Tierra giraba alrededor del Sol, como ya se decía en tiempos pasados de Copérnico.

Y en el año undécimo de su papado recibió en la casa de Dios a tal hereje que difundía teorías falsas y cuya terquedad lo llevó hasta el Santo Oficio de la Inquisición.

E intentó silenciar a Galileo Galilei, pero no acalló su voz, porque aquel papa creía en esas mismas ideas, que no son las que defiende nuestra Iglesia.

Esas teorías maléficas fueron condenadas por su inmadurez, lo absurdo de su filosofía y su forma herética.

Pero aquel papa no inquietó personalmente al científico errado, sino que lo invitó a presentar sus tesis como una hipótesis y no como un hecho comprobado.

Y permitió que tales teorías pervivieran cuando disimuló acallarlas e hizo a su vez cosas más graves, pues prometió esperanzas que me han sido reveladas en estos últimos años.

Le hizo una promesa al poco noble científico, y no fue otra que ocultar los escritos hieráticos en el Vaticano después de que él muriera y que sin título se guardaran en un número de orden de aquella secuencia diabólica en la que el protestantismo y la apostasía creían.

Y a la sucesión del número ordinal del papa hereje le siguió el legado de un científico apóstata cuyos textos se guardan en las entrañas de nuestra Santa Iglesia, sin nombre y sin títulos.

Y fue así como la herejía penetró más en nuestro mundo, entre papas traidores y científicos malvados. Que Dios nos guarde de ellos y que el Sol siga girando a nuestro alrededor para iluminarnos en el camino hacia Él, pues esta es nuestra tarea aquí en la Tierra donde debemos defender las Sagradas Escrituras y librarlas de sus malas interpretaciones, pues todo lo contrario es apostasía y herejía...

* * * *

La actividad en los estudios de la RAI era frenética. A ello había que añadir la presencia de Edoardo Cimini, que dirigía los informativos de aquella tarde. Los becarios estaban nerviosos, como casi siempre. Mientras tanto, la presentadora intuía la presión del momento y se leía las noticias que iban a desarrollar pocos minutos después.

Las ocho de la tarde, comenzó el informativo. La noticia de portada fue, cómo no, el asesinato del joven Cimini.

No se hablaba de las investigaciones en torno al círculo íntimo del fallecido, ni de la posibilidad de que existiesen algunos extraños ajustes de cuentas. La noticia tomaba cuerpo desde las propias redes sociales, que insistían en que la investigación policial apenas había avanzado.

Citaban la web www.protestantesimosì.it, que estaba filtrando noticias sobre el tema. Los servicios informativos de la RAI habían rastreado su origen, y este no se hallaba en Italia sino en Rusia.

Ese último dato debía de ser lo más fidedigno de la información, pues luego la noticia se hacía eco de lo que desde aquella página se denunciaba: el Vaticano estaba detrás de aquel asesinato, así como de otras fechorías aún más terribles que habían acontecido en el último año; entre ellas, el destrozo de *El rapto de Proserpina*.

Medio país estaba delante del televisor. María Barberini la primera. Aún no había asimilado aquellas informaciones contra su amada Iglesia. De hecho, las consideraba un mero movimiento de distracción de los informativos dirigidos por su marido, con el cual tenía solo una relación puramente formal. No se soportaban e intentaban guardar las apariencias de matrimonio, pese a que este solo se sustentaba en la desconfianza y los intereses personales.

Cuando María Barberini oyó todas aquellas barbaridades apagó la televisión, se echó llorar y pensó que ella era tan víctima como su hijo. ¿Y si la orden de eliminarlo hubiera partido de su padre?

Mientras tanto, Carlo Marini y Adriana vivían el único momento de descanso del día. Pero la tranquilidad quedó alterada de repente cuando encendieron el televisor.

Ni Adriana ni el comisario sabían de la existencia de esa página web protestante que, según el informativo, cargaba al Vaticano con todas las culpas.

Marini estalló en improperios. Primero, porque aquella noticia le

parecía falsa, era un caso evidente de *fake news*. Y luego, porque, como apuntaban en la información, todo parecía que se trataba de una intoxicación procedente de Rusia. Pensó en el mafioso georgiano a quien aún retenía en el calabozo. Le estaban aplicando uno de los artículos más duros del Código Penal, reservado solo para crímenes derivados de actos provenientes de la mafia. Sabía que disponía de más horas e incluso días para sonsacarle información. Se prometió que lo haría.

Pero el comisario aún conservaba a su lado a Adriana, su pareja desde hacía dos años, sentada junto a él en el sofá, y no sabía cómo desvincularla del crimen, sobre todo tras lo encontrado en el espacio más seguro y sacrosanto para Mario: su nube informática.

Sabía que su amada no podía haber cometido aquel asesinato, pero, a tenor de lo leído, no había encontrado la forma de exculparla.

¿Sabía el comisario Marini quién era la persona o personas por quienes Mario decía sentirse perseguido? ¿Imaginaba el comisario cómo podría hacer Mario para inculpar a Adriana a modo de venganza paranoica si él desaparecía? Por mucho que supiera el comisario de aquel estudiante brillante pero obsesivo, solo Adriana podía comprender parte de los mecanismos de aquella mente embarcada en causas cada vez más quijotescas. Pese a no ser policía, Adriana intuía que el asesino debía de estar en el círculo íntimo de Mario. Desconfiaba sobre todo de la madre, que le había parecido presuntuosa, mala y capaz de todo.

Pero Adriana no descartaba que el asesino fuese alguien relacionado con la facultad. Se devanaba los sesos tratando de buscar alguna relación, pero no era capaz de encontrarla.

—¡El Vaticano! Menuda sarta de mentiras dicen los informativos —exclamó Marini.

—Eso mismo pienso yo. Pero el padre de Mario dirige esos informativos. ¿Crees que anda perdido por su relación con la víctima? —aventuró Adriana.

—Creo que se aferra a cualquier clavo ardiente, sin ningún tipo de rigor policial. No hemos investigado esa línea porque es absurda e infundada.

—Pues me temo que tendrás que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Marini, sorprendido.

—¿No lo ves, Carlo? Está pidiéndotelo a gritos. De lo contrario, no estarían diciendo esas cosas por la televisión en un informativo de máxima audiencia.

Marini enmudeció por unos instantes. Luego pareció retomar sus pensamientos.

—Está bien. Abriremos una posible línea de investigación. Someteremos esa página web a un severo escrutinio, aunque provenga de Rusia. Entonces, ¿piensas tú también lo mismo?

—No —pero Adriana se abstuvo de mencionar a la madre como posible inductora del crimen —, yo sigo pensando que la destrucción de la estatua de Bernini y lo que le sucedió a Mario están relacionados. Es imposible que se trate de una casualidad.

—¿Por qué sigues pensando en lo que pasó en la Gallería Borghese?

—Hay dos circunstancias harto evidentes. Mario marcó en su tesis unas palabras concretas. Y estas coinciden con las de la serie de Fibonacci, con la única excepción del número 233, que fue desmarcado.

»Carlo, perdona que no te contara esto cuando hablaste dos minutos con el capitán De Angelis, pero ahora lo encuentro relevante. Me dijo que la combinación numérica que abre las salas del museo cambia cada hora sin orden aparente, salvo que en la clave de acceso se repite el número 233. Eso sucede más o menos una vez cada tres días. Por más vueltas que le doy, sigo sin encontrarle la lógica…, salvo que Mario fuese quien destruyó la estatua. Por eso te pedí sus huellas, pues creía que había sido él. Pero De Angelis me llamó esta mañana y me dijo que no son las suyas.

—¿Y me lo cuentas ahora? —dijo, enfadado. Aquello confirmaba los recelos que sentía por ella de unos días a esa parte.

—Perdona, pero es que no había tenido la oportunidad de hacerlo antes. Estas horas últimas han sido una verdadera locura para los dos. Ni yo misma sé lo que está pasando realmente. Pero empiezo a intuir algo. Creo que el arte y la muerte de Mario están relacionados.

—¿Como hace dos años…?

No quiso acabar la frase, para que ella no reviviese aquella experiencia traumática.

—Es posible. Recuerda que incluso entonces los medios de información fueron determinantes. Ellos dieron nombre a aquel compañero mío de facultad: el Asesino del Barroco.

—Entonces, ¿la RAI tiene razón? ¿Es el Vaticano? ¿En qué locura estáis metidos todos? —dijo mirándola como si ella fuera la responsable, aunque no tardó en exculparla, pese a lo que había leído en las apostillas de la tesis.

—Hay algo más que me ronda por la cabeza, Carlo. No solo creo que ambos delitos están relacionados. Hay más. La *Guardia di Finanza* está cotejando su descomunal base de datos con las huellas que se encontraron en un teclado de cristal del museo. De momento no han encontrado coincidencias con nadie desde… Ay, ya casi no me acuerdo de nada… ¿Cuántos días llevamos con esto? Si agotan todas las posibilidades y siguen sin encontrar a quién pertenece esa huella… ¿sabes qué podría pasar?

—Ni idea, Adriana. Lo siento, pero es que no te sigo.

—Pues entonces, cabría la posibilidad de que quien matase a Mario fuera el mismo que dejó sus huellas en aquel cristal…

Adriana no quiso acabar la frase, por si Marini era perspicaz y lo adivinaba.

—¿… y ya está?

—No, Carlo. Te lo estoy diciendo. Si no le ponen rostro a las huellas, tal vez se deba a que pertenecen a algún extranjero no registrado en el sistema. En tal caso, sus huellas no aparecerían jamás. Y ¿sabes qué extranjeros no están registrados en el sistema? Pues los miembros del Estado Vaticano. ¿Me sigues ahora?

* * * *

Dos horas más tarde, la RAI emitió un programa muy popular llamado *Porta a Porta*, que llevaba más de un año sin emitirse pero que anunciaba un especial para aquella noche.

«Clientelismo político: Nuevas caras», se titulaba la emisión. El programa dirigido por el carismático Bruno Vespa quería descubrir nuevas informaciones contrastadas sobre titulares de cargos públicos que regulaban la concesión de prestaciones, obtenidas a través de su función pública o de contactos relacionados con ella, a

cambio de apoyos electorales.

Aquel especial de las diez de la noche se centraba en los beneficios concedidos al sector bancario por las estructuras del Estado Italiano que favorecían con su laxitud el incremento patrimonial de los bancos. Y eso incluía una legislación más condescendiente a cambio de apoyos electorales y posibles desvíos de dinero a paraísos fiscales.

De momento, el programa no daba nombres pero parecía dirigirse en todo momento al Ministerio de Economía. Pero también se apuntaba a más ministerios, de manera muy especial al de Interior, aunque sin citar al ministro de momento.

El programa solía tener siempre en antena un teléfono para los aludidos. Todo el mundo recordaba cuando el propio Silvio Berlusconi llamó a *Porta a Porta* muchos años antes. Y cuando llevaban ya una hora de programa saltó el primer nombre: el subsecretario de Estado que dependía del Ministerio del Interior.

No sonó el teléfono de aludidos. El programa seguía, pero alguien en Roma se estaba poniendo muy nervioso: Damiano Polito, el ministro del Interior.

El programa seguía y parecía no apiadarse de nadie. Otro nombre salió a la palestra como creador en la sombra de una red clientelar que favorecía al partido en el gobierno a la vez que disparaba los beneficios de los bancos. Se dio su nombre, y sobre una inmensa pantalla del plató televisivo se vieron la caras de los dos políticos implicados en aquella red clientelar de Estado. Un rectángulo en vertical y oscurecido por un fundido en negro parecía ocultar un tercer implicado.

Mientras, Bruno Vespa seguía de pie ante las cámaras, desarrollando el tema y cediendo la palabra a otros tres periodistas de investigación que aportaban más datos.

Detrás de las cámaras estaba el jefe de informativos de la RAI, sonriente pese al duro trance personal en que se hallaba sumido. Notó la vibración del teléfono móvil en el bolsillo derecho, miró la pantalla y vio el número del ministro con el que había discutido esa tarde. Hizo caso omiso de la llamada, mientras disfrutaba del momento y hacía gestos con las manos para que Bruno Vespa continuase.

Los periodistas seguían hablando, pero por televisión y como argucia periodística solo mostraban aquella pantalla horizontal

gigante que de lado a lado cubría el plató con dos caras de personajes conocidos y una tercera cuidadosamente oculta.

La expectación que generaba el programa se había trasladado a las redes sociales. Cinco minutos después se produjo lo que Edorardo Cimini esperaba: una segunda llamada, pero no al teléfono de aludidos sino más bien al de los «desesperados». Esta vez sí respondió, al tiempo que hacía un gesto pactado con Bruno Vespa: no le iban a dar a conocer aquel tercer nombre al público italiano.

—Buenas noches, ministro, qué sorpresa su llamada —dijo, contento y rebosando ironía.

—Edoardo, no me jodas. Sabes muy bien que quien se oculta tras esa imagen oscurecida soy yo.

—Entonces, veo que reconoce sus errores, señor ministro.

Había sustituido el tuteo habitual por el tratamiento de usted.

—Diles que dejen de enfocar de esa manera tan directa a mis compañeros de partido. Y no se te ocurra nombrarme. Soy el ministro del Interior.

—De acuerdo. Eso mismo acabo de hacer. Le he hecho un gesto a Bruno Vespa que habíamos pactado hace solo dos horas. Eso significa que no vamos a dar tu nombre hoy. Quizás otro día…

—Ni otro día ni leches. No lo vas a dar.

—Entonces, ya sabes lo que quiero para empezar. Quiero que resuelvas el caso de mi hijo en cuestión de días. No quiero ni oír hablar de que tardaréis unas semanas o unos meses, porque entonces tendremos otro especial *Porta a Porta*, y entonces tu cara saldrá bien definida por televisión.

—Está bien —se rindió el ministro—, pero lo de conseguir gafas con reconocimiento facial para la policía… no es tan fácil.

—Lo quiero operativo a partir de mañana para todos los cuerpos de seguridad del Estado. No es necesario que le des publicidad. De eso ya nos encargaríamos nosotros si es necesario.

—No sé si habrá gafas de reconocimiento facial para tanta gente.

—Las hay, créeme. Tú serás ministro del Interior, pero yo controlo más información que tú. Ese es mi poder. Espabílate. Te llamaré mañana para comprobar tus progresos de forma impaciente.

Y le colgó el teléfono, exudando arrogancia, sin despedirse.

* * * *

Aunque vivían con cierto miedo las últimas horas, no habían dejado de hacer una vida normal. Eso sí, habían dejado de seguir las noticias, ya fuera por internet, televisión o cualquier otro medio.

Darío y Linda volvían a últimas horas de la noche de una exposición de arte alternativo a la que los habían invitado unos amigos suyos. Aunque lo valoraban, aquel tipo de arte no era de su gusto. Ellos preferían más a los clásicos, pero no rechazaban nunca la oportunidad de aprender de otras manifestaciones artísticas más modernas.

La cuesta hasta su casa era muy pronunciada, pues estaba casi en lo alto de una de las colinas de Roma, el Aventino. Pero antes de llegar a ella a pie, siempre atajaban por el Testaccio, una pequeña elevación artificial de la época romana. Se había formado por la acumulación de miles de ánforas que los romanos lanzaban allí después de vaciarlas. Se podía decir que aquel monte no eran sino restos de la actividad humana.

Caminaban, pues, por el Testaccio, cogidos de la mano. En la cima no vivía nadie. Solo en el perímetro irregular se veían construcciones amorfas que rozaban la ilegalidad.

Después se adentraron en unas pocas calles en forma de cuadrícula antes de encarar la última gran subida hasta el Aventino.

Cuanto más se acercaban a su calle, más oscuro les parecía todo, y no porque fuera noche cerrada, sino porque parecía que el Ayuntamiento se había olvidado por completo de los residentes. Su calle y otras colindantes estaban completamente a oscuras desde hacía tiempo, y ni las reivindicaciones vecinales al Comune di Roma habían conseguido solución.

Cuando estaban superando el último tramo de la subida, vieron una pareja en lo alto. Eran dos sombras en la noche perfiladas por la luminiscencia sucia y contaminada que Roma proyectaba al cielo. Les resultó imposible distinguir caras, sexo o cualquier otra condición humana.

Entrelazaron las manos con más fuerza mientras ascendían. De repente oyeron unos pasos también por detrás de ellos. Darío se giró y vio otras dos sombras que los seguían. Aceleró e hizo acelerar el

paso a Linda. Cuando vio que la única escapatoria era salir a la calzada, ya era tarde: las cuatro sombras misteriosas se habían movido al compás para tenderles una trampa y apresarlos.

Sintieron de repente cómo un conjunto de brazos y cuerpos los retenían y les tapaban las bocas para evitar que gritasen. Los cuerpos de los dos jóvenes enamorados fueron arrastrados entre los coches, atravesando la calzada y acercándolos a una furgoneta vieja aparcada a la izquierda.

Los dos que parecían más fuertes los metieron por las puertas traseras, mientras que los otros se apresuraban a poner en marcha el vehículo y salir de allí.

Unos metros más abajo, unos desconocidos que no habían abierto las bocas grababan con una cámara de vídeo, como solían hacer todas las noches. La furgoneta arrancó con un volantazo violento y desapareció al finalizar el último tramo de la cuesta.

—¿Lo tienes? —preguntó el que estaba junto al cámara.

—Lo tengo. Es nuestra mejor exclusiva en meses —respondió el otro.

Se decían llamar Moradores de la Noche, e iban siempre en busca de noticias impactantes que la noche ocultaba tras su oscuridad.

La furgoneta se movió con celeridad, pero sin quebrantar ningún límite de velocidad que arruinase el bellaco plan de secuestro de aquellos jóvenes. Además, su destino final estaba cerca.

Después de cruzar el río tomaron rumbo norte hasta la gran plaza. Los neumáticos amortiguaron con suavidad y sin ruido el adoquinado, y desaparecieron por el extremo izquierdo de la fachada principal. Aminoraron la marcha y estacionaron el vehículo junto a un perímetro desigual.

Ya había pasado la medianoche, y los dos enamorados bajaron de la furgoneta, encapuchados. Las cuatro sombras de la noche los guiaron a discretos empujones hasta lo más profundo de aquel peculiar lugar.

* * * *

La mañana era fría, como todas las de los últimos días, y

Adriana comenzó la clase. Cada vez le gustaba más acompañar la exposición con un muestrario de imágenes de lo más elocuente, y aquel día pensaba repetir el esquema de la clase sobre Andrea Pozzo.

Esta vez el proyector estaba dispuesto de forma horizontal, sobre una mesa, y enviaba las imágenes contra la pantalla dispuesta delante de la pizarra del aula.

Una primera imagen. Seguramente la única de aquel día, pues, aunque había otras preparadas, Adriana confiaba en que el debate bien podría durar una hora.

Los alumnos vieron un cuadro. Con un claroscuro destacado, dos mujeres decapitaban a un hombre tendido sobre una cama. Una lo sujetaba mientras la otra le cortaba el cuello con aparente calma.

Los estudiantes enmudecieron al ver aquella obra. No la conocían, y la violencia de la escena los había impresionado.

Adriana preguntó por la autoría de la obra. Un joven levantó la mano y aventuró el nombre de Caravaggio. Erró. Adriana estaba preparada para escuchar esa respuesta y rio para sus adentros. Estaba consiguiendo el efecto deseado: sembrar la confusión, y acto seguido desarrollar un discurso muy peculiar.

Hacia el fondo del aula, una joven de cabellos negros y rizados no solo levantó la mano sino que también se puso en pie. Exudaba seguridad por todos los poros. Nadie quiso perder ocasión de escucharla.

—Esta obra pertenece a Artemisia Gentileschi, una pintora del Barroco desconocida por el gran público; especialmente, por su condición de mujer.

—¡Bravo! —respondió Adriana, embelesada por tan certera síntesis, y la aplaudió con pleitesía, como si estuviera reverenciando a una reina. Luego prosiguió—. Sí. En efecto, Artemisia Gentileschi es la autora. Su condición de mujer la hizo objeto de ultrajes sin fin, no solo por pintar sino también por su vida personal. Antes de pintar ese cuadro la violaron y sometieron a un juicio en el que tuvo que demostrar lo que le habían hecho.

»Cierto, recibió influencias de Caravaggio, pero se apellidaba Gentileschi. Nació aquí en Roma, aunque su obra pasó desapercibida. Tuvo, pues, que irse a Nápoles y otras ciudades. Pero volvamos a la obra que tenemos aquí.

»Se titula *Judit decapitando a Holofrenes*. Su brutalidad nos permite hablar del componente psicológico de la obra. Muchos han visto un deseo de venganza por la violación que había sufrido.

Adriana les explicó más cosas relativas a aquella pintora barroca desconocida para toda la clase, excepto para aquella morena de cabellos rizados. Lo más evidente era ese toque caravaggesco violento que con tanta eficacia contribuía a que el estilo madurase.

—Pero —añadió Adriana en su alegato final— lo más destacable y peculiar de esta pintora son ciertos rasgos de feminismo. Artemisia no aceptaba los modelos establecidos de feminidad. Además, representaba figuras en las que parecía negar la inferioridad oral y fisiológica que el discurso misógino de la época le atribuía al sexo femenino.

»Artemisia bien pudo ser la artista que abanderó el feminismo en su época. No solo fue una gran artista, sino que además se adelantó a su tiempo. Fue una feminista que luchó por los derechos de la mujer a través del arte. Por eso, y ahora que el movimiento feminista está más vivo que nunca, os pido un fuerte aplauso para ella —concluyó, con solemnidad.

Y poco a poco, los estudiantes, y sobre todo las chicas, movidas por la empatía con Artemisa, se pusieron en pie y rompieron en un estruendoso aplauso.

Parecía un final de clase magistral, casi épico salvo por el hecho de que todavía faltaban cinco minutos.

Entonces le estropearon el momento.

La puerta se abrió y cinco personas con uniformes de los *carabinieri* entraron directos a por Adriana.

—Buenos días, señorita Rizzo. Soy la teniente Tassi —se presentó una rubia de cabellos lacios recogidos en una cola—. Haga el favor de acompañarnos.

—Perdone. Estamos dando una clase. De arte y feminismo a la vez. ¿Me lo pide o me lo exige? —le contestó mientras Tassi, a modo de advertencia, lanzaba una mirada a las esposas que llevaba en la cintura.

—Chicos, seguid debatiendo sobre Artemisia. A ella y a mí nos gustaría. El ultraje a las mujeres no es nada nuevo, aunque lo practiquen otras mujeres —añadió, mirando a la teniente con odio mientras simulaba poner los brazos entrecruzados a su espalda.

Los cinco *carabinieri* se llevaban a Adriana en medio de un gran abucheo. Luego siguieron silbando mientras la profesora enfilaba el pasillo.

Se oyeron gritos de «fuera, fuera» por toda la facultad. Adriana sentía una mezcla de vergüenza y rabia.

«Creen que he matado a Mario. ¿Cómo no iba a ser de otra manera si hasta yo imaginé que me acusarían en falso?», pensaba al abandonar la facultad.

La metieron en la parte trasera de un largo furgón de los *carabinieri,* que salió zumbando hacia la comisaría más cercana. Un cuarto de hora después entraba por la puerta de atrás. Parecía que la teniente Tassi quisiera evitarle el escarnio de pasar por una puerta principal en la que, de todos modos, no había nadie, tan solo los agentes de guardia.

La llevaron a una amplia sala de interrogatorios en la que ni había calefacción en invierno ni aire acondicionado en verano. Era una forma más de incomodar a los detenidos para que colaborasen.

Le llevaron un botellín de agua que dejaron sobre la mesa, y Adriana se sentó en una vieja silla de madera corroída por los años y los interrogatorios.

Cuando Adriana reparó en el botellín pensó que querían exprimirla al máximo y que contase todo lo que tuviera que decir, pero ella no tenía gran cosa que ofrecerles: era inocente, y punto.

—Buenos días de nuevo, señorita Rizzo. Imagine por qué está aquí. Realmente está metida en un buen lío. Adriana… Estás hasta el cuello —dijo Tassi, tuteándola por primera vez, mientras le acercaba la cara a la profesora de una manera harto amenazadora.

—¿De qué me está acusando? ¡Sea valiente y dígamelo a la cara! —le contestó sin miedo.

—Las dos lo sabemos. Y no somos las únicas. Incluso creo que la víctima también lo sabía.

—Pero ¿qué narices me está contando?

—Tenemos la sospecha fundada de que mataste a Mario Cimini —la informó, sin dejar de tutearla.

—¿Yo? Pero ¿estás loca o qué?

Le dio una patada a la mesa mientras la teniente y dos agentes la contemplaban con relativa calma.

—Tenemos pruebas que te relacionan con Mario. De una relación tormentosa que viviste con él hace unos cuatro años. Eso lo sabía media facultad. Quizá no supieran los detalles ni como llegaste a amenazarlo si no te dejaba en paz. No digo que la actitud de Mario contigo no fuese reprobable, pero eso no justifica un asesinato. No tenemos pruebas de que cometieras el asesinato, pero sí de que Mario temía por su vida.

»Había dejado escrito que alguien lo seguía. También decía que de un tiempo a esta parte no dejabas de amenazarlo, incluso con la muerte.

—Pero ¿qué dices? ¿Os habéis vuelto todos locos? —se defendió, mirando a los allí presentes.

—¿Quieres verlo?

—¿Qué debo ver? —preguntó Adriana, confusa.

—Las apostillas a su tesis. Una especie de testamento vital en el que explicaba todos sus temores, sus dudas, sus fantasmas.

—¿Dónde escribió eso?

—En su nube informática, la misma que tu querido comisario Marini no te ha enseñado en su totalidad, para ocultarte los últimos pensamientos de Mario. No habíamos borrado nada antes de que llegaran ellos, así que también están al corriente de las graves acusaciones que pesan contra ti. ¿Quieres verlo?

—Sí —fue la escueta respuesta de Adriana. La teniente hizo traer un portátil ligero y lo puso frente a la profesora.

—¿Sabes? —dijo la teniente—. Fue fácil descubrir su clave de acceso a su nube: Adriana2014. Ese fue el año en que se produjo vuestro idilio. ¿Tan mal se portó Mario como para que desearas matarlo?

—¡Yo nunca deseé eso! ¡Todo esto es una calumnia!

—Él no pensaba lo mismo.

—Mario era un auténtico trastornado. Cuanto más me alejaba de él, más claro lo tenía.

Unos párrafos centelleaban sobre la oscuridad de la pantalla. Adriana comenzó a leer. Mario parecía angustiado. Decía sentirse perseguido por alguien durante las últimas semanas. Luego hablaba de Adriana y de cuánto la amaba, pero su manera de expresarse denotaba unos pensamientos cercanos al delirio. Pasaba de la

devoción por la que había sido su pareja al miedo atroz que le profesaba.

Según Mario, ella había sido inmisericorde con él desde el momento de la separación. Al silencio y el maltrato de Adriana había que añadir las amenazas.

Pero no eran unas amenazas cualesquiera. Mario la culpaba de las amenazas de muerte que estaba recibiendo él. Adriana le deseaba la muerte, según pudo leer ella misma en esas apostillas que no parecían guardar relación alguna con la tesis.

Adriana no se podía creer lo que estaba leyendo, ni tampoco por qué se lo había ocultado Carlo Marini. ¿Quizá para protegerla? ¿Por qué habían tardado tanto los carabineri en detenerla? ¿Era ella la única sospechosa? En tal caso, Adriana estaba derrotada; al menos, así se sintió por un momento.

«Solo tienen un sospechoso, y soy yo. Si no dan pronto con el auténtico autor, me echarán toda la culpa», pensó, sin saber a quién acudir, pues su pareja parecía haberla abandonado a los *carabinieri*.

—No es cierto. Yo no quería matarlo. El hecho de que él escribiese estos delirios paranoides no demuestra nada —repuso, convencida y viniéndose arriba por un momento.

—Eso es cierto. Tan cierto como que no tenemos más sospechosos. Ni siquiera su querido comisario está buscando a nadie más. Simplemente le ocultó el escrito de Mario. —Tassi había abandonado el tuteo y volvía a tratarla de usted—. De momento la quiere proteger, pero ¿hasta cuándo? ¿Cuándo perderá la paciencia Carlo Marini? No estamos aquí para protegerla. La estamos acusando formalmente, señorita.

—Pues están muy equivocados. Porque yo no fui, y no tienen pruebas. Pero le añadiré algo que seguro que ustedes no han investigado. Temo saber quién lo mató, aunque desconozco su nombre.

»La persona que lo mató es la misma que el día anterior dejó su huella dactilar en el teclado de una puerta en la Gallería Borghese. ¿Sabe que allí cada 89 horas la clave es el número 233? ¿Sabe que quienes destruyeron la estatua esa noche conocían el acceso supuestamente aleatorio a las salas? ¿Se ha fijado en que Mario remarca en sus tesis con color rojo todos los números Fibonacci excepto el 233?

»¿Cree que son meras casualidades? Señorita Tassi, parece que

esto va de arte, números y, por desgracia, muerte, que es lo mismo de lo que habla Mario en su tesis. Con la salvedad de que unas acusaciones falsas me salpican en esa combinación macabra.

—No sabemos casi nada de lo que sucedió en la Gallería Borghese. Solo sabemos que esa investigación la lleva la *Guardia di Finanza* y que se trata solo de una estatua destruida. Sin embargo, nosotros llevamos un caso de asesinato. Esos posibles nexos que usted ve —parecía haber dejado el tuteo definitivamente— pueden ser meras casualidades que no vienen al caso. El señor Mario Cimini la acusa a usted. Lo puede ver en el texto. Usted le daba miedo.

—¡Yo le tenía miedo! Su violencia verbal era cada vez más acusada desde que empezamos a distanciarnos hace cuatro años. Eso no solo no cambió con el transcurso del tiempo, sino que fue a peor. Estaba cada vez más desequilibrado y obsesionado conmigo.

Adriana rompió a sollozar, de manera casi inaudible.

—Muy bien, señorita. De momento la dejaremos en libertad sin cargos, pero este cuerpo policial sigue investigándola. Si le comenta parte de esta conversación al comisario Marini, tal vez seamos más duros con usted. De momento, puede irse. Está usted libre.

Adriana abrió el botellín y deslizó la mitad del contenido por la garganta extenuada. Luego cogió el abrigo que descansaba sobre la silla y, en silencio, se dirigió a la salida.

* * * *

Noticias desde www.protestantesimosì.it

Buenas tardes otra vez a la hora del té. Tenemos más información sobre las inculpaciones contra el Vaticano que hemos desvelado en los últimos días. Coge cada vez con más fuerza la hipótesis de que tras esta institución recaerán las culpas no solo de la muerte de Mario Cimini hace unos días sino también de otras que se están produciendo en la Ciudad Eterna.

Esta página se ha beneficiado de la exclusiva que nos han proporcionado unas personas anónimas que se hacen llamar los Moradores de la Noche.

Dicho grupo de periodistas ejerce su profesión de manera casi

clandestina peinando Roma todas las noches en busca de noticias impactantes, colocando la cámara allí donde muchas veces no es posible, en la Roma nocturna y peligrosa, y quizá también donde ningún otro se atreva a hacerlo.

Es cierto que seguramente vendan las exclusivas al mejor postor, pero les podemos asegurar que no hemos pagado nada por ellas.

Al pie de estas letras que hoy les escribimos podrán ver el vídeo que nos han facilitado de manera completamente altruista y gratuita. En él se puede ver cómo dos jóvenes caminan de noche por una de tantas calles de esta ciudad.

De repente el vídeo muestra a cuatro personas que surgen de la nada y los rodean. Los agresores los apresan y llevan a trompicones calle abajo. Por último, los meten en la parte trasera de una furgoneta y sin más dilación desaparecen de la escena derrapando por lo alto de la colina.

Lo más inquietante del vídeo no es solo que se trate de un secuestro evidente, sino que compañeros y hermanos de esta comunidad evangélica han podido detener la imagen en un instante en el que la matrícula del vehículo se muestra de manera inequívoca.

Apenas caben dudas de que dicha matrícula, pese a la oscuridad nocturna, muestra con claridad las letras «CV».

¿Podría ser de una matrícula italiana? Creemos que no. Pues a su izquierda, y remarcamos lo difuso de la imagen, no encontramos ninguna «I» que la identifique como perteneciente a un vehículo italiano.

Por todo ello, nuestra hipótesis, bien fundamentada y alineada con todas nuestras teorías conspirativas de las últimas semanas, es más bien que dicha matrícula pertenece al Estado Vaticano.

Para quien no sepa de qué hablamos, las matrículas que comienzan con «CV» corresponden a vehículos privados del Vaticano, ya que las oficiales lo hacen con las siglas «SCV».

¿Quién o quienes conducían ese vehículo? ¿Por qué han secuestrado a estos jóvenes? Es tarea de la policía y otros medios de comunicación dar respuesta a estas preguntas, así como confirmar nuestras sospechas fundadas de que el Vaticano es culpable de numerosos actos acontecidos en los últimos días. Añadamos que creemos fielmente que al anterior papa lo asesinaron personas pertenecientes a su círculo de confianza.

¿Puede quedar impune el Vaticano por sus actos? ¿Puede refugiarse en su inviolabilidad territorial para salir libre de cuantos atropellos hayan cometido dentro o fuera de sus fronteras?

Esperamos y deseamos justicia para el joven fallecido el otro día, para los jóvenes desaparecidos ayer y para esclarecer cuándo un papa de Roma es eliminado con total impunidad sin que el mundo sepa cuán podrida ha estado siempre la Gran Ramera, como solemos llamarla.

Paz justicia y amor para nuestros hermanos en la fe evangélica. A continuación les reproducimos íntegro el vídeo que se nos ha ofrecido hoy mismo, quizás imaginando que nosotros SÍ lo daríamos a conocer y jamás lo silenciaríamos.

* * * *

Adriana recurría a la cocina cuando quería aislarse de problemas y levantar los ánimos. Después de aquella desagradable experiencia con los *carabinieri* quiso abstraerse con un plato típico de su tierra siciliana, los *anelleti al forno*.

La pasta se estaba haciendo lentamente en aquel horno eléctrico cuando Carlo Marini entró en casa, más temprano de lo habitual, pues todavía eran las siete y media.

Adriana estaba dispuesta a afrontar una discusión, pero observó que llevaba algo extraño y la conversación tomó otros derroteros.

—¿Por qué llevas puestas esas gafas tan extrañas? —preguntó sin tan siquiera saludarlo, a modo de recriminación.

—Vaya, se me ha olvidado quitármelas.

—Pero ¿de dónde has sacado eso?

—Esta mañana nos dieron un modelo de estos a todos nosotros. —Se las quitó para mostrárselas—. Son gafas de reconocimiento facial que llevan una microcámara en un extremo. Nos las ha facilitado el Ministerio de Interior. Están conectadas a una base de datos inmensa que busca coincidencias con los listados de sospechosos de haber cometido crímenes.

Marini aún no sabía que cientos de policías las habían usado ese día en muchos lugares, sobre todo en la estación Termini de trenes, en los dos aeropuertos de Roma y, en general, en todos los lugares

públicos.

Adriana dejó correr la gran riña que había planeado.

—¡No me digas que no es fantástico!

—Una gran mierda; eso es lo que es —replicó Carlo, mirándose las gafas como si pertenecieran a unos invasores extraterrestres—. Si se creen que así vamos a apresar a los delincuentes…

—Pero algo habrá que hacer, Carlo, ¿o acaso esperas que las cosas se solucionen solas, o te limites a aparcarlas…?

Marini intuyó adónde quería ir a parar Adriana, pero se negaba a seguirle el juego, de modo que respondió con otra pregunta.

—¿Acaso dudas de mi profesionalidad?

—Mira, Carlo. Te lo quería contar pero no sabía cuándo, aunque creo que mejor será que lo haga ahora. Esta mañana me han detenido los *carabinieri*. Ha sido bochornoso: allí, en medio de la facultad frente a mis alumnos… Esa imagen no la olvidaré nunca, por mucho que ellos me apoyasen abucheándolos.

—¿Que te han detenido?

—Sí. Y ya puedes imaginar por qué. Me acusan de matar a Mario. Carlo, ¿por qué no me dijiste que añadió más texto en la tesis? Frases incriminatorias contra mí. Por eso creen que yo lo maté o, al menos, ordené su muerte.

El tono con que replicó Marini sonaba a derrota.

—Lo siento. No sabía cómo explicarte lo que encontramos allí. Preferí ocultártelo de momento. No se me ocurrió nada mejor.

—Pero ¿no te das cuenta de que ellos lo sabían desde antes que vosotros?

—¿Antes? Imposible. Nosotros llegamos los primeros.

—Pues ellos me han dicho justo lo contrario, Carlo. —Él quedó pensativo y cabizbajo—. La teniente Tassi no se mostró nada diligente conmigo, pero por lo menos fue clara. En cambio, tú no has confiado en mí. Ahora te estoy haciendo partícipe de lo que me sucedió con ellos. ¿Sabes que me han amenazado con ser más duros conmigo si te lo cuento?

Marini seguía sin hablar. Parecía ajeno por completo la conversación. Sonó la alarma del horno eléctrico que avisaba de que los *anelleti* estaban listos. Eran las ocho menos cinco. Ella se

dirigió a la cocina y él se sentó en el sofá, dejó las extrañas gafas a un lado y encendió el televisor.

Los informativos de la RAI estaban a punto de comenzar. Marini miraba la pantalla mientras la voz de una periodista recordaba la hora y los titulares:

—Ola de frío en toda Italia. Se prevé nieve en cotas muy bajas.

»Gafas con cámara y reconocimiento facial para policías en toda Italia.

»Siguen los rumores de que el Vaticano pueda estar detrás de la Muerte de Mario Cimini.

»Dos jóvenes secuestrados en Roma esta última noche. Tenemos un vídeo en exclusiva.

»Roma-Real Madrid, duelo de la Champions League esta noche.

Adriana apago el horno y dejó reposar la fuente con la pasta fuera de él antes de salir a toda prisa hacia el salón, pues creyó escuchar una noticia inquietante.

La primera noticia tras los titulares no la ola de frío, más propio de lo más crudo del crudo invierno, sino el secuestro de dos jóvenes.

La RAI informaba de la desaparición de dos universitarios llamados Linda y Darío, y citaba como fuente de la noticia la web www.protestantesimosì.it.

Otra vez aquella página. De nuevo la RAI que informaba de delitos que seguramente ni la policía conocía.

Adriana entró en pánico. Le preguntó a Marini quiénes eran, pero él estaba como anestesiado. Compungido, también; pero no sentía dolor.

Los informativos mostraron unas imágenes oscuras. Se veía cómo cuatro personas se abalanzaban sobre dos jóvenes transeúntes. Los metían en un furgón y desaparecían por una loma. Luego el vídeo rebobinó. La imagen se amplió y dejó al descubierto dos letras: «CV».

La periodista barajaba la posibilidad de que dicha matrícula perteneciese a un vehículo privado del Vaticano. Luego enlazaba esa información con la muerte de Mario Cimini, que era compañero de los desaparecidos.

A su vez, la noticia se desarrollaba en paralelo con otra nueva:

desde esa mañana, la policía usaba gafas con reconocimiento facial para identificar sospechosos.

La familia de los desaparecidos había notado la ausencia de los jóvenes, y la noticia aparecida en aquella página del protestantismo en Italia había circulado a toda velocidad por las redes sociales hasta hacerse viral. De ahí pasó a la RAI en pocas horas, y ahora la veía toda Italia.

Adriana y Carlo se quedaron sin palabras por unos cuantos minutos. Solo escuchaban. Se miraron con cara de asombro. Dos veces. En una de ellas, Adriana pareció decirle con la mirada: «¿Dónde te habías metido en las últimas horas para no estar al tanto de todo esto?».

Retomaron la conversación cuando empezó el bloque deportivo. No albergaban el menor ánimo de hacerse daño. Bastante llevaban en los últimos días, incluida aquella detención humillante.

—Te juro que no sé nada de todo esto. Lo único que puedo decirte es que lo de las gafas es cierto, no es ciencia ficción. Si el futuro es que nos sustituyan por cámaras, creo que esto es el principio.

—Pero Carlo —respondió, tratando de ser comprensiva—, no te pongas siempre en lo peor: un trasto cómo este jamás debería sustituir la labor de investigación. Que, por cierto, me temo que tienes un poco olvidada estos días. O eso, o te motiva bien poco.

—Es cierto. Este caso me supera. Parece como si una mano negra no me dejara adueñarme de él. ¿Será que el periodismo está sustituyendo poco a poco nuestra labor?

—No lo creo. Tienes que centrarte en ti mismo. Eres policía. Tú realizas investigaciones, y ellos se limitan a transmitir noticias.

—Sí. Pero me he tenido que enterar por la televisión de que han secuestrado a otros dos alumnos tuyos. ¿Debo creerlos también y pensar que el Vaticano está detrás de todo esto?

—No lo sé, Carlo. —Adriana le habló con dulzura, aunque estaba dolida porque su pareja le había ocultado información—. Tienes que ser el mismo policía de siempre. Usa tu olfato, tus habilidades…

—¿Crees tú también en esa trama vaticana?

—Hasta hoy, no. En cambio, la televisión acaba de ofrecer un posible vínculo. Pero ¿realmente basta una matrícula para culpar a

todo un estado?

—No lo creo. Una matrícula es muy fácil de manipular. No demuestra nada.

—¿Entonces…? —preguntó ella para tirarle de la lengua.

—Quizás alguien quiera inculparlos.

—Podría ser el padre de Mario. Él tiene casi tanto poder como el Vaticano.

—¿El padre es el sospechoso?

—No lo sé. Hasta ayer creía que la madre ocultaba algún motivo oscuro para desear ver a su hijo muerto. Hoy lo veo diferente. ¡Hoy tenemos dos desaparecidos, Carlo! Los tres estudiaban en el mismo lugar.

—Los tres fueron alumnos tuyos, ¿verdad?

—Sí Carlo. Y los *carabinieri* me consideran la principal sospechosa. ¿Y tú, Carlo? ¿De quién sospechas?

—Por primera vez en mucho tiempo, me siento perdido. Ni tengo sospechoso ni sé por dónde ir. ¿Me ayudas?

Y Adriana le dio un beso suave, preludio de una sonrisa dulce. Ya lo había perdonado, y le prometió que se esforzaría al máximo, entre otras cosas porque a ella también le iba la vida en ello: era la sospechosa número uno de todos los cuerpos policiales. Otra cosa es lo que el periodismo dijera, pensaba la historiadora con cierta complacencia.

Apagaron el televisor. Adriana sirvió de aquella fuente dos generosas raciones de pasta y regaron los gaznates con vino de la Puglia, una región desconocida para muchos extranjeros.

* * * *

Terminaron la noche como la pareja que eran. Sus cuerpos se arremolinaron bajo un edredón que los tapaba del frío. No era ni medianoche, y parecía que ambos daban el día por concluido. Sin embargo, Carlo Marini parecía buscar con las manos las curvas de Adriana, y esta parecía escabullirse tras cada intento. La cogió por la cintura y parecía que la tenía sujeta, aunque ella no paraba de moverse.

Mientras Carlo la tocaba, Adriana no paraba de pensar en sus exalumnos. Trataba en vano de buscar vínculos entre aquellas tres personas que habían tenido finales diferentes. De momento, solo podía pensar en que habían sido compañeros de facultad.

El extraño carácter de Mario no se parecía en nada al de los dos enamorados, que destacaban por su dulzura y su simpatía. Pero algún elemento en común debían de tener, si los había convertido en objeto de la maldad de terceros. Aquel era el meollo del asunto en su opinión, pues, de lo contrario, quizás habrían sido otros los elegidos para sufrir aquel mal.

Ella seguía pensando, insomne en medio de la noche. Notó que Marini le tocaba un pecho a propósito. Le apartó la mano de mala manera, porque no recordaba una situación así de desagradable con su pareja en los dos años que llevaban juntos. Luego le vino súbitamente una idea a la cabeza. De esas que pasan veloces y es mejor apresar para evitar que se escapen como estrellas fugaces.

Dio un bote en la cama y se liberó de su amante. Se puso de pie fuera de la cama y se quitó el camisón que le cubría la piel. Marini seguía despierto y encendió la luz. La vio desnuda durante un instante antes de darse cuenta de que se estaba vistiendo rápidamente con ropa de calle.

No entendía nada.

Se acercó a él y le dio un beso.

—Estoy bien. Acabo de intuir qué tienen en común Mario y los otros dos estudiantes. Me voy a la universidad. No me esperes. No sé cuándo volveré. Duérmete.

Desapareció como un rayo en plena noche, veloz, segura y poseída por una fuerza eléctrica. Unos minutos después conducía por una Roma desierta. Cuando quiso darse cuenta, unos copos de nieve caían sobre su parabrisas. Flipó. Estaban a finales de otoño y la nieve ya caía sobre Roma, pero recordó lo que había oído desde la cocina horas antes.

Sonrió sola. Recordar ese detalle. La capacidad de las personas de retener y memorizar. De eso se trataba, le decía su intuición. Sorteó las calles y plazas donde el color blanco se adueñaba de todo. Llegó enseguida a la Universidad de La Sapienza. Aparcó frente a una de las entradas y se identificó como profesora de aquel centro. Un guarda la dejó pasar a regañadientes: no eran horas. Pero fue condescendiente con ella, sobre todo porque ella se había

valido de esa sonrisa embaucadora que solo emergía muy de vez en cuando. Entró en la facultad y se adentró en lo más profundo de ella, en un sótano donde descansaba infinitud de documentos; exámenes, tesis doctorales, libros y archivos desconocidos.

Se perdió en un dédalo de pasillos. Llevaba tiempo sin bajar allí. Tuvo la impresión de que algo había cambiado, pues notó algunas diferencias; en realidad, todo seguía más o menos igual, salvo que el volumen de documentos había aumentado ligeramente.

Buscó por categorías. Solo quería los exámenes realizados a los alumnos que ya solo acumulaban polvo apilados de cualquier manera en las estanterías. La archivera había sido bibliotecaria. Era una persona meticulosa, pero había llevado consigo muchos de los vicios adquiridos tras años de trabajo en bibliotecas públicas. Así pues, tenía un sentido del orden tan peculiar que, en vez de facilitar el acceso a lo que se buscaba, lo complicaba todavía más.

«Maldita sea, ¿dónde están los exámenes que les hice hace dos años?» , pensó.

Luego recordó las combinaciones alfanuméricas que solía emplear la archivera. Se alegró como no lo había hecho en días, a punto de gritar por la euforia.

«¡Aquí están! ¡Justo delante de mí!»

Empezó a manipular carpetas repletas de exámenes que ella misma había conseguido dos cursos atrás. Se congratuló de que aquella tarea tan rutinaria, consistente en apilarlos y comprimirlos al máximo, sirviese para algo.

Desgranó fajos de hojas buscando los exámenes de sus alumnos.

Y apareció el primero: Darío y su inconfundible caligrafía cursiva, en la que tumbaba todas las letras hacia su derecha.

El segundo. Acababa de encontrar a Linda y su estilo redondeado que dejaba traslucir un carácter dulce y bueno.

Faltaba Mario.

«Tienes que estar por aquí. ¿Qué nos estás escondiendo, Mario?», pensaba Adriana mientras sus manos pasaban hojas como el que cuenta billetes en un banco.

Mario no aparecía por ninguna parte, y las luces de los fluorescentes ayudaban a una Adriana inquieta e inquisitiva que no se daba por vencida. De repente vio una caligrafía conocida y enrevesada a la vez: era un examen de Mario sobre el

Renacimiento. Era el mismo examen que habían hecho los dos enamorados aquel año.

Se llevó los tres exámenes a un lugar donde pudiese verlos mejor, y empezó a leer. No le importaba qué tipo de letra usaban, ni la calificación que les hubiera puesto.

Tan solo buscaba unos patrones comunes a los tres exámenes, pues el recuerdo que tenía de sus alumnos seguía muy vivo y la intuición le decía que iba a efectuar un hallazgo relevante.

Los leyó y leyó casi a la vez en una triple pirueta lectora y académica solo al alcance de mujeres como ella. Entonces reparó en ello. Estaba en lo cierto: debía dejarse llevar por la intuición y por la idea fugaz que la había asaltado en la cama mientras Carlo la tocaba.

Había un elemento en común en aquellos tres exámenes. No podían haberse copiado unos a otros, pues los conocía bien. Tenían unas memorias privilegiadas, y los tres habían vomitado todo lo que habían leído en libros y apuntes. No había nada espontáneo en aquellos exámenes. Todos ellos estudiaban de la misma manera y luego lo expresaban como si fuese un libro.

No había duda: compartían una inconfundible memoria eidética, que los hacía reproducir todo lo leído con una exactitud pasmosa. Adriana se vanaglorió asimismo de que su memoria y su intuición le hubieran ayudado a llegar allí.

* * * *

La humedad y el frio corroían los barrotes de la celda. El mafioso Georgi Gabashvili llevaba dos días aislado en ella. Solo Paolini y el comisario Marini se comunicaban con él. De momento le habían vetado cualquier comunicación con su abogado. El artículo 41 bis del Código Penal italiano era la única sombra que acompañaba al mafioso en aquel calabozo de la comisaría, en aquel sótano donde la luz del sol no entraba jamás.

Ambos policías se habían turnado en las últimas cuarenta y ocho horas para sonsacarle más información a Gabashvili. Le pidieron que lo confesara todo, no solo lo evidente (las grandes cantidades de droga halladas en su local), y a tal fin lo amenazaban con hacerle pasar el resto de su vida en una celda peor que aquella, muy

lejos de su Georgia natal.

La aplicación de aquel artículo perseguía la confesión total de sus delitos, para poner en conocimiento de la policía toda la información que fuera posible.

El georgiano conocía muy bien la legislación italiana, y apenas dos días después de su detención ya sabía a ciencia cierta que lo estaban tratando como a un preso preventivo acusado de asociación mafiosa. Sin embargo, callaba. No negaba lo evidente: los innumerables paquetes de cocaína encontrados en el Moscú 1993. Seguía en pie, aún no se había derrumbado ante la insistencia de los dos policías que se turnaban en función de las demás investigaciones, pero también para que el georgiano no se acostumbrase a ver siempre la misma cara que lo interrogaba.

Al sótano solo se podía acceder por unas escaleras mugrientas y amarillas en las que la porquería era la única compañera de paredes y escalones. Marini descendió por ellas. Una vez junto a la celda, abrió con una gruesa llave de metal la puerta azulada de hierro que el tiempo había convertido en negra. La llave hizo un ruido tremendo al girar. Apenas se usaba, y el mantenimiento de la cerradura era nulo.

La bombilla seguía como en las últimas horas: encendida. Se pulsaba el interruptor desde la planta baja en cuanto el detenido ingresaba en aquella estancia desangelada. Luego la luz lo acompañaba tanto de día como de noche. Era la primera tortura, pues confundía a cualquiera. Así, el detenido no podía saber cuándo el astro rey salía por las mañanas o se ponía por las tardes.

Georgi Gabashvili miró con desprecio al comisario, y este intuyó la fortaleza psicológica del mafioso. No obstante, estaba dispuesto a arrancarle el máximo de información posible. De ser necesario, emplearía la fuerza bruta, pues, por mucho que el georgiano la denunciase, sería solo la palabra de un narcotraficante contra la de un comisario de policía.

Adriana ya había adivinado la noche anterior que Marini apenas estaba pendiente de las investigaciones sobre el asesinato del joven Mario. Sin embargo, aquello lo había herido en lo más profundo de su orgullo y su sentido de la profesionalidad.

Estaba dispuesto a remediarlo, aunque fuese en otro caso y en vez de investigar tuviera que recurrir a las amenazas.

—Muy bien, pedazo de mierda —comenzó la conversación con

el mafioso—, ya sabes que te va a caer el artículo 41 bis, tanto si colaboras como si no lo haces, por asociación mafiosa y delitos varios. Pero si no colaboras, te garantizo que lo pasarás mucho peor. De hecho, ni hemos avisado al juez de tu detención —era la primera mentira a la que recurría el comisario esa mañana—, así que solo tus esbirros saben que estás aquí.

»No te facilitaremos ningún abogado porque oficialmente no estás detenido, así de rastreros llegamos a ser a veces cuando el 41 bis nos pone cachondos. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo esto? Pues que en ocasiones así nos olvidamos de ser policías y jugamos a ser matones como tú.

»Bueno, perdona —se mofó—, ni siquiera tienes lo que hay que tener para serlo, solo delinques con personas, y traficas con ellas y con las sustancias que les vendes. Voy a borrar toda tu red de delincuencia en un solo día.

»Empecemos. Quiero saber de dónde proviene esa droga, quién te la suministra y como blanqueas tus sucios beneficios.

El georgiano seguía sentado en una silla de respaldo redondo con orificios sobre una gran chapa de metal. Levantó una mirada con gesto vehemente, pero no dijo nada. Seguía desafiante y empleando el silencio como arma.

El comisario habló con un tono cada vez más amenazante. Cuanta más ira y menos resultados acumulaba, más miraba de reojo su revólver para confirmar que el seguro estaba echado.

Pero aquella mañana había decidido que, si las investigaciones no avanzaban, quizás el recurso de la amenaza llevada al límite le daría mejores y más rápidos resultados.

Cuando se cercioró de que el mafioso acogía sus palabras con indiferencia, juzgó que había llegado el momento de recurrir a la violencia. Desenfundó rápido su arma y la cogió de tal manera que la culata le sirviese de arma no solo para amenazar sino también para golpear a aquel tipo.

Comenzó a golpearlo con la empuñadura, primero en el rostro y luego en otras partes del cuerpo. El georgiano, sorprendido por la violencia y la rapidez del movimiento, acabó postrado en el suelo, sangrando por más de un lugar. Con el mafioso a sus pies, giró el revólver y simuló quitarle el seguro en un movimiento imperceptible a la vista. Luego lo encañonó y le exigió más información mientras le acercaba la pistola a la cara.

El rostro seguro y desafiante del georgiano cambió. También abandonó su silencio prolongado y comenzó a hablar.

La droga que movía entraba en Italia no muy lejos de allí, por el puerto de Ostia. Provenía tanto de Sudamérica como de Afganistán, donde el opio se producía en tales cantidades que más bien parecía un cereal destinado a la alimentación.

Nada de eso sorprendió al comisario. Aquella era una información conocida. Quería saber quién le facilitaba la entrada al puerto. Tuvo que aumentar un grado el tono agresivo, pero al final Georgi Gabashvili soltó el nombre y apellido de la persona que permitía el desembarco de la droga. Se quedó estupefacto al oírlo, pero se repuso al cabo de un instante. Acababa de entender por qué todos esos estupefacientes circulaban por Italia con total libertad.

Rebajó el tono amenazador. Luego preguntó por De Sorrento, de quien no sabía nada y cuyo cuerpo ahogado seguía en el fondo del río. Aunque el georgiano negó que lo conociera, confirmó la relación del Príncipe con aquella trama mafiosa que lo mismo traficaba con droga que blanqueaba parte de los beneficios en lugares de culto.

Marini se prometió que investigaría por su cuenta el nombre que le acababan de dar. De alguna manera que aún se le escapaba, ese nombre encajaba en una trama extraña con que se había ramificado en varias líneas de investigación.

* * * *

El teléfono móvil de Adriana sonó a primera hora de la tarde. Un número desconocido apareció en la pantalla. Como vivía de sobresalto en sobresalto, sintió miedo por un momento, pero decidió responder. Tal vez estuviera en juego la posibilidad de demostrar su inocencia.

—¿Diga?

—Buenas tardes, señorita Rizzo. Soy María Barberini. Perdone que la haya llamado sin saber su disponibilidad, y por haber recurrido a la agenda telefónica del móvil de mi hijo. Los *carabinieri* nos devolvieron anoche el teléfono después de terminar de analizarlo.

—Buenas tardes, señora Barberini. ¿Han encontrado algo en él? —preguntó.

—No lo sé. Lo único que creo es que ellos también se han abonado a esa estúpida teoría de que la culpa de todo la tiene el Vaticano. Sin embargo, yo la llamo justo por el motivo contrario.

—Dígame, la escucho.

Adriana pareció serenarse con aquella mujer de conversación directa y cortante, pero que dejaba traslucir un lado más amable.

—Creo que sé quién mató a mi hijo.

—¿Lo cree o lo sabe? —preguntó Adriana, muy inquieta.

—Lo intuyo. ¿Le sirve eso?

—Me sirve. Es la primera vez en días que veo a alguien discrepar e interesarse por hallar al verdadero culpable. ¿Me lo va a decir por teléfono?

—Imposible. No confío en esos *carabinieri*. No me extrañaría nada que me hubiesen intervenido el teléfono móvil. Por no mencionar que seguramente discrepen conmigo en cuanto a la identidad del culpable o culpables de la muerte de mi hijo.

—No se preocupe. Si lo desea, puedo ir a visitarla.

—Me complacería muchísimo.

—Una pregunta, señora Barberini. ¿Puede venir conmigo el comisario Carlo Marini?

—Por supuesto. Estaba esperando que dijera eso. Les prepararé yo misma una merienda para los dos, para que luego no digan que los aristócratas no hacemos nada y no sabemos vivir sin nuestra servidumbre.

—Estaremos encantados de poder visitarla y merendar con usted. Deme la dirección exacta —inquirió Adriana haciéndose la loca, pues sabía perfectamente dónde vivían los padres de su antiguo amante.

Adriana llamó a Marini justo después de conversar con María Barberini. El comisario no tardó en llegar con su terrible Alfa Giulia oficial. Nadie salvo una persona muy perspicaz podría adivinar que lo usaba un policía.

Se besaron como casi siempre, pero en ese beso notó más cariño que el que había recibido en toda la semana. Luego tomaron rumbo

a casa de los Barberini en el barrio de Parioli. No era el palacio de los antepasados de María, aunque así lo conocía mucha gente. Nadie se acordaba de Edoardo Cimini cuando hablaban de aquel caserón situado al norte de la ciudad, más allá de Villa Borghese y de la glamurosa Via Veneto.

El Alfa Giulia aparcó en el interior de una villa tranquila frente a una fachada de un palacio *ottocentesco*. La nieve caída durante la madrugada se había disuelto, y la gravilla de la zona de estacionamiento estaba completamente mojada. Para evitar incomodidades a los invitados habían dispuesto una alfombra aterciopelada que transcurría en vertical desde donde dejaron el coche hasta la gran puerta de entrada.

Adriana pudo ver el color y el dibujo de aquella alfombra. Era azul, con innumerables imágenes de abejas. Se trataba del escudo de los Barberini. La historiadora sonrió, satisfecha por haberlo reconocido.

En la puerta los estaba esperando la propia María Barberini. No quería que ninguno de sus empleados tuviera el honor de recibirlos antes que ella.

—Buenas tardes. Bienvenidos a casa de los Barberini —los saludó la aristócrata sexagenaria con una sonrisa gélida.

—El placer es nuestro, señora —respondió Adriana. El comisario la secundó, sin abrir la boca.

Pasaron por innumerables pasillos y estancias. Adriana sonreía ante la cara de pasmado que ponía su pareja: no sabía si estaba en una casa o en un museo.

Aquel palacete quizá no fuera tan espectacular como el famoso Palazzo Barberini, pero era increíblemente bello y estaba repleto de obras de arte.

Adriana distinguió formas barrocas y rococó en los primeros pasillos que llevaban hasta el centro del palacio. Luego pareció que un toque neoclásico y modernista se apoderaba por completo de la decoración.

Se sentaron en los sofás de una gran sala ovalada que recordaba las formas del famoso Palazzo Barberini. A Carlo le supo mal sentarse en un lugar tan elegante, como si no fuese digno de ello. La armonía de formas y colores presidía aquella sala, y Adriana envidió no ser rica para permitirse esos placeres que solo estaban al alcance de muy pocos. Se conformó con disfrutar del momento y

sonreír.

El personal de servicio empezó a llevar varias bandejas entre las que vieron tazas con lindas decoraciones, así como todo tipo de teteras. Carlo suspiró cuando vio que les ofrecían café.

«¿Cómo han tardado tanto en sacar el café? ¡Por favor, que estamos en Italia! Solo a esos protestantes podría darles por beber mejunjes extraños», pensó el comisario mientras se le hacía la boca agua ante el espectáculo de la opípara merienda que lucía frente a él.

Pudo ver bizcochos, chocolate a la taza y madalenas rellenas de compota de naranja.

—Les agradezco su visita —comenzó, mientras una empleada aún vertía el café para el comisario. Luego sonrió y no volvió a aparecer.

—Gracias por su invitación, señora Barberini. Ha sido una grata sorpresa poder verla hoy aquí —dijo él.

—¿Saben… cuántos disgustos podríamos evitarnos todos si las cosas muy importantes no se dijeran por escrito o se hablaran por teléfono? No me fio de los *carabinieri*. Seguro que tienen todos los teléfonos de esta casa pinchados, incluido el de mi marido.

—¿Desconfían de usted? ¿De su marido, quizá? —aventuró el policía, mostrando un falso interés.

—La cuestión no es esa, comisario. He querido hablar con ustedes porque desconfío de mi marido. Creo que él mató u ordenó matar a mi hijo.

Aquella noticia solo sorprendió al comisario. Adriana ya intuía el motivo de aquella merienda. Allí tenía la confirmación, entre bocados a madalenas rellenas y sorbos de café humeante.

—Pero déjeme que le haga una pregunta —intervino Adriana—. ¿Su marido es zurdo?

—En absoluto. Lo poco que hace bien lo hace con la derecha.

—Entonces, solo pudo ordenar su muerte. El asesino es una persona zurda.

—Créanme: ha sido él. Yo misma le serví de coartada la noche en que Mario murió. De lo contrario, los carabineri habrían profundizado en esa línea de investigación. Ahora me arrepiento. Sé que ha sido él, pero me obligó a mentir. A esas horas no estaba en

casa y, según él, no puede recurrir a su auténtica coartada.

—¿Qué coartada? —inquirió el comisario, movido por la curiosidad.

—Como no lo sabe casi nadie, se lo contaré. Mi marido tenía una relación extramatrimonial con alguien importante. Tanto que no lo podía encubrir ni mencionar que habían estado juntos. Por eso recurrió a mí.

—Diga el nombre, por favor —le imploró Adriana.

—La mujer del ministro del Interior. Todos los sabíamos, incluidos el ministro y mi hijo. Al ministro le da igual porque hace años que no la soporta… En resumen, le pasa lo mismo que a mí me sucede con Edoardo.

»Las malas lenguas aseguran que al ministro prefiere otro tipo de compañías.

—¿Es homosexual? —aventuró Adriana.

—Todo lo contario. Es muy macho y machista a la vez. Prefiere las señoritas de compañía. Si son jóvenes y bellas, mejor, y si las paga el ministerio, mucho más.

—Entonces, señora Barberini no acabo de entender cómo afecta eso al asesinato de su hijo.

—En los últimos meses, pero en especial en las últimas semanas, cuando Mario venía a vernos no paraba de repetir una frase: «Lo voy a contar todo, lo voy a contar todo». Cada día parecía más enloquecido con esas palabras. A Edoardo no le gustaba nada oír eso, y cada vez que lo repetía se ponía furioso. ¿Ven esa estatuilla de allí? —Ambos invitados tuvieron que torcer el cuello para ver una venus de apenas cuarenta centímetros que reposaba sobre un mármol blanco con vetas grisáceas—. Mi marido la rompió de un puñetazo y la tuvimos que recomponer como pudimos, aunque jamás será igual que antes. —Adriana se acordó de *El rapto de Proserpina* que yacía hecha añicos en Tecnicon Restauro—. En el transcurso de estos días, los *carabinieri* me confirmaron el hallazgo de unos escritos de mi hijo, pero no me han querido desvelar su contenido.

—Pues no se preocupe por eso. Seguro que no fue su marido —la tranquilizó Adriana—. No hay nada que desvele esa infidelidad.

—Un momento —la atajó Marini—. Sí que hay algo más. En la nube informática de Mario hay también un archivo cuyo contenido

no ha podido desvelarse, ya que es imposible entrar en él. Parece extrañamente vacío de contenido, carece de título y, como dicen los informáticos, «no pesa nada», pues solo ocupa dos kilobytes. —Marini miró a su pareja, esperando que lo perdonase por haberle ocultado aquello—. Pero aun suponiendo que ese archivo fantasma guardase el secreto de esa infidelidad, ¿cómo pudo su marido estar seguro de ello? ¿Lo mató solo por si ocultaba esa información? En realidad, todo esto es un poco absurdo.

—¿Ve cómo empiezan a darme la razón, aunque sea con sus dudas? Además, esa absurda teoría de que el Vaticano está detrás de la muerte de Mario… ¡Por Dios! ¡Es ridícula! Solo a Edoardo se le puede haber ocurrido, y solo en connivencia con el ministro han podido urdir una tapadera tan ruin para un crimen tan cruel.

—¿Y ese vídeo que ofreció la RAI anoche? La matrícula de la furgoneta con la que secuestraron a dos compañeros de Mario parece pertenecer al Vaticano —añadió Adriana.

—Qué quiere que le diga, señorita. Mi marido es un gran manipulador. Quizá lo filmara la misma RAI.

—Entonces, ¿cree que fue sin lugar a dudas su marido quien mandó asesinar a Mario? ¿Qué no hubo nada de conspiraciones vaticanas?

—Exactamente —respondió la aristócrata, convencida.

En ese preciso instante sonó el móvil de Adriana. Era Francesco De Angelis, de la Guardia di Finanza. Se disculpó por las molestias y se retiró para contestar.

—Buenas tardes, capitán De Angelis.

—Buenas tardes. Espero no molestar.

—No importa. Dígame.

—Acabamos de finalizar el cotejo exhaustivo al que sometimos aquellas huellas encontradas en el teclado de cristal. No hay ninguna coincidencia. Seguimos casi como al principio.

—Vaya, qué sorpresa —ironizó, aunque ya se lo esperaba—. Entonces, ¿cabe la posibilidad de que esas huellas sean de una persona extranjera?

—Me temo que es lo más probable.

—Y dígame: en términos policiales, ¿una persona del Vaticano sería para ustedes un extranjero?

—Por supuesto. Los miembros del Estado del Vaticano no constan en nuestras bases de datos.

—¿Incluido el papa?

—Ese el primero —respondió De Angelis con sorna, mientras trataba de imaginarse a tal mandatario posando los dedos en un teclado de un museo italiano.

* * * *

Su apellido era inglés porque su padre había nacido en el Reino Unido, pero ella era italiana. Se llamaba Angélica Barnes. Era una rubia menuda y regordeta de ojos verdes y de cabellos ondulados. Amaba el arte desde que tenía uso de razón, aunque ningún miembro de su familia compartía esas preferencias.

Adriana Rizzo le había dado clases durante un curso. La profesora acababa de ver coincidencias entre ella, los dos enamorados y el fallecido Mario. También coincidía con ellos en que estaba acabando su tesis, aunque eso no tenía nada de particular: se podía aplicar a otros alumnos que habían comenzado la carrera cuatro o cinco años antes.

Su tesis tenía la peculiaridad de que estaba escrita en inglés y se titulaba *Bernini's Friends*.

A través de diferentes personajes de la historia, la tesis abundaba en detalles sobre la vida y obra del artista, aunque no siempre se tratase de amigos, como sucedía en el caso de Borromini. El arte de Bernini mejoró gracias a la competencia que tuvo con ese «amigo» al cual hizo sombra y lo hundió en la miseria.

Dos nombres destacaban entre los *friends* de Bernini, y tenían nombre de papa: Alejandro VII y Urbano VIII.

Obras como el baldaquino de bronce del Vaticano o la columnata elíptica de la plaza de San Pedro no habrían sido posibles sin el apoyo de estos papas. Pero en total fueron siete los vicarios de Cristo que lo apoyaron para que su arte deslumbrase al mundo.

Otra persona influyente en la vida de Bernini fue el cardenal Scipione Borghese, quien le encargó algunas obras, entre las que destacaba *El rapto de Proserpina*.

Angélica hacía ciertas insinuaciones sobre este cardenal, a quien no llegaba a acusar de haberse beneficiado del nepotismo del papa que reinaba en aquella época.

La tesis de Angélica estaba acabada y consideraba al artista como la mano de Dios en el Barroco, pero no aclaraba a qué dios se refería. De hecho, ni siquiera hacía referencia a la Iglesia Católica para la cual trabajó Bernini.

La muchacha estaba acongojada por el asesinato de su compañero y el secuestro de sus otros dos amigos. Pero el miedo no se había apoderado de ella, porque estaba decidida a esclarecer aquellos delitos. Al igual que muchas otras personas, creía que el Vaticano estaba detrás de todo. ¿A quién si no perjudicaban aquellos textos que, pese a no ser del dominio del gran público, ella había contribuido a divulgar?

Pero aquella era algo más que una sospecha: era un hecho que daba por seguro, pues se colegía de ciertos secretos relativos a su vida privada que nadie más conocía y que consiguió ocultarle a todo el mundo menos a su familia.

Angélica era consciente de que ser el único miembro del grupo que aún no había recibido ataques. No había adoptado ninguna precaución especial, ni había sentido la tentación de huir hasta que las cosas se hubieran calmado. Por el contrario, estaba dispuesta a luchar para desenmascarar a quienes habían atacado a sus compañeros.

La rubia de cabellos ondulados vivía sola no muy lejos de donde Mario tuvo alquilado su piso cochambroso. Esa noche se fue a dormir un poco más tranquila, pues en la televisión informaban de diversas detenciones practicadas gracias a las gafas de reconocimiento facial. Pero eran sospechosos de otros delitos, desde violadores a maltratadores, pasando por delincuentes de menor rango. Ninguno de ellos parecía guardar la menor relación con el destino de sus compañeros.

Angélica lo tenía muy claro.

«Están buscando en lugares equivocados. El Vaticano es el culpable, y mientras no den por única y buena esa línea de investigación, este caso no se resolverá. ¿Tendré que huir si nadie hace nada por remediarlo?», pensaba mientras Angélica se dirigía a su domicilio.

4
100% BERNINI

… Y quiso propagar más el protestantismo allí donde ya había nacido, pues corría como la pólvora. Por eso, aquel ardid fallido llamado también «de la pólvora» fracasó en Inglaterra.

Y se perdieron muchas vidas cuando el gobierno hereje inglés descubrió la conspiración que pretendía acabar con su parlamento. Cuántas vidas católicas traicionadas por un papa infiel.

Los fieles conspiradores a la Iglesia Católica habían planeado secuestrar a los infantes reales, aprovechando la ausencia de estos en el Parlamento, e incitar una rebelión en las tierras medias.

Fue esa la señal para un gran levantamiento de los católicos ingleses, descontentos por las severas sanciones que pesaban contra ellos. El movimiento debía acabar con la instalación de un rey obediente al Papa en el trono inglés.

Dícese erróneamente, más yo creo que ocultándose verdades, que fue el gobierno inglés el que descubrió la conjura. Pero lo cierto es que mi mecenas actual me ha proporcionado el acceso a ciertos documentos que se conservan en la sede de nuestra Santa Iglesia y que hablan de las buenas relaciones que Jacobo I de Inglaterra mantuvo con nuestro papa hereje.

Y sí. El papa hereje había traicionado días antes a todos los católicos ingleses al darle cuenta a Jacobo I de los planes relativos a la conspiración de la pólvora.

Y fue así como se endurecieron las torturas a los católicos en Inglaterra y se aseguró un país más protestante de lo que ya era. Pero la historia cuenta todo lo contrario: exime al papa infiel de toda responsabilidad y añade que, tras aquella traición, prohibió a los católicos ingleses que jurasen lealtad al rey inglés, por lo que estos quedaron en una situación comprometida y sufrieron el rigor de quienes siguieron consignas papales.

Yo maldigo a este papa que usurpó la silla de San Pedro y que con sus gestos teatrales engañó a la comunidad católica profesando una fe hereje que no es digna de enseñarse ni en el Vaticano ni fuera de él.

Solo su muerte acabó con esta nueva bestia del protestantismo iniciada ya con la Reforma de Lutero. Y yo, fiel servidor de esta Iglesia Católica y de su Contrarreforma para perseguir y denunciar la doctrina infiel a través de obras de arte que glorifiquen a nuestro Señor, me siento obligado en dar el nombre de dicho hereje, mas no diré su nombre sino su número en esa serie diabólica en la que ellos creen. Sí, tú eres el número CCXXXIII, y te maldigo mientras se lo revelo al mundo.

* * * *

Aquel jueves, numerosas personas empezaban a viajar por Italia dado que al fin de semana le seguía un día de fiesta, el de la Inmaculada Concepción. La estación Termini de Roma estaba más concurrida de lo normal. Muchos jóvenes se desplazaban con maletas de un lado para otro. La mayoría eran estudiantes, pero también había trabajadores por cuenta propia que se podían coger un par de días más para enlazarlos con el fin de semana y el lunes festivo.

La mayoría de los italianos no sabían que aquella fiesta había nacido en España y que su origen se remontaba a unos siglos atrás, cuando católicos y protestantes se repartían tanto el mundo terrenal como el divino.

En la época en que las tropas holandesas protestantes asediaban a los tercios de Flandes españoles surgió la leyenda que hizo que la Inmaculada Concepción se convirtiera en patrona de la infantería española.

Los españoles, bloqueados por el enemigo sobre todo en las desembocaduras de los ríos, tuvieron que retroceder hasta la colina de Empel. El frio y el hambre hacían presagiar una dura derrota. Pero uno de los infantes españoles, que cavaba para mejorar las defensas, encontró enterrado un cuadro con la imagen de la Virgen María que seguramente habían escondido unos holandeses católicos para salvarlo de la iconoclasia de los protestantes que no dudaban en ultrajar sus representaciones.

Aquello pareció una señal divina, y rezaron por su salvación. Aquella noche cayó una helada tan espantosa que las aguas comenzaron a congelarse, lo que indujo al almirante holandés a retirar sus embarcaciones para que no quedaran bloqueadas en el hielo. Los infantes españoles reaccionaron para salir de aquella ratonera mientras el almirante rebelde dijo algo así como «Dios se ha hecho español».

Las tropas españolas le atribuyeron a la Inmaculada Concepción el milagro de su salvación y tiempo después la convirtieron en su patrona.

En la estación Termini no había ejércitos, pero sí más policías y

carabinieri que en las semanas anteriores. Tampoco se podía decir que controlaran al enemigo, salvo que considerásemos como tal a todos los sospechosos a quienes las fuerzas policiales buscaban en aquella operación llamada *L'Occhio della Verità*. Se trataba de un guiño a las gafas de detección facial, pero también a una estatua romana que llevaba siglos amenazando a los romanos, aunque no con los ojos sino con la boca.

Esa mañana era la segunda en que todos los policías llevaban dichas gafas confeccionadas con una sofisticada tecnología china. Su puesta en marcha casi inmediata se había saldado con un éxito rotundo gracias a Edoardo Cimini y su gran capacidad de persuasión ante políticos tan importantes como el ministro del Interior.

Pero si el padre de Mario era inocente y creía en conspiraciones vaticanas, no solo relativas a la muerte de su hijo sino también al posible asesinato del anterior papa, ¿por qué se esforzaba por buscar sospechosos donde jamás los podría encontrar? ¿Quizás así demostraría que los culpables estaban tras los muros intocables del Vaticano? Si él era el asesino, ¿sería esa una manera de exculparse?

Una de las jóvenes agentes de los *carabinieri* estaba vigilando a escasos metros de la *biglietteria* donde aún podían comprarse billetes de tren más propios del siglo XX. Utilizaba las gafas de detección facial y conexión 5G con tal velocidad que, de haber recurrido la *Guardia di Finanza* con rapidez 5G, el enigma de aquellas huellas se habría resuelto la misma noche en que destrozaron la estatua de la Gallería Borghese.

Los ojos de la muchacha iban de un lado para otro, escudriñando la estación con sus leves movimientos de cabeza para detectar a todo pasajero que pasara delante de ella. Jamás habría podido sospechar que ese novedoso recurso estaba al servicio de un jefe de informativos de la RAI que había presionado a un ministro para esclarecer la muerte de su hijo. Evidentemente, la tecnología usada no distinguía solo a un sospechoso sino que además era capaz de detectarlos a todos; al menos, a aquellos que ocupaban un lugar prioritario en las listas de sospechosos de todos los estamentos policiales.

La magnitud del programa informático era tal que cruzaba los datos de todos aquellos sobre quienes recaían dudas o sospechas de cometer actividades delictivas, con independencia de qué cuerpo policial los buscase. La velocidad que procuraba la tecnología 5G

podía transmitir la señal de alarma al mismo tiempo que se hacía un clic con el ratón de un PC.

A pesar del tumulto reinante en la estación, la microcámara instalada en un vértice de aquellas gafas tintadas de oscuro y con un diseño futurista era capaz de reconocer todas las caras aunque las imágenes se grabasen de perfil.

La agente se tomaba con calma su trabajo. De repente notó la vibración de la pequeña tableta que estaba conectada por cable al extremo derecho de las gafas. La base de datos informática de la policía acaba de mandarle un mensaje automático e instantáneo. Sacó el aparato que llevaba en el bolsillo del pantalón y comprobó la coincidencia. Junto a una imagen que su cámara acababa de registrar apenas un segundo antes había otra, más antigua, de un sospechoso de la policía.

Miró a su alrededor sin demora mientras desenfundaba el arma reglamentaria. Buscó entre las personas que la rodeaban, tratando de descubrir al hombre de la foto. A cinco metros a su izquierda, un hombre con cabellera larga y barba se encaminaba a la salida.

La agente le dio el alto con un grito que oyeron todos los transeúntes y lo amenazó con la pistola para que se detuviera. El hombre se tiró al suelo, despavorido. Ella se le acercó con cuidado y lo esposó. Luego puso el pie encima de él para que no se moviera del suelo y consultó su tableta. Un escueto texto lo consideraba sospechoso de varias violaciones en los últimos seis meses. No constaban ni el nombre ni otros datos relativos a aquel tipo. La joven agente se sintió satisfecha de la rápida captura de tan funesto individuo y dio por bien empleado el uso de sus «amigas» las gafas de detección facial.

Aquel mismo día hubo más detenciones en la ciudad de Roma y en su provincia gracias a aquel novedoso método: traficantes de droga, violadores en busca y captura, presuntos asesinos menos mediáticos que los del caso de Mario, y sospechosos varios. Ninguno de ellos sería el asesino de Mario. Al día siguiente ya correría en los pensamientos de algunos, sobre todo de Edoardo Cimini, la posibilidad de entrar en el Vaticano con fuerzas policiales.

✲ ✲ ✲ ✲

Parecía haber al menos dos tipos de líneas de investigación en aquel caso de asesinato y secuestro de otros dos estudiantes: en primer lugar, las oficiales, en las que los *carabinieri* coincidían con la prensa aunque también estaban interesados en inculpar a Adriana, y en segundo lugar, las que cada cual consideraba relacionadas con aquellos extraños hechos que parecían conectados entre sí. Esa era la impresión de Adriana, aunque ya no tenía un sospechoso tan claro como en días anteriores, pues había cometido el error de creer que Mario había dejado sus huellas en aquel cristal y que lo habían matado por eso.

Sin embargo, ahora tenía una opinión bien distinta: ni Mario ni sus compañeros habían hecho nada malo para merecer aquel final, tan solo les unían los hechos de ser compañeros de estudios y de poseer una increíble memoria para reproducir textos. ¿Bastaba eso para perpetrar asesinatos o secuestros?

Sin embargo, el comisario Carlo Marini tenía su propio sospechoso desde hacía unos días: el Príncipe, con quien se había visto de manera casi fugaz unos días antes. Desconfiaba de él porque había visto en sus ojos el odio hacia todo lo católico, y cómo se desprestigiaba al Vaticano desde una web cuya IP radicaba en Rusia. En su opinión, la trama rusa de narcotráfico dirigida por el georgiano también financiaba el despecho protestante de aquel tipo italiano con porte inglés.

Decidió hacerle una visita al mismo lugar mientras en Roma se sucedían las detenciones con aquella nueva tecnología importada de China. Pero antes dio unas órdenes aparentemente contradictorias: mandó a Paolini y otros agentes a la RAI para interrogar a Edoardo Cimini de manera discreta, además de intervenirle el teléfono. El propio comisario se puso de acuerdo con Giorgia Mirante para efectuar una visita sorpresa esa misma tarde a la mujer del ministro: quería saber si la coartada del periodista era posible. Si no lo era, María Barberini habría dado en la diana disparando contra su marido.

La iglesia de San Pablo Intramuros estaba aquella mañana en relativa calma, con poca gente y sin la presencia del Príncipe. Los allí presentes no negaron que aquel personaje frecuentase aquel lugar, pero le informaron de que no estaba. Lo que el comisario no sabía era que el Príncipe había tomado varias decisiones drásticas en las últimas horas: no regresar a aquella iglesia y recluirse en unos sótanos que solo conocían él y unos pocos más. Asimismo dispuso que los mequetrefes que habían secuestrado a los jóvenes

no salieran de sus escondites: ya no los necesitaba, y solo les pedía su silencio innegociable. Ahora recurriría por última vez a su plan B.

El comisario salió de aquella iglesia con la mosca detrás de la oreja mientras Paolini se presentaba en la RAI de manera inesperada. Lo acompañaba un agente que se pasó todo el encuentro en silencio, pendiente del móvil, apenas a un metro de él.

—Buenos días, señor Cimini. Soy el agente Salvatore Paolini, miembro de la *Polizia di Stato*. Hemos venido a verlo para recabar más información sobre lo que le ocurrió a su hijo.

—¿Y viene a hacerme preguntas aquí? ¿No se les ocurre ninguna manera más insolente de hacer su trabajo?

—No se me ocurre ninguna manera más directa de no perder el tiempo, diría yo. Ya llevamos unos cuantos días con el caso y no hemos hecho grandes avances. Por eso estamos aquí. Y también para preguntarle por qué desde su medio se propaga la idea de que los culpables de todo esto están relacionados con el Vaticano.

—Yo no he generado esa información. Me he limitado a darle el eco que se merece. Pero ustedes deberían de saber ya de dónde procede.

—Sí. Eso lo sabemos, pero su origen real no, y me temo que usted sí.

—Eso son especulaciones suyas. Investiguen, agente. Ese es su trabajo.

—¿Me va a decir quién y desde dónde se dirige www.protestantesimosì.it? Y no me diga que desde Rusia, por favor.

—No se lo voy a decir, porque estaría traicionando mi código deontológico. Jamás debe revelarse el nombre de una fuente de información.

—Muy bien. ¿Sabía que para resolver la mitad de los crímenes basta con analizar el entorno familiar?

—¿Me está usted acusando de algo?

—Solo le digo que usted no se libra por el hecho de ser el padre. No conozco al detalle las investigaciones de los *carabinieri*, pero veo que le dan a usted mucha bola con esas conspiraciones vaticanas. ¿Y sabe lo mejor? Esta investigación la llevamos a cabo tanto nosotros como ellos gracias a alguien que usted conoce bien: el ministro del Interior. ¿Presionó usted al ministro para que tomara

una decisión tan equivocada?

—Yo solo presiono a mis colegas de profesión, lo cual se me da muy bien.

Era mentira: había omitido el especial de *Porta a Porta*, ese chantaje que había puesto al ministro entre la espada y la pared.

—No le podemos obligar a que nos revele su fuente de información, pero le seguiremos investigando, señor Cimini, no se relaje. Si nos oculta información o está implicado hasta el cuello en todo esto, puede que el Vaticano no sea su paraíso sino su tumba.

—Hagan lo que tengan que hacer, pero sin amenazar: me aburre mucho la gente que actúa así y luego muere en la orilla sin poder resolver nada —le replicó, como si él fuera un angelito incapaz de matar una mosca.

—Por último, ¿dónde estaba usted la noche en que mataron a su hijo?

—¿Dónde iba a estar? En casa, con mi mujer. Me parece una enorme falta de respeto que me venga con elucubraciones carentes de fundamento.

—Lo vamos a dejar por hoy, aunque ya sabemos por su mujer que ella le da una coartada para aquella noche. ¿Quizá lo tema a usted? No nos menosprecie. En cualquier caso, lo emplazamos a compartir su información con nosotros en los próximos días. Estamos investigando el asesinato de su hijo y no entiendo a qué vienen sus reproches. Eso no lo deja en muy bien lugar. Genera desconfianza, señor Cimini. Hasta la vista —se despidió Paolini, y salió de las dependencias en los informativos de la RAI. Su colega parecía más pendiente del móvil.

Al parecer, le estaban dando información desde otro punto de la ciudad. Al acceder al registro de llamadas del periodista en los últimos días había un número que se repetía con frecuencia.

Al dar con la persona a la que pertenecía ese teléfono e indagar un poco saltaron algunas alarmas: era alguien que conocía a Adriana. Paolini, preocupado por la noticia, llamó al comisario enseguida.

La llamada sorprendió a Carlo conduciendo su Alfa. Giorgia Mirante y él iban a una de las joyerías más exclusivas de la ciudad, en Via Condotti. Allí trabajaba la mujer del ministro, que era aficionada al diseño de joyas y se dedicaba a vendérselas a las

clientas más ricas de Roma.

Marini le dio permiso a la agente para contestar mientras él conducía. La cara de asombro que puso Giorgia no presagiaba nada bueno.

«Otra mala noticia —pensó—. No va a haber manera de encauzar esto.»

La agente le explicó que, según Paolini, el periodista no había colaborado en absoluto y había hecho gala de una tremenda soberbia. Pero aquello no parecía lo peor. Edoardo Cimini había intercambiado llamadas con una persona a quien Adriana conocía de sobra.

«Ya he descartado varias veces a Adriana en este caso —se preguntaba Marini, cada vez más ansioso por hablar con la mujer del ministro—. Pero vuelvo a ella sin quererlo. ¿Cabe la posibilidad de que todo esto esté relacionado con su facultad? ¿Quién y por qué me lleva a investigar en otros sitios cuando yo no albergo la menor duda al respecto?»

El Alfa Romeo Giulia estacionó en la Via del Corso, de la que partía la lujosa Via Condotti, tan famosa como estrecha y llena de turistas. Allí se podían encontrar las mejores marcas en moda, joyería y otros artículos de lujo a precios prohibitivos.

El número 10 de la calle acogía un famoso negocio cuyo espectacular escaparate hizo que Giorgia Mirante amagase con pararse, pero el comisario se lo reprochó con un gesto. Dejaron atrás la enorme puerta y, con ella, un custodio impertérrito más parecido a un maniquí. De hecho, todo el negocio estaba lleno de maniquíes. De ellos pendían collares y colgantes. El oro y las piedras preciosas brillaban todavía más gracias a un juego de luces que había calculado a la perfección cómo la luz podía beneficiar al máximo la frívola belleza de aquellos objetos mundanos.

Una mujer rubia de unos cuarenta años los recibió. A su lado, una joven morena de rasgos caribeños (luego supieron que era venezolana) y que parecía recién contratada puso una mueca de terror cuando Marini se presentó como policía.

La mujer rubia vestía un elegante traje de una de las marcas que también vendían sus novedades en aquella calle. El lujo lo era todo. La mujer del ministro sabía mucho de eso, y se vanagloriaba de vivir en ese ambiente.

—Buenas noches, señora Polito, soy el comisario Carlo Marini.

Se dirigió a ella por el apellido de su marido, al contrario que había hecho con María Barberini, que no se desprendía del suyo ni aunque estuviera casada con un famoso periodista.

—Buenas tardes, ¿qué desean? —preguntó con un rostro que ya reflejaba una angustia prematura.

—Queremos hablar en privado con usted. Necesitamos que colabore con nosotros en unas investigaciones que estamos llevando a cabo.

—Jessica, encárgate tú del negocio mientras hablo con estos señores. Vuelvo enseguida.

Los acompañó a una pequeña estancia oculta en la trastienda de la joyería, y cuyas tonalidades sobrias y oscuras contrastaban con la opulencia de la zona que veía el público apenas a unos metros.

—Pues ustedes dirán en qué puedo ayudarlos —comenzó ella, no muy convencida.

—Señora Polito, estamos investigando la muerte del joven Mario Cimini, el hijo del famoso periodista Edoardo Cimini, el mismo que de unos días a esta parte está difundiendo vaguedades sobre el asesinato y otros delitos que, según él, también tienen como culpable al Vaticano.

»Pero además, sabemos que usted mantiene una relación amorosa con Edoardo Cimini desde hace años, y queremos saber si estuvieron juntos la noche en que su hijo murió. Tanto si nos proporciona una falsa coartada como si evita darla para que su marido quede exonerado de un posible escándalo, incurrirá en varios delitos contra la justicia.

—Yo no tengo nada que decirle. No entiendo por qué utiliza la palabra «coartada» ni por qué me amenaza con acusarme de ningún delito. Yo no he hecho nada, comisario…

Omitió llamarlo por su nombre: estaba tan nerviosa que lo había olvidado.

—Señora Polito, hace unos días se produjo un crimen, y la persona que murió es el hijo de su amante. Queremos descartar sospechosos. Queremos saber el paradero del señor Cimini esa noche. Sospechamos que quizás estuviese con usted. Sin su coartada, él quedaría más expuesto frente a la justicia. Si teme decir la verdad por el posible impacto mediático de un escándalo amoroso, confíe en nuestra discreción. Ni siquiera el ministro sabrá

que hemos estado aquí esta tarde. En realidad, Giorgia y yo nos hemos acercado aquí por voluntad propia.

La señora Polito pareció derrumbarse. Arrancó a llorar. Les refirió cuánto le había dolido enterarse por la prensa de la muerte de aquel joven. No había vuelto a ver a Edoardo Cimini desde aquella noche. Ella lo atribuía al posible miedo a que el mundo supiese de aquella relación, aun cuando contase con el consentimiento del ministro. Luego imaginó que su amante ya había diseñado una coartada mejor en su entorno familiar: María Barberini. Lo que no entendía era cómo podía protegerlo aquella mujer que vivía en silencio el adulterio de su marido. ¿Por amor, tal vez?

—Sí, comisario —dijo finalmente—, Edoardo vino a visitarme esa noche. —Rebuscó algo en el bolso: su teléfono móvil—. Mire, estos son los últimos mensajes que recibí antes de que viniera a verme; en concreto, media hora antes. —El comisario vio los mensajes que se intercambiaron. Percibió el tono cariñoso con el que se citaban para verse—. Si alberga dudas sobre si llegó finalmente a mi casa, le puedo enseñar una fotografía que nos hicimos esa misma noche en mi casa.

Marini vio entonces una foto entre divertida y amorosa, aunque en absoluto vulgar, y comprobó que, en efecto, se hizo justo esa noche, la de la muerte de Mario.

—Muchas gracias, señora. ¿Ve cómo no es tan difícil colaborar con la policía? Le aseguramos que observaremos la máxima discreción ante esta conversación. No se preocupe por ello.

—Entonces, ¿queda libre de toda sospecha?

—En principio, sí. Su coartada lo sitúa con usted en un lugar distinto de donde murió su hijo.

Y el comisario se despidió de ambas mujeres, cuyos rostros mostraban emociones bien diferentes: la mujer del ministro parecía liberarse de la tensión de los últimos días, mientras que la joven venezolana no salía de su asombro por ver a la policía en aquella *boutique* de lujo.

Ya en la calle, Giorgia Mirante pareció compartir la impresión del comisario: no parecía haber sido el periodista. Pero Marini no las tenía todas consigo.

—Quizás el padre estuviera realmente en otro lugar el día del asesinato, pero eso no lo exculpa de ser el instigador intelectual del

asesinato.

Y se lo imaginó encargándole el asesinato a un sicario. Y pensar que esa misma mañana su principal sospechoso era el Príncipe…. Pero Marini no sabía que este llevaba unas horas en paradero desconocido. También le vino a la mente la noticia que sus compañeros le acababan de dar, y que relacionaba al periodista con alguien que a su vez guardaba algún tipo de relación con Adriana.

* * * *

Tecleaba velozmente frente al ordenador portátil porque quería acabar aquella tarea, pero también porque su estómago le pedía alimentos a grito pelado. Como había descuidado sus necesidades durante esos días, el frigorífico y su despensa estaban vacíos. Decidió salir a la calle, aunque el frío y la oscuridad de la noche la frenaban.

Angélica agarró el abrigo sin pensarlo y se decidió a salir y comprar cualquier cosa que mantuviese su estómago sellado. Bajó por la acera de su calle y de repente vio a varias personas que se abalanzaban sobre ella. En un movimiento ágil y veloz dio media vuelta, pero alguien la cogió por los pelos con la mano izquierda. Le pareció que se trataba de una mujer, pero Angélica luchó para zafarse de ella mientras el resto del grupo seguía detrás con las mismas intenciones. En vista de que no conseguía liberarse, se giró y, a la vez que le propinaba una patada, tiró de su ropa de tal manera que dejó al descubierto uno de los hombros. Pese a la oscuridad, distinguió un tatuaje. Gracias a ello se soltó de quien la tenía cogida de los rubios cabellos, y entonces giró la cabeza de nuevo y comenzó una huida a la carrera sin volver la vista atrás.

Atravesó el primer cruce de su calle con otra avenida más amplia. La iluminación amarillenta de las farolas le permitió ver cómo un automóvil frenaba delante de ella. Sin golpearse contra el suelo, se deslizó volcando por el largo capó de aquel vehículo. Los perseguidores estaban justo al otro lado de la avenida y frenaron como lo había hecho aquel coche.

Angélica se puso en pie por pura inercia y abordó al automóvil metiéndose por el asiento del copiloto.

—¡Sácame de aquí! —se la oyó decir, y aquel vehículo de gran

cilindrada rechinó contra el asfalto y se saltó un semáforo en rojo. Cuando ya se habían alejado lo suficiente, Angélica se desvaneció sobre el respaldo y el joven que iba al volante se llevó un susto de muerte.

Diez minutos después, entraban los dos en las urgencias de un hospital de Roma. Al cabo de otros diez minutos ya se había informado a la policía de lo sucedido.

Se presentaron varios miembros de la *Polizia di Stato*. Luego informaron al comisario Marini, que apenas acababa de llegar a su casa. Cuando le dijeron qué había ocurrido y el nombre de la persona se sorprendió muchísimo y pensó que no era ninguna casualidad. Entonces le contó brevemente lo ocurrido a Adriana sin decirle el nombre de la persona afectada pero la invitó a acompañarlo al hospital porque creía que todo guardaba relación con el caso de Mario Cimini y sus dos compañeros.

Mientras conducían con el Alfa a toda prisa por la ciudad Adriana le confesó lo que había ido a hacer dos noches antes. Le contó que la intuición la llevó hasta su facultad. Una vez allí, entre pilas de papeles, comprobó otro elemento en común: aquellos exalumnos suyos tenían la capacidad de memorizar textos de forma íntegra que luego reproducían en sus exámenes de forma similar, por no decir que exacta.

Aunque aquella extraña coincidencia no le pareció relevante al comisario, sí le importaba más cómo su pareja le ocultaba las cosas o se las decía con una notable demora, lo cual le pareció más preocupante que ningún otro secreto que Adriana pudiese y quisiese esconder. La desconfianza planeaba entre ellos, y solo desaparecía en momentos críticos. No obstante, aquella situación le pareció un espejismo al comisario. Podía pasar por momentos en que no entendía nada y, de repente, al momento siguiente lo entendía todo.

Cuando entraron en las urgencias del hospital, un agente los dirigió a toda prisa hacia un pasillo donde una enfermera y otro policía custodiaban la camilla. Angélica estaba tumbada con la cabeza y la espalda algo inclinadas. El bravo muchacho que la llevó hasta allí seguía en un segundo plano. Un agente le estaba tomando declaración.

Adriana se abalanzó sobre sobre su exalumna nada más verla. Angélica se acordaba de ella, aunque no supo decir su nombre.

—¡Dios mío, Angélica! ¿Qué te ha pasado?

Al oír aquel nombre, Marini se preguntó por qué podría Adriana conocer a Angélica Barnes, que había estado en contacto telefónico con Edoardo Cimini y ahora se recuperaba en un hospital tras un intento de agresión.

—No lo sé. Solo recuerdo que unos individuos intentaban atacarme, pero logré escapar de sus garras y me subí a un coche y alguien me trajo hasta aquí.

—Señorita, ¿cómo está Angélica? —le preguntó Adriana a la enfermera que contemplaba la escena con tranquilidad porque allí en urgencias veían cosas peores.

—Está bien. Tan solo algo aturdida y con algún moratón por las piernas que se hizo al arrojarse al coche de aquel joven.

Señaló al muchacho al que estaban interrogando. Marini se dirigió hacia él.

—Entonces, ¿está fuera de peligro?

—Por supuesto. Le acabamos de dar un diazepam para calmarla. Sufre un *shock* postraumático, consecuencia de lo que acaba de vivir. Necesita calma y buenas compañías.

Y le guiñó un ojo mientras se alejaba, dispuesta a que Adriana se encargase de ella: tenía pacientes que necesitaban más sus cuidados.

Una auxiliar de clínica y un policía se acercaron a Angélica y empezaron a cortarle cabellos con sumo cuidado, y guardarlos en una bolsa de plástico transparente. Cuando Adriana preguntó por qué le hacían aquello, le respondieron que uno de los agresores la había agarrado de los cabellos con fuerza. Si los analizaban con cuidado, tal vez encontrasen restos de ADN.

Durante la siguiente media hora decidieron cuáles serían sus siguientes pasos. Los médicos le iban a dar el alta porque su caso no revestía gravedad y la única secuela iba a ser el impacto emocional. Aun así, le recomendaron que no pasara sola aquella noche.

Al comisario ni se le ocurrió hacerla declarar. Para eso se había llevado a Adriana consigo. Confiaba en que mejorase gracias a su complicidad con ella, y más adelante estuviera en condiciones de relatar su experiencia.

Como le habían desaconsejado dormir sola, solo había dos opciones: o la llevaban a casa de Adriana, o esta la acompañaba a su casa.

Aturdida aún, la joven se decantó por la segunda posibilidad.

Pero no parecía ser muy consciente ni de sus palabras ni de sus actos. Marini ordenó que, de todos modos, tres policías de paisano custodiaran el edificio durante toda la noche. Si alguno se dormía, lo expulsaría del cuerpo al día siguiente.

Abandonaron el hospital pasada la una de la madrugada.

* * * *

Se dispusieron ambas en un pequeño sofá del apartamento. Los policías se despidieron, unos para hacer guardia en la calle, y otros (entre ellos, Marini) para descansar y retomar al día siguiente la tarea de resolver aquel caso. Cada vez había más gente implicada.

«¿De qué hablarían Edoardo Cimini y Angélica?», pensó Marini. El único nexo posible que se le ocurría era el de Mario Cimini, que también había sufrido un ataque, como Angélica, pero había corrido peor suerte. El comisario se fue a la cama pensando de nuevo acerca de la posible implicación de Edoardo en el asesinato de su hijo y en si Angélica estaba al tanto de aquello. Además, ¿quién la atacó y por qué? Marini no descartaba ninguna posibilidad, pero tampoco tenía certeza alguna, pues su propia línea de investigación no coincidía con ninguna otra. Pensaba profundizar en ella, aunque recelaba de aquel periodista.

—¿Cómo te sientes ahora, Angélica? —le preguntó Adriana mientras la cubría con una manta. Después estiró las piernas en el sofá.

—Mejor. Los hospitales me hacen sentir peor de lo que estoy, aunque me cuiden bien. Solo estoy un poco aturdida y ansiosa.

—Te iba a preguntar si quieres que haga un café mientras hablamos, pero seguro que eso no te beneficia ahora.

—Está bien. Puedes hacerlo. Tengo café molido descafeinado en la cocina.

Adriana se dirigió hacia allí como una exhalación y comenzó a prepararlo mientras le hablaba para evitar que se durmiese. Quizá fuera egoísta por su parte, pero Adriana quería saber cosas. Si Angélica se dormía, entonces la ansiosa sería ella.

El olor del café se esparció por todo el apartamento. La joven pareció animarse de nuevo, y no cayó en la tentación de un sueño

reparador con el que olvidarse del penoso lance que había vivido.

—Aquí tienes. Cuidado, que está muy caliente.

Ambas saborearon el café. Solo y descafeinado.

—Me siento mejor por momentos. En el hospital hubo instantes en que no recordaba lo que me había sucedido.

—¿Sufriste de amnesia?

—Puede ser. Pero debió de ser momentánea, porque recuerdo cosas; eso sí, no muchas.

—¿Cuántas personas te atacaron?

—Cuatro. Quizá cinco. Pero solo una llegó a tocarme. Tenía forma de mujer, pero no recuerdo el rostro porque estaba muy oscuro. Sin embargo… Hay algo de ella que se me quedó grabado, pero no sé exactamente que es. Perdona, pero todavía estoy muy confusa. Nunca me había pasado nada así.

—Angélica, te seré sincera. Llevo varios días analizando este caso junto con el comisario y otros policías. Me refiero a lo de Mario y los otros dos chicos desaparecidos. Anteanoche creí encontrar un patrón que los unía más allá del hecho de ser compañeros de clase. Creo que los tres tienen una memoria prodigiosa y son capaces de reproducir al detalle todo lo que leen. Así lo pude comprobar analizando los exámenes suyos de hace dos años.

—Es cierto. Pero te olvidas de alguien: de mí. Yo soy la cuarta persona que posee esas características. En realidad, hasta hace muy poco parecíamos un grupo bien avenido que perseguía una misión nueva y arriesgada.

—Pero ¿qué me estás contando, Angélica?

—Mira. Mario proviene de una familia importante y acomodada, eso ya lo sabes. Conocía ciertos secretos; en concreto, dos de ellos yo diría que eran mayúsculos. No sé si nos han atacado por conocer ambos, o solo por uno.

—¿Dos grandes secretos? —preguntó Adriana, sorprendida.

—Sí. Según Mario, el primero era que el Vaticano había dispuesto la muerte del papa Francisco.

—¡Dios mío! Ahora entiendo tantos rumores. Adondequiera que vaya los escucho, incluso en la televisión.

—Sí. Pero dudo que esos desalmados mataran a Mario y trataran de asesinarme por ese motivo.

—¿Estás segura de que acudieron varias personas a matarlo?

—No. Pero quien quiere hacernos mal no es una sola persona. Son por lo menos cuatro. Y también estoy segura de que el motivo no guarda relación alguna con la muerte del papa, porque en realidad no lo podemos probar. Eso les da igual. Creo que nos han querido eliminar por lo que hicimos.

—¿Y qué hicisteis, Angélica? Dímelo, por favor.

Adriana era consciente de que Angélica estaba a punto de revelar un gran secreto.

—Hemos estado sacando información del Vaticano. Gracias a los contactos de Mario y nuestra condición de estudiantes, conseguimos acceder al Archivo Secreto del Vaticano, allí abajo, donde casi nadie ha puesto nunca el pie.

—¡Pero Angélica, ese archivo es casi un mito! De hecho, se especula con que en realidad no existe, pues se habla mucho de él pero nadie ha conseguido acceder a su interior.

—Pues existe, créeme: yo lo he visto.

Adriana no podía salir de su asombro. Sus alumnos habían bajado a aquel mítico archivo, porque se lo imaginaba así: ubicado en lo más profundo de aquel estado tan pequeño.

—¿Qué fuisteis a sacar de allí, Angélica? —preguntó, preocupada. No descartaba ninguna posibilidad.

—Bueno. Lo cierto es que no sacamos físicamente nada, pues el control es absoluto. Solo nos permitieron leer algunos documentos. Y eso fue lo que hicimos… aunque los grabamos en nuestras memorias prodigiosas.

Angélica sonrió, aunque era consciente de que su el episodio traumático y paralizante que acababa de vivir afectaba a su memoria.

—¿Y qué leísteis que valiera la pena sacar de allí? —preguntó Adriana, preocupada por la respuesta.

—No lo recuerdo exactamente. Cada uno leía y memorizaba una parte. Creo que el documento no tenía ni título, aunque sí estaba ordenado en aquel gran archivo… mediante números.

—¿Te refieres al número doscientos treinta y tres?

—Creo que sí. Pero no me hagas muchas preguntas esta noche, porque parece que me haya pasado un camión por encima de la cabeza.

—Está bien, no te preocupes. Seguro que mañana recuerdas más. Déjame que te diga que de unos días para acá, ese número no me deja dormir. Lo encontramos en la tesis de Mario, señalado de una manera muy extraña. Pero también se repite en el código de acceso a las salas de la Gallería Borghese. Cada tres días aproximadamente, ese número las abre, mientras que en las demás horas aparecen unos números aleatorios pero que en realidad están desordenados. Todos ellos provienen de la famosa serie del matemático Fibonacci.

» Mario había dedicado su tesis al arte y los números. La Gallería Borghese también está llena de arte al cual se accede mediante números. ¿Lo que leísteis en el Archivo del Vaticano tiene relación con lo que te acabo de contar?

Adriana era consciente de que le acababa de formular una pregunta cuando la joven parecía suplicar que no le hicieran más.

—Espera. ¿Números y arte? —preguntó, haciendo un esfuerzo mental enorme para tratarse de las tres de la madrugada—. Me temo que no. Es algo mucho más tenebroso que eso. Creo que el Vaticano no levantaría cabeza después de hacerse público esto.

—¿Tanto como que el mundo sepa que al anterior papa lo asesinaron?

—Tanto o más.

—Pero si solo lo leísteis y permanece en vuestras memorias, quizás esté perdido para siempre.

—No. Cada uno de nosotros se comprometió a transcribirlo fuera de la basílica y luego guardarlo.

—¿Dónde? —quedó estupefacta Adriana.

—Allí donde el arte lo proteja.

—¿En un museo?

—No. En iglesias donde proliferan obras de arte. Creo, querida Adriana, que todos escogimos el Barroco como protección.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Ahora recuerdo. Lo que escribí minutos después de salir del Vaticano en unas notas en papel lo llevé a la iglesia de Santa María de la Victoria, y allí se lo entregué a su párroco.

—Fantástico, Angélica. Quizá mañana nos podamos acercar allí si te sientes mejor. Si realmente sigue en ese lugar, no tendrás que hacer más esfuerzos con tu memoria. Luego habrá que interpretar mejor todo este gran puzle. ¿Sabes que están reconstruyendo *El rapto de Proserpina* como si se tratase de un gran puzle en tres dimensiones?

—No lo sabía. Solo sé que la destruyeron. Pero ahora mismo acabo recordar algo: la mujer que me atacó lleva un tatuaje en el hombro izquierdo. Lo vi cuando intentaba liberarme de ella.

—¡Bravo!

* * * *

El viernes amaneció soleado aunque gélido. Ello no impidió que el comisario se ausentase de la comisaria, pese a que la calefacción funcionaba a todo trapo.

El Alfa Romeo lo llevó a la afueras de la ciudad, no muy lejos del puerto de Ostia, donde descargaban aquella droga gracias a la ayuda de alguien cuya identidad le sorprendió. Precisamente esa mañana Carlo Marini iba a investigar más sobre esa persona, pero no en el puerto, sino en un orfanato.

Las monjas capuchinas de la Inmaculada de Lourdes dirigían aquel lugar desde hacía muchísimo tiempo. Su labor era encomiable. Carlo Marini estaba citado a las diez de la mañana con la monja de mayor rango. Nadie más allí ni fuera del orfanato sabía de aquel encuentro.

El comisario llevaba días siguiendo una pista que había comenzado con Andrea De Sorrento, el cual lo llevó hasta el Príncipe. Luego descubrió que parte de las extrañas donaciones que recibía aquella iglesia protestante provenían de los suculentos beneficios de la mafia rusa que operaba en Roma.

El georgiano que las dirigía confesó un nombre que dejó a Marini sin palabras. Conocía a aquella persona. Y resultaba que era quien permitía la entrada de la droga por Ostia. Marini la tenía en el punto de mira desde hacía poco, tanto como al Príncipe, o incluso más.

Al documentarse sobre su sospechoso número uno, Marini había

descubierto un pasado inusual. Y por eso estaba esa mañana en aquel orfanato.

La monja lo recibió con discreción y pocas palabras. El comisario no pretendía hacerla hablar en demasía, pero sí que le arrojase algo de luz sobre el pasado de cierta persona que, según él, tal vez hubiera pasado por aquella institución unos veinte años antes.

Lo acompañó por pasillos cubiertos de cal blanca y paredes amorfas donde el frío se colaba por todos sitios. Marini se abotonó toda la gabardina. Por el contrario, la monja parecía tan acostumbrada que no mencionó ni de pasada la ola de frío que asolaba la ciudad.

Fueron en busca del archivo del orfanato. No era tan relevante como el del Vaticano, pero las monjas de allí casi le daban la misma importancia, pues revelaba secretos oscuros sobre actividades del pasado que ya nadie quería recordar.

Si la monja había accedido a abrirle las puertas del orfanato se debió a su condición de policía. Cualquier otro habría recibido una rotunda negativa sin explicaciones.

La habitación no era muy grande, y estaba tomada por infinidad de archivadores amontonados de manera desordenada y bordeando el caos.

Cuando Carlo Marini le volvió a recordar el nombre de la persona, la monja empezó a rebuscar entre infinidad de archivos hasta que dio con el que buscaba. Lo abrió y empezó a leerlo en silencio. Al cabo de unos minutos le contó una historia.

Alguien importante había pasado por allí hacía casi treinta años. Era un hombre de porte elegante y bien vestido que llevó a un recién nacido; en concreto, una niña.

Era el fruto de una relación extramatrimonial. La madre había muerto en el parto. La monja llamó bastarda a aquella niña. Para ocultar más la vergüenza del padre por tener una hija así, la registró con el apellido de la madre y nunca más regresó allí.

Carlo Marini ya se imaginaba algo así, pero aún buscaba una información más: el nombre y apellido del padre. Cuando la monja escuchó aquella solicitud, no tuvo más remedio que dársela. La información no llegó a sorprenderlo, aunque ya se imaginaba un final así.

* * * *

Esa misma mañana, dos policías acompañaron a Adriana y Angélica hasta Santa María de la Victoria. Cuando el párroco las vio, recordó la cara de la joven estudiante.

—Buenos días, padre. Venimos a recoger los documentos que le dejé el otro día. Ya le dije que me pasaría en cuanto pudiera para llevármelos.

—No sé de qué me está hablando, señorita.

—De los papeles que le traje el otro día.

—No la he visto en mi vida, y no he recogido los papeles de nadie.

—¡Maldita cura mentiroso!

Angélica se abalanzó sobre él, pero Adriana la frenó como pudo.

—¡Cálmate! Seguro que debe de haber alguna explicación para todo esto, ¿verdad, padre? —dijo Adriana para limar asperezas.

—Pues la misma que le acabo de dar —insistió el sacerdote.

Angélica pareció todavía más furiosa. Se sentía ultrajada y engañada por el cura. Los esfuerzos de Adriana parecían inútiles. Hubo que recurrir a dos policías para controlar a Angélica.

La sacaron de allí a la fuerza mientras seguía profiriendo maldades. Por un momento, Adriana pensó si lo sucedido la noche anterior le había trastocado el juicio a su exalumna. La metieron en el coche y cruzaron media ciudad asolada por el frío hasta volver de nuevo a la casa de ella. Allí se quedarían todos hasta que el comisario impartiese nuevas órdenes. Unos se calentaban dentro del vehículo con el motor encendido, y las otras estaban más cómodas. Adriana trataba de calmarla. Entonces tuvo la idea de compartir una sesión de *mindfullness* con Angélica. Buscó en YouTube algún archivo de ese tipo de meditación que la pudiera tranquilizar y, quién sabe, tal vez recuperar parte de esa memoria que parecía haberse ido de viaje las últimas horas.

Un sonido con reminiscencias orientales se adueñó de la sala. Una voz femenina les proponía que tomasen conciencia de su respiración. Luego, que sintieran las diversas partes del cuerpo con los ojos cerrados. Así estuvieron más de diez minutos. Adriana estaba más acostumbrada a aquellos ejercicios, a los que recurría

cuando la cocina no le dejaba relajarse como ella quería.

Pareció que Angélica se estaba concentrando hasta el punto de olvidarse por unos momentos del cabreo que se había llevado en la iglesia.

El sonido de un gong dio por terminada aquella sesión, y las dos abrieron los ojos.

—¿Cómo te sientes, Angélica?

—Mejor. Como si tuviera la mente más despejada.

—Eso era lo que pretendía. Que olvidaras el momento tan tenso de esta mañana. Ya solucionaremos como podamos la ausencia de esos documentos.

—Yo creo que siguen allí. También sé que a Mario le obsesionaba mucho que yo los llevara allí, de modo que tal vez la actitud tuviera alguna relación con el cura.

—Bueno. En realidad, Mario era más ateo de lo que puedes imaginar y solo le interesaban las iglesias en cuanto a depositarias de obras de arte. También te confesaré un secreto. Cuando él era niño, enfermó de gravedad su madre, y ese mismo sacerdote iba a su casa para celebrar allí sus misas, pues disponen de capilla.

—Pues en tal caso, seguro que Mario se llevó mis escritos de Santa María de la Victoria.

—No lo creo. La policía no encontró nada. Bueno, perdona —se disculpó, pues albergaba sus dudas—, eso es lo que me dice Carlo. Sin embargo, los *carabinieri* dicen que estuvieron antes, pero él lo niega. Angélica, ¿sabías que ellos me detuvieron el otro día estando en clase?

—¿Cómo? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Creen que yo maté a Mario. Al parecer, junto a su tesis añadió una serie de comentarios sobre mí que no me dejan en muy buen lugar. Creen o creían que yo deseaba su muerte, y eso no es verdad. En los últimos meses parecía algo trastornado.

—Yo también lo veía muy raro últimamente. Pero él era así, ya lo sabes.

—Creía que alguien lo acechaba. Y ese alguien debe de ser quien acabó con su vida.

—El Vaticano. Llevo horas diciéndotelo. Él sabía que al anterior papa lo asesinaron.

—Pero si no se puede probar, ¿por qué lo mataron?

—No es totalmente cierto que no se pueda probar. Creo que en la familia de Mario saben cómo hacerlo.

—¿La madre? Sospeché de ella, pero esta, a su vez, sospecha de su marido.

—Exacto. ¿No ves cómo el padre se esfuerza por lanzar a bombo y platillo la teoría de la conspiración vaticana?

—¿Para tapar que él asesinó a su hijo?

—Al menos, así lo creo yo. La otra cosa que descubrimos en el Archivo Vaticano tal vez tenga relación con todo esto…

Angélica quedó sumida en un silencio prolongado, que Adriana respetó por si ello la ayudase a recordar más cosas con facilidad.

—¿Cómo va esa memoria, Angélica? —le preguntó, con esperanzas.

—Recuerdo ahora el día en que llevé aquellos papeles a la iglesia. Fue la misma tarde, poco después de salir del Vaticano, a mediodía. Adriana… Empiezo a recordar lo que escribí —dijo, emocionada.

—Fantástico. Voy a por papel y bolígrafo y lo escribo. ¡Concéntrate!

Y Adriana se puso a rebuscar en aquella casa que no conocía. Regresó con todo lo que necesitaba.

—Apúrate, Adriana. Creo que lo voy a soltar todo de golpe. Será como un parto, pero solo constará de letras.

Y la muchacha empezó a recuperar las primeras palabras que había escrito solo unos días antes:

Y bien dice nuestra Sagrada Biblia que Dios creó los cielos y la tierra. Y los planetas y el Sol que giran en torno a todo lo que el hombre conoce. Y es hereje quien diga que el Sol es el centro del Universo creado por Dios.

Y es el hereje que habitó entre estos muros quien conversó con otro que, como él, adoraba la herejía. Quien se obstinaba en decir que la Tierra giraba alrededor del Sol, como ya se decía en tiempos pasados de Copérnico.

Y en el año undécimo de su papado recibió en la casa de Dios a

tal hereje que difundía teorías falsas y cuya terquedad lo llevó hasta el Santo Oficio de la Inquisición.

E intentó silenciar a Galileo Galilei, pero no acalló su voz, porque aquel papa creía en esas mismas ideas, que no son las que defiende nuestra Iglesia.

Esas teorías maléficas fueron condenadas por su inmadurez, lo absurdo de su filosofía y su forma herética…

Adriana siguió escribiendo durante minutos hasta que llegó un momento en que Angélica se calló de repente. Era el final. Todo aquel texto se había guardado en un lugar de la memoria de la joven y ahora lo recuperaban.

Adriana se sintió feliz por un momento, y su alumna, aliviada por no haber perdido aquello que había leído en el Vaticano.

—¡Fantástico! —repitió la historiadora—. De momento, te dejo descansar. Analizaré todo esto, para saber cómo cuadra con todo lo que hemos vivido últimamente.

—Gracias, Adriana. Voy a abrir mi portátil. Quiero comprobar mi correo electrónico, y algo más.

La joven muchacha de cabellos rubios y cuerpo menudo se dispuso frente a él; pero, en vez de revisar nada, comenzó a escribir sobre el teclado como una posesa. Una vez hubo acabado, hizo clic en la opción «Enviar» y respiró tranquila.

* * * *

Noticias desde www.protestantesimosì.it

Buenas tardes, protestantes de todo el mundo, y muy en especial a los que viven en Roma, la Gran Ramera. En las últimas horas han arreciado los ataques del Vaticano contra aquellos que desafían su autoridad. Quieren silenciar a quienes conocen sus secretos, pero no lo conseguirán.

Esta última noche, una nueva víctima ha sido objeto de la violencia de aquellos que esconden secretos y maldades.

¿No quieren que se conozca ese rumor que sostiene que el anterior papa fue asesinado? Es más que posible. ¿A quién beneficia ese silencio? ¿Solo a la curia vaticana? ¿Es posible que también encubran estas actitudes disimuladas el asesinato de Mario Cimini? ¿Qué otros secretos conocía el joven, además del crimen del papa Francisco?

De no ser ciertas esas teorías que sostienen que el Vaticano es culpable, ¿por qué ciertos medios de comunicación las difunden como única explicación de lo que está sucediendo? ¿Qué esconde Edoardo Cimini tras el asesinato de su hijo? ¿Por qué usa tanto su poder en su beneficio?

Preguntas sin respuesta, queridos hermanos en la fe protestante, o quizá no. De lo que estamos seguros es haber llegado casi al final de todas estas tribulaciones que tanta desgracia nos causan. Pronto sabremos toda la verdad, incluido aquello que el joven Cimini ya no nos puede contar desde la tumba donde reposa.

Feliz tarde. Y leed la Biblia, que es la palabra de Dios en la tierra.

* * * *

El comisario Carlo Marini entró en la casa de Angélica después de saludar a los subordinados que con tanto celo habían custodiado el edificio en las últimas horas.

—Buenas tardes —las saludó, mientras le dedicaba a Adriana un beso suave sobre la mejilla.

—¿Cómo ha ido el día, cariño? —preguntó Adriana con más dulzura de la que había empleado en los últimos días.

—Bien. Algo cansado, pero aquí de nuevo. ¿Habéis ido a Santa María de la Victoria?

—Sí, Carlo. No encontramos lo que buscábamos, porque el cura conocía a Mario e hizo desaparecer lo que Angélica había llevado. Ya sé qué los unía a los cuatro. —Y, con un gesto, añadió a Angélica a un supuesto grupo—. Estuvieron en el Vaticano en el último mes sacando información de allí.

—¿Cómo? —preguntó el policía, con gesto perplejo.

—Es cierto, comisario. Yo misma acabo de recordar lo que

transcribí. Mis otros tres compañeros hicieron lo mismo.

—No hemos encontrado nada parecido en casa de Mario. Ni en papel ni en formato digital.

—Eso quizá no sea del todo cierto, Carlo —dijo Adriana—. Recuerda que los *carabinieri* llegaron antes que nosotros. Quizás ellos sí dispongan de esa documentación.

—Ya te dije el otro día que eso no es posible… a no ser…

Y el comisario se imaginó una hipótesis en la que sí era posible, pero entonces implicaría a nuevas personas en el asesinato del joven. Siguió escuchando a las dos mujeres mientras encajaba las piezas del rompecabezas de aquel asesinato, y del de los jóvenes desaparecidos, y de una Angélica de la que había desconfiado justo hasta ese momento.

—Mira, Carlo, hace solo diez minutos que he escrito todo lo que la memoria de Angélica recuerda de su visita al Archivo Vaticano. Intentaban sacar algo de allí. Como no es posible hacerlo de otra manera por motivos de seguridad, decidieron valerse de sus increíbles memorias fotográficas.

—Me parece muy bien, Adriana. Pero tengo que hacerle una pregunta a Angélica o si no reviento. Señorita —y la trato de usted intencionadamente para intimidarla—, ¿por qué ha estado recibiendo multitud de llamadas de Edoardo Cimini en los últimos días? ¿Lo está encubriendo por algún motivo, o quizá la esté amenazando? No se me ocurren explicaciones más opuestas que estas dos, pero alguna de ellas me dará la razón. Explíquese por favor.

La joven pareció palidecer por un momento debido al ataque tan directo del policía, pero como no se consideraba culpable de nada se repuso al momento y le contestó:

—Está bien, se lo diré, o de lo contrario seguirá desconfiando de mí o, lo que es peor, podrá imaginar que ese hombre me ha amenazado de muerte.

»Señor Marini —y lo trató de usted porque realmente no sabía hacerlo de otra manera—, me llamo Angélica Barnes, mi padre es inglés y, como yo, profesa la fe protestante; la anglicana, en su caso. Yo dirijo la web www,protestantesimosì.it, y desde ella he ido filtrando cosas que conozco.

»Para darle más eco a mis publicaciones, las enlazo con medios

de comunicación importantes como la RAI o el periódico *La Repubblica*, entre otros.

»Como bien sabe usted, Edoardo Cimini dirige todos los informativos de dicha cadena de televisión. Cuando asesinaron a su hijo, le comuniqué por teléfono mis sospechas de que el Vaticano pudiera estar detrás de todo. Más o menos desde entonces sigue todas mis noticias, que, según mi dirección IP, vienen desde Rusia. Esto último es un truco que aprendí de su hijo, quien, además de adorar el arte, era un experto en informática. Eso es todo.

—Vaya, qué sorpresa, señorita Angélica. Yo pensaba que esa web la manejaban desde la iglesia de San Pablo Intramuros, donde un personaje muy siniestro dirige a la comunidad protestante de Roma. ¿No sabrá nada de él, por casualidad?

—Conozco esa iglesia, pero no la frecuento. Yo soy más de reunirme con mis hermanos en la fe en lugares menos conocidos, más clandestinos, ya me entiende, que solemos cambiar cada cierto tiempo. Eso es lo que tiene ser protestante y vivir en Roma.

»Por lo que se refiere a ese personaje del que me habla, no sé quién es —prosiguió. Entonces notó la vibración de su móvil en su bolsillo. Lo sacó un momento y comprobó que la llamaba Edoardo Cimini. No respondió, pero pudo intuir su enfado por la última entrada de www.protestantesimosì.it en la que se le cuestionaba sobre el asesinato de su hijo.

—Está bien —dijo Adriana—. Estamos todos en el mismo bando, ¿verdad? —preguntó, con tono conciliador.

—Por supuesto —respondió Marini—, solo que yo desconfiaba de dicho personaje.

—De acuerdo —fue la escueta respuesta de Adriana, y trató de reconducir la conversación hacia el lugar más necesario—. Entonces, según lo que dice Angélica, eso eximiría de culpa a Edoardo Cimini, al creer en toda la información que ella le ha pasado.

—Yo no diría tanto. He querido ver cuánta repercusión le ha dado a lo que publico en mi blog. Por lo que veo, es mucha. Eso me hace sospechar de él, de que quiera tapar su culpabilidad con los actos de otros. De todas maneras, sigo pensando que el Vaticano está metido hasta las trancas. Solo os recuerdo la matrícula de aquel vehículo a la vez que remarco que todo es tal como yo conté. Los Moradores de la Noche existen, y filmaron eso que visteis. Patrullan

por la ciudad toda la noche en busca de noticias frescas y macabras. Así se ganan la vida. Así les pagué ese video que me enviaron.

—Te creo, Angélica. No sé si estarás equivocada con tus deducciones o no. Comparto parte de ellas. Creo firmemente que alguna persona extranjera está implicada en todo esto, y que por eso las huellas que se encontraron en la Gallería Borghese no muestran coincidencias.

»Pero hay más. Acabo de releer lo que me has transcrito, como si por un momento estuvieras conectada con un más allá u otra forma parecida de comunicación.

»Empiezo a entender más cosas, o quizá casi todo. Según cuenta lo que leíste en el Vaticano, se cita a Galileo Galilei y como la Santa Sede puso en cuestión sus teorías sobre las órbitas planetarias. En esas palabras que has verbalizado se habla de un papa que en su undécimo año de pontificado se reunió con el científico. A ambos se los califica de herejes.

»Ese papa intentó silenciar a Galileo, pero no del todo, porque le prometió que sus teorías serían guardadas en un lugar que tú bien conoces: El Archivo Vaticano. Y es aquí donde, mientras tú tecleabas sin cesar, yo también he recordado cosas. Ese archivo lo creó un papa en 1610, el mismo que seis años más tarde se reunió con Galileo en su undécimo año de pontificado.

»¿De qué papa se trataba? Durante muchos años, Galileo acudió al Vaticano para defender sus ideas. Eso equivale a decir que se defendió de los ataques de la Iglesia Católica por hereje, igual que el papa que fue más condescendiente con él. Creo sin lugar a dudas de que se trata de Pablo V, quien había creado el Archivo Vaticano seis años antes de reunirse con el científico. Pero hay algo más que encaja en todo esto.

»Los textos tachan a Pablo V de hereje, lo que en aquella época era sinónimo de protestantismo. Además, y esto no es ninguna casualidad, el número ordinal de dicho papa es el ducentésimo trigésimo tercero desde san Pedro, que fue el primero. Es decir, él hizo el número 233.

»Alguien del pasado cuya identidad todavía desconozco lo señala como el primer papa protestante de la historia que gobernó el Vaticano hace unos cuatrocientos años.

»¿Tú qué sabías de esto, querida? —le preguntó a Angélica para saber hasta dónde había llegado en sus conclusiones cuando leyó

aquello en los sótanos vaticanos. Y pensó que aquella pregunta tenía más sentido después de las últimas revelaciones sobre su confesión religiosa.

—Lo intuía —y los miró como si desconfiaran de ella—, pero no pude corroborarlo hasta haberlo contrastado con tus deducciones actuales —añadió, rendida ante lo que parecía una evidencia.

—No ha sido nada fácil llegar a ellas, cariño. Pero el número 233 me dio la clave…

Pero seguía sin entender cómo se relacionaba aquello con los sistemas de seguridad de la Gallería Borghese.

—En eso del número te doy la razón, Adriana —asintió Marini —. Era el único número de la serie de Fibonacci que no estaba resaltado en rojo sino en negro. Lo que dije yo el otro día: la muerte y el número 233.

—Sí, ambas cosas parecen relacionadas. Pero no tu deducción del otro día; es decir, la relación entre la muerte y el número 233.

»No se puede matar ya a un papa que murió en 1621. Por cierto, las últimas dos cifras pertenecen a la sucesión de Fibonacci. Pero… Un momento. Inició su pontificado en 1605, cuyas dos cifras finales también nos llevan a lo mismo. Esto no puede ser casual, ¿verdad?

—¿La herejía y el protestantismo eligieron así a un papa protestante? —preguntó el comisario.

—Es posible. Quizá lo escogieron por su fecha de inicio de pontificado los protestantes que creían en las matemáticas de Fibonacci con devoción casi científica.

—Entonces… —añadió Angélica—, ¿murió quizás asesinado por los suyos en 1621?

—Si no murió de forma natural, esa era la manera más verosímil de asegurarse de tal coincidencia. Hoy más que nunca, casi todos conocemos esa vieja leyenda con arreglo a la cual el Vaticano pone y quita papas segando vidas. Tú misma me dices ahora que el papa Francisco no murió de muerte natural sino que lo mataron.

—Entonces, la única explicación que veo es que a Mario lo asesinaron por orden de la Santa Sede para acallar nuestros descubrimientos; es decir, que hubo un papa protestante en el pasado.

—Exacto. A ti quizá te intentaron secuestrar como lo hicieron con Darío y Linda. Por cierto, Carlo, ¿hay alguna novedad al

respecto? —preguntó Adriana.

—Nada. Solo esas cámaras de detección facial parecen realizar un trabajo tan laborioso como absurdo en este caso. Han detenido a un montón de gente, pero nadie que guarde relación con el caso.

—Un momento, por favor… Estoy recordando algo.

Angélica pareció entrar en trance otra vez. Pidió papel y bolígrafo.

Adriana estaba a su lado cuando empezó a dibujar de forma compulsiva. La historiadora comenzó a distinguir unas formas. En concreto eran dos, una debajo de la otra. Angélica seguía modelando de una manera bastante fiable lo que su mente recordaba en ese momento.

—Ese era el tatuaje que vi anoche —concluyó, satisfecha pero sin comprender qué había representado en el papel.

Adriana reparó enseguida en lo que su alumna había dibujado. En la parte superior había un águila con las alas bien abiertas, como alas en la misma postura tenía el dragón que acababa de perfilar debajo.

—Ya sé de qué se trata. Es el escudo de la familia Borghese. ¿Volvemos a ellos, o quizá nunca debimos olvidarnos de esta familia? —preguntó la historiadora, que a esas alturas ya había perdido el hilo.

—No son meras casualidades, Adriana —le recriminó Angélica —. Lo sucedido en la Gallería Borghese…, el papa actual… ¿Recuerdas qué nombre eligió? —le preguntó, aunque se trataba de una pregunta retórica.

—Sí. Se hace llamar Escipión. Creo que en referencia al cardenal que fue nombrado por Pablo V. Si no recuerdo mal, nació con el nombre de Federico Borghese.

Adriana se sintió vencida por la trama vaticana de la que tanto hablaba Angélica.

—¿Lo ves? Son, casi con toda seguridad, los responsables de todo esto: los Borghese que han llegado al poder del Vaticano.

—¿Tienes pruebas de ello, Angélica? Me refiero al asesinato premeditado del papa Francisco.

—No.

—¿Quién te atacó con ese tatuaje era el nuevo papa? —preguntó

Adriana, para sorpresa de todos.

—No. No me imagino un papa haciendo una cosa así.

—Ni yo tampoco lo haría, aunque si creyeras ciertos bulos que corren por ahí… Más de un papa se ha disfrazado de ciudadano de a pie y ha hecho cosas que no podrías ni imaginar…

—Basta. Ya está bien —las atajó el comisario, pues se sentía desplazado de la investigación por unas ideas que no le parecían profesionales—. Lo que decís me parece absurdo. No son pruebas válidas y, si lo fueran, no podríamos hacer nada.

El televisor estaba encendido, aunque sin voz. Angélica se dio cuenta de que comenzaban las noticias de las ocho de la tarde. La RAI informaba, y la estudiante subió la voz de inmediato.

«Nuevas averiguaciones sobre el caso del joven Mario Cimini llevan a confirmar la implicación del Vaticano en su muerte. Además, tanto la extraña desaparición de sus dos compañeros como la absurda destrucción de una estatua en la Gallería Borghese parecen confirmar que nos hallamos frente a un único y complejo caso. Noticias de última hora hacen sospechar que la reunión *in extremis* de esta tarde entre los ministros del Interior y de Exteriores harían posible una intervención armada en el pequeño estado. Corre el rumor de que un gran contingente de *carabinieri* está preparado para el asalto cuando se solicite su colaboración…»

La noticia se extendía más, pero los tres se habían quedado con lo realmente importante.

—¡Mierda! —gritó Marini—. Otra vez dejan de lado a la *Polizia di Stato*. Dejadme hacer una llamada.

Y el comisario buscó un lugar desde donde hablar con más privacidad.

—Lo sabía.

—¿El qué, Angélica?

—Desde que en mi última entrada en www.protestantesimosì.it acusé a Edoardo Cimini de ser el posible autor o instigador del asesinato de su hijo, no solo ha intentado llamarme al móvil presa del pánico sino que no ha encontrado otra salida que optar por la vía más enloquecida de todas: invadir el Vaticano para encubrir su culpabilidad.

—Vaya lío, Angélica. Recapacitemos. O unos o los otros. No pueden estar todos implicados.

—¿Y por qué no? —preguntó ella, con tono candoroso.

—Vaya. Tampoco es descartable. Déjame que haga una llamada.

Adriana fue hacia el lado opuesto de la sala en el que se hallaba. Marcó el número de teléfono de María Barberini y se dispuso a hablar con ella.

Le preguntó si aún desconfiaba de su marido en lo relativo a la muerte de Mario. Ella le respondió que por supuesto, y que además no comprendía cómo la policía no solo no hacía nada sino que, además, permitía que desde su púlpito informativo se lanzaran falsas acusaciones contra el Vaticano, sede de su amada Iglesia Católica.

Formuló una segunda pregunta relativa al final del último papa. María Barberini creía sin lugar a dudas que lo habían asesinado, y que eso debería ser contado *urbi et orbe*.

Pero no hay dos sin tres, así que Adriana le hizo una tercera pregunta más personal. Quería saber si su marido llevaba tatuado un escudo en el hombro izquierdo. La señora le explicó que jamás había visto nada así en la piel de su esposo, pero añadió que también era cierto que, dado su distanciamiento físico y emocional, hacía tiempo que no lo veía completamente desnudo. De hecho, no le veía ni el hombro desde hacía más de un año, justo antes de que asesinaran al anterior papa.

Tras aquella respuesta, Adriana se lanzó a formular una última. ¿Sabía o intuía si su marido había estado comprometido en el supuesto asesinato de Francisco? Aquella pregunta le encantó a la aristócrata, pues volvió a lanzar más infundios contra su marido, con frases por las que Adriana coligió que se comportaba como una mujer despechada. La llamada finalizó.

—¿Algo en claro? —preguntó Angélica.

—No. Cada vez estoy más confusa. Quizá mañana lo descubramos todo, pero me temo que hoy no será posible. Parece que todos nos hemos vuelto locos en las últimas horas.

Cambiando de tema, ¿cómo estás de hambre?

—Tengo el estómago más vacío que ayer.

—No te preocupes. Haré algo de pasta con lo que tengas en casa.

—*Fettuccine* es lo único que tengo. Con poca cosa lo podrás condimentar —añadió, apesadumbrada.

—No te preocupes. Yo me las arreglo muy bien en la cocina con muy poco.

A Adriana le encantaba aquella expresión tan italiana, *arrangiarsi*, es decir, arreglárselas cuando las dificultades predominan y el ingenio es el único recurso.

—Os dejo. Acabo de hablar con personas importantes para que no nos dejen al margen de lo que han dicho por televisión. Tenedme informado de vuestras averiguaciones, aunque después las descarte por imposibles. Voy a dejar un policía más vigilando el edificio. No salgáis para nada en lo que queda de noche. Hasta mañana.

Y el comisario se despidió dándole otro beso suave en las mejillas.

Las dos mujeres se relajaron después, una cocinando y la otra hablando de su tesis. Entonces Adriana comprendió que la escribiera en inglés: le venía de familia, como su fe protestante.

La ausencia de Carlo Marini también contribuyó a serenar los ánimos, ya que había desconfiado de la joven estudiante. Cenaron bien y bebieron vino. Estaban dormidas antes de la medianoche.

* * * *

El día siguiente comenzó casi igual que el anterior. Frío en la ciudad y dudas entre quienes intentaban resolver aquel caso, excepto el padre de Mario, que tenía casi cerrado el tremendo operativo policial que pensaban poner en marcha. ¿Cómo era posible que un periodista presionase de tal manera nada menos que a un ministro? ¿Tenía este último tanto miedo a hacer público su fracaso matrimonial y sus redes corruptas que prefería arriesgarse a una acción tan descabellada para ocultarlo todo?

Mientras todos creían que el caso se acercaba al desenlace, también lo hacían en Tecnicon Restauro, donde ya habían compuesto todo aquel puzle en tres dimensiones y habían sellado el molde de fibra de vidrio. Esa misma mañana habían llevado desde Alemania un equipo ultramoderno de rayos láser, que iban a colocar por la tarde en una sala oscura para proyectar las luces azules que emitían. Esperaban que, de ese modo, todos los fragmentos de la estatua se uniesen. El gerente añadió que a eso

habría que añadir unos cuantos rezos para que tal hazaña jamás vista tuviera éxito.

Adriana y Angélica se pasaron la mañana tratando de analizar sus descubrimientos del día anterior, pero las horas pasaban y seguían igual que a medianoche: sin avances. Entonces repararon en que hacer cábalas en aquella casa no las ayudaría a averiguar cosas nuevas o entender las que ya habían descubierto.

En la comisaría de la *Polizia di Stato* estaba todo el mundo movilizado. El comisario no le había dado vacaciones a nadie, y además había dejado encendido el televisor para seguir los servicios informativos de la RAI y sus posibles revelaciones.

El gobierno italiano también estaba reunido aquella tarde gélida de diciembre. El primer ministro escuchaba las imploraciones de dos de sus ministros para entrar esa misma noche en el Vaticano con fuerzas policiales y militares, pues pedían que los *carabinieri* también lo hicieran haciendo cumplir su cometido de control de fronteras. Con la salvedad de que pretendían invadir un país amigo donde jamás habían puesto el pie.

El ministro del Interior presionó al de Exteriores usando la misma arma que el periodista le aplicaba: el chantaje.

La reunión se estaba demorando lo indecible, porque el primer ministro no veía con buenos ojos esa intervención en el Vaticano. Pero reaccionó cuando aportaron más datos para fundamentar cómo y por qué debían hacerlo. No solo se trataba de buscar a los culpables de aquel asesinato y dos secuestros sino que también parecía que la cosa venía de lejos; en concreto, de un año y medio antes, cuando asesinaron al papa Francisco. Los sospechosos estaban en el Vaticano y debían ser detenidos.

La noticia de la firma del acuerdo a las siete de la tarde, tras una agotadora reunión, corrió como la pólvora. El ministro del Interior se alegró como si fuese una cruzada personal. Edoardo Cimni, que ya había desplazado una unidad móvil de la RAI a la plaza de San Pedro, se enteró unos minutos después.

Carlo Marini recibió esta misma información de sus propias fuentes policiales. Le advirtieron de que deberían ejecutar el asalto policial de manera conjunta con los *carabinieri*.

Los informativos de la RAI daban cuenta de aquella última noticia con varios periodistas que emitían micrófono en mano desde la plaza que Bernini había diseñado cuatro siglos antes. La

expectación era tal que otras cadenas de televisión empezaron a enviar unidades móviles por si acaso todo aquello no era un infundio y se perdían la que podía ser la noticia del año o quizá de la década.

El comisario Marini hizo entonces una llamada a los colegas que estaban protegiendo a aquellas dos mujeres: debían presentarse con ellas inmediatamente en la comisaría, y de allí partirían casi todos hacia el asalto.

Los automóviles, incluido el que llevaba a Adriana y Angélica, empezaron a bloquear el acceso a la comisaría.

—¿Qué pasa, Carlo? —preguntó Adriana sin bajar del automóvil.

—Nos vamos todos al Vaticano. Vosotras también, pues quizás os necesitemos. No os preocupéis. Seremos más de cincuenta, incluidos Paolini y Giorgia.

—¡Dios mío, señor comisario! ¡Yo no quería generar tanta inquietud desde mi web! —exclamó Angélica temblando.

—Pues lo ha conseguido, señorita. El primer ministro acaba de firmar a las siete una orden jamás vista, la de intervenir en el Vaticano, donde ninguna fuerza policial italiana se había atrevido a poner el pie. Vamos a tener el gusto de comprobar hasta qué punto es eficiente la Guardia Suiza. Solo le pido a Dios que no haya derramamiento de sangre. Bastante bochornosa es ya esta situación como para que tengamos que añadir más episodios lamentables.

Los vehículos de la *Polizia di Stato* salieron de aquella comisaría del este de Roma y de otras tantas. Casi al mismo tiempo lo hacían los *carabinieri* desde otros lugares, y a ellos se le añadió un helicóptero encargado de tareas logísticas. Aunque parecía que el tiempo volaba, ya eran las diez de la noche y el dispositivo policial se preparaba en tres frentes: la entrada principal de la Basílica, una menos conocida que se hallaba en el lateral izquierdo de esta, y los Museos Vaticanos. De ese modo se realizaría una pinza de la que nadie podría escapar.

La concentración de policías y *carabinieri* espantó a unos pocos turistas desinformados, que huyeron de allí. Al bajar del automóvil, Adriana y Marini distinguieron el rostro de la teniente Tassi, de los *carabinieri*. Todos pusieron caras largas, y no solo porque trabajasen para cuerpos policiales distintos.

—Ustedes —dijo la teniente Tassi refiriéndose a Marini y

quienes lo rodeaban—, vayan por la entrada lateral. Nosotros lo haremos por la principal.

—Ni lo sueñe. Esta es una operación conjunta, así que vaya mezclando a sus hombres con los míos. Entraremos todos juntos, para gloria o desgracia nuestra.

La teniente vio en el rostro desafiante de todos los policías que rodeaban a Marini su innegable lealtad y la decisión de no retroceder ni un centímetro en las pretensiones del comisario.

—Está bien. Allá vamos.

Y se encaminó hacia la entrada.

Adriana hizo lo mismo, y en ese momento vio algo que llevaba allí siglos pero en lo que nadie había reparado. El nombre de Pablo V estaba grabado en la piedra de la fachada, escrito en latín como Paulus V, así como una frase que recordaba en esa lengua la glorificación de aquel papa nacido Borghese, y se lo recordaba en su séptimo año de papado, cuatro antes de reunirse con el científico que revolucionaría el mundo.

Policías y *carabinieri*, seguidos por Adriana y Angélica, subieron los escalones de entrada sin encontrar oposición. Cuando entraron a la basílica vieron a dos miembros de la Guardia Suiza que llevaban el uniforme falsamente atribuido a Miguel Ángel.

No opusieron resistencia, aunque Marini y los *carabinieri* sabían que los miembros más peligrosos de aquel cuerpo no eran los que portaban lanza y casco renacentista sino los que se vestían con corbata y traje, bajo el cual escondían siempre una pistola.

Las dos muchachas vieron el baldaquino al fondo frente al cual se accedía al sepulcro de san Pedro. Se detuvieron un momento cuando Angélica se preguntó qué podía aportar ella en ese lugar.

—Adriana, no somos policías. Deberíamos ir al Archivo Vaticano a desentrañar este gran lio en el que Mario nos ha metido.

—De acuerdo. Dime cómo llegar hasta allí: yo no he estado jamás.

Y su voz sonó pesarosa.

—Hay varias formas de llegar, pero conozco un atajo que comienza aquí mismo, a tres metros bajo tierra, en las grutas vaticanas.

—Carlo —le imploró—, necesitamos bajar ahí mismo. —Y le

señaló una entrada ubicada cinco metros delante de ellos—. ¿Podrían acompañarnos algunos de tus agentes?

—Giorgia, Paolini, acompañadlos. Espero que sepáis lo que vais a hacer ahí abajo. Nosotros vamos a buscar a esos dos estudiantes si están aquí, y a detener a quien se lo merezca. Este lugar no es tan grande, y no creo que podamos fallar. Subid en cuanto hayáis acabado.

El grupo se dividió. Las dos chicas, con Angélica al frente y los dos policías detrás, iniciaron la bajada a aquel macabro lugar donde empezaron a ver tumbas de papas enterrados. Ella los condujo por pasillos. Descubrieron nichos, capillas y nuevos pasillos que parecían no terminar jamás.

Después de girar en uno de los más estrechos, Angélica les enseñó una puerta que solo con empujarla se abrió a una oscura escalera. Bajaron más y más, con mucho cuidado. Luego llegaron a otra puerta mucho más moderna que solo se podía abrir desde fuera.

El lomo de aquella puerta metálica y pesada se venció hacia atrás con la fuerza de Angélica: estaban entrando en el Archivo Secreto del Vaticano.

Unas luces amarillas iluminaban un largo pasillo. Cuando empezaron a caminar por él, vieron que el techo estaba formado por una larga bóveda de viejos ladrillos rojos. A ambos lados del pasillo había estanterías repletas de documentos. Angélica corrió al lugar donde había estado unos días antes, y entonces comprendió que lo que había leído seguía con orden numérico premeditado: fue directa al archivo CCXXXIII.

Los dos policías y Adriana la siguieron, y comprobaron que la joven sabía muy bien dónde buscar, pues llegó hasta lo que quería sin mostrar la menor duda.

—Es esto, Adriana. Como puedes ver, el número es importante, pero no caí entonces en ese detalle.

—No importa, Angélica. ¿Me lo dejas leer?

—Por supuesto. Pero fíjate que en ningún sitio se dice quién escribió todo esto. El texto no es excesivamente largo, pero apúrate.

Los nervios del momento no atenazaron la rapidez lectora de la profesora.

«Escribo estas palabras en el año del Señor de 1666, cuyas

últimas cifras coinciden con el número de la Bestia. Pido a Dios perdón por citarla, así como por las revelaciones que me han sido confesadas, siendo yo su más humilde servidor», pudo leer en su inicio. Siguió leyendo aquel texto con una caligrafía particular y una antigüedad a la que no estaba acostumbrada; pero como profesora de historia era capaz de desenvolverse muy bien incluso con el tiempo en su contra.

En las primeras páginas pudo comprender que alguien quería revelar algo al mundo. Primero creyó leer en aquellas líneas las palabras de alguien que pertenecía a la Iglesia Católica, luego dedujo que no, que quienquiera que escribiese aquello en 1666 era un artista.

A medida que avanzaba en su lectura confirmó sus sospechas de la noche anterior, pues desde aquel Archivo del Vaticano se indicaba que hubo una vez un papa que engañó a todo el mundo, pues profesaba en secreto la fe protestante.

El nombre del escritor anónimo de aquel manuscrito empezó a revelársele a Adriana cuando mencionó que trabajaba para un papa que había sido elegido once años antes. Adriana echó cuentas desde 1666 y luego añadió que las revelaciones provenían de un sobrino nieto de la Bestia, como calificaban a aquel hereje.

Entonces le cuadró todo, con la confirmación final de la autoría del manuscrito: Gian Lorenzo Bernini revelaba al mundo, gracias al papa Alejandro VII, que el tío abuelo de este último había deshonrado a la Iglesia Católica con un pontificado plenamente protestante.

Y esos escritos de Bernini hablaban de otros familiares de Pablo V; en concreto, de su sobrino Scipione Borghese y de cómo la sucesión de Fibonacci se dio en aquella familia:

Y dos y uno hacen tres y la serie sigue perpetuándose mientras la Bestia protestante ocupaba el lugar del Papado y concedió favores a un tercero a quien enseñó su causa y tenía su misma sangre: el cardenal Scipione Borghese. Y los tres: el Papa que tuvo secuestrado nuestra iglesia, su sobrino y la doctrina protestante han esparcido su blasfemia por Roma, en iglesias católicas cuyos humildes servidores, como yo mismo, solo hemos creído en el Dios cuya iglesia Pedro creó entre estas colinas.

Adriana acabó de confirmarlo todo en los últimos párrafos de lo que Mario Cimini había titulado como *El informe Bernini*:

Yo maldigo a este papa que usurpó la silla de San Pedro y que con sus gestos teatrales engañó a la comunidad católica profesando una fe hereje que no es digna de enseñarse ni en el Vaticano ni fuera de él.

Solo su muerte acabó con esta nueva bestia del protestantismo iniciada ya con la Reforma de Lutero. Y yo, fiel servidor de esta Iglesia Católica y de su Contrarreforma para perseguir y denunciar la doctrina infiel a través de obras de arte que glorifiquen a nuestro Señor, me siento obligado en dar el nombre de dicho hereje, mas no diré su nombre sino su número en esa serie diabólica en la que ellos creen. Sí, tú eres el número CCXXXIII, y te maldigo mientras se lo revelo al mundo.

—¡Lo escribió Bernini muchos años después de que Pablo V muriera! —gritó Adriana en medio de aquel silencio—. Denuncia lo que ayer intuíamos a partir de lo que tú me habías contado, Angélica. Hubo un papa protestante en el mismo siglo en que Bernini creaba obras de arte para su amada iglesia.

»Creo que Mario murió para silenciar esto.

—¿Ves cómo el Vaticano está implicado?

—Aunque quizá también lo quisieran muerto porque sabía quién o quiénes habían matado al papa Francisco.

—También —convino Angélica—, pero ¿de quién estamos hablando?

—No lo sé Angélica, pero es posible que se halle entre estos muros. Por cierto, entre los muros de este archivo Pablo V le prometió a Galileo Galilei que su verdad sería guardada en el número de Fibonacci posterior al suyo. ¿Y ese es…?

—¿El 377? —respondió Angélica después de sumarlo de cabeza.

—¡Bravo! ¡Echemos un rápido vistazo!

Todos corrieron dos salas más allá de donde estaban. Cuando vio el número, Adriana metió la mano a un extenso grupo de documentos. Leyó el título: Il PROCESSO GALILEANO. Leyó lo que pudo e interpretó que lo que allí se guardaba no eran las teorías

heliocéntricas de Galileo, sino todo lo que el científico tuvo que soportar ante la intransigencia y el menosprecio del Vaticano por sus ideas.

Pablo V le había prometido al científico un lugar en ese mismo archivo que el papa había creado en 1610. Sin embargo, la Iglesia había traicionado esas voluntades y solo quedaba la huella del proceso que entablaron contra él por pretender dar una visión diferente del mundo.

En ese momento sonó el teléfono de Adriana. Era el capitán De Angelis.

—Buenas noches, señorita. ¿La pillo en mal momento?

—En mal lugar. No se puede ni imaginar dónde estoy.

—Entonces, ¿puede hablar?

—Por supuesto.

—Acabamos de resolver el caso de la Gallería Borghese.

—¿Sí? ¿Quién cometió tal atropello?

Pero el capitán pareció no escucharla, y seguía hablando solo mientras daba nuevos detalles.

La voz del policía se entrecortaba allí abajo, y Adriana se quedó en silencio tratando de entender lo que le decía.

Le pareció escuchar que habían detenido a numeroso personal de la Gallería Borghese. Al parecer la *Guardia di Finanza* les había tendido una trampa desde el propio museo y desde Tecnicon Restauro.

Uno de sus agentes filtró a los directivos del museo los avances que aquella compañía de restauración de antigüedades estaban consiguiendo con *El rapto de Proserpina*.

Cuando la gente del museo picó el anzuelo, el agente fingió exigirles dinero para darles más información. Se habían producido tales avances en apenas unos días que el pánico cundió en el museo. Sabían que la póliza solo podía cobrarse transcurridos un mes desde aquel incidente. Pero la policía ya había averiguado que la compañía de seguros estaba al servicio del museo desde el momento en que sospecharon de ellos al percibir el treinta por ciento del precio de las entradas.

Las prisas y el miedo a ver la estatua restaurada les hicieron cobrar fraudulentamente la póliza esa misma tarde. Entonces, la

Guardia di Finanza intervino al momento, y los acusó de diversos delitos económicos; el soborno, entre ellos.

A Adriana le costó horrores seguir el hilo, y al final de aquel monólogo el capitán pareció pedirle que se presentase aquella noche en el museo. Escuchó el término «Borghese», pero antes creyó oír el nombre «Scipione».

En aquel momento, la historiadora solo acertó a relacionar esas ultimas palabas con el nombre de aquel famoso museo de Roma, pero un segundo después la llamada se cortó y Adriana maldijo estar allí abajo con tan poca cobertura y tan mala. Pero estaba satisfecha por visitar aquel mítico lugar y haber desentrañado un escrito de Bernini y que había permanecido oculto para el mundo hasta entonces.

Empezaron a salir del Archivo Vaticano a toda prisa. Los policías iban delante, siguiendo las indicaciones de Angélica. Adriana no dejaba de pensar.

En ese momento, sus sospechas se centraban en alguien del Vaticano. Por eso estaban allí, y además acababa de escucharle a la *Guardia di Finanza* el nombre Scipione, es decir Escipión, el mismo que usaba el nuevo papa, pero también el apellido Borghese. ¿Por qué los habría combinado ambos en aquella conversación telefónica? ¿Y si en el museo acababan de resolver el caso? Cuando escuchó el apellido Borghese ¿fue porque aquel policía se refería a la Gallería Borghese donde habían destruido *El rapto de Proserpina*?

Subieron los escalones que conducían a la nave central de la basílica. Una vez arriba oyeron voces y ruidos extraños. Las dos jóvenes creyeron oír disparos, y Giorgia y Paolini las protegieron mientras se acercaban al lugar de donde provenía aquel alboroto.

Por un instante, Adriana pensó que el papa Escipión, nacido en la familia Borghese, bien podría ser el autor o instigador del asesinato de Mario y del secuestro de sus dos compañeros. Pero después pensó en Bernini.

Pablo V utilizó su nepotismo para beneficiar a un familiar suyo, Scipione Borghese, que era su sobrino y que gracias al papado de su tío fue creado cardenal.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se acercaban cada vez más a aquella encrucijada de pasillos palaciegos del Vaticano. Se detuvo de repente.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo apretado del pantalón. Hizo

una búsqueda rápida en internet. Quería saber más de la historia de la familia Borghese. Apenas se interesó por su pasado y buscó datos sobre los herederos de aquel apellido tan conocido.

Entonces descubrió que el actual cabeza de familia era Su Excelencia don Scipione Borghese, décimo cuarto príncipe de Sulmona y otros títulos más. Nacido en 1970, era el actual sobrino del papa actual, Federico Borghese, de ochenta y dos años, conocido por el mundo entero como Escipión.

«¡Capicúa histórico!», pensó Adriana mientras los policías las protegían. Unos metros por delante de ellas estaban encañonando al jefe de la Guardia Suiza, quien no ofreció resistencia. Apenas unos segundos después apareció la figura del papa Escipión, quien, con paso lento y apoyando su bastón con la mano izquierda, quiso poner paz.

—Hombres temerosos de Dios, bajad esas armas en la casa del Señor.

E hizo un gesto conciliador. Las pistolas todavía apuntaban a varios miembros del Vaticano.

De repente, cuatro miembros de la Guardia Suiza vestidos de paisano se arrojaron a los pies del pontífice para exculparlo pero admitir ellos sus fechorías.

—El Santo Padre es inocente. Fuimos nosotros quienes secuestramos a los dos jóvenes. También destrozamos la estatua de la Gallería Borghese.

La voz de Paolini se hizo oír por todo el pasillo.

—Y matasteis al joven Mario Cimini. Por eso estamos aquí también. Uno de vosotros es zurdo, el que le cortó la yugular para verlo morir. ¿Quién de vosotros cometió semejante barbaridad?

—Nosotros no hemos matado a nadie. Además, los cuatro somos diestros —respondió uno de los guardias, arrodillado frente al papa.

—Uno de vosotros lleva tatuado un escudo de la familia Borghese en el hombro izquierdo —prosiguió Paolini, ante la incomprensión de los otros cuatro.

Entonces el papa, nacido Borghese, se liberó de parte de sus ropas y mostró lentamente el hombro izquierdo, sin que nadie se lo pidiese. Todos comprobaron aliviados que su hombro estaba libre de tatuajes.

«Claro, como que nos hemos equivocado de Borghese», pensó

Adriana, que ya sabía el final de aquella historia. Por fin entendía la conversación telefónica que había tenido con el museo.

—¿Dónde están los jóvenes secuestrados? —gritó el comisario, viendo que se inculpaban pero no se los entregaban.

La teniente Tassi miró hacia atrás: se acercaban otras voces provenientes del ala Este del Vaticano. A medida que sus palabras se oyeron con más claridad, todos entendieron lo que ocurría, y la teniente sonrió: sus hombres acababan de liberar de su cautiverio a Linda y Darío, que habían estado amordazados y ocultos por aquellos guardias suizos en una pequeña estancia no muy lejos de la capilla Sixtina.

—¡Angélica! —gritó la joven, y Darío corrió también a abrazarse con su compañera.

Obligaron a los cuatro guardias suizos a ponerse en pie. Los *carabinieri* y la *Polizia di Stato* rivalizaban por esposarlos. Le dispensaron el mismo trato al comandante, aunque en aquel momento nadie sabía de su inocencia.

En medio de aquel tumulto, Adriana se acercó al comisario y le susurró unas palabras. Él asintió mientras le pedía una argucia para los próximos minutos. Casi todo el mundo comenzó a salir de la basílica mientras el papa Escipión permanecía quieto a unos metros del baldaquino de Bernini y contemplaba la grotesca escena en la que cuatro personas salían detenidas por fuerzas policiales italianas.

Una vez fuera, los focos de las televisiones, en especial de la RAI, estaban siguiéndolos mientras descendían la escalinata. Entonces el comisario le formuló una escueta solicitud a la teniente Tassi, y esta accedió. Marini aligeró el paso y se dirigió al helicóptero de los *carabinieri* para hablar con el piloto. Adriana aprovechó para reprocharle el hecho de que la hubieran detenido, a lo que la teniente respondió que todavía no habían dado con el asesino de Mario.

Pero Adriana estaba relativamente tranquila, porque imaginaba quién era el culpable, y se disponía a dirigirse a su encuentro.

Los furgones de la *Polizia di Stato* se llevaron el botín mediático que suponía detener a aquellos cuatro guardias suizos que acababan de confesar la comisión de más de un delito, perpetrado sin conocimiento del papa.

Edoardo Cimini obtenía su recompensa, en forma de detenciones. Siguió retransmitiendo en directo los sucesos de la

plaza de San Pedro. Mientras tanto, las aspas del helicóptero daban vueltas con un ruido atronador. A él se subieron la teniente Tassi, el comisario, Paolini y Adriana. El helicóptero se elevó rápidamente y comenzó a dejar atrás una plaza que se empequeñecía por segundos.

Una nueva llamada sorprendió esta vez a Adriana desde lo más alto. Acababan de restaurar a la perfección la estatua en Tecnicon Restauro. La historiadora dio las gracias de una manera escueta, se despidió del gerente y luego dejó correr las lágrimas por su rostro.

El helicóptero cruzó Roma en dirección este a una altura moderada. Al fondo se divisaban las luces de la Gallería Borghese, resplandecientes en medio de aquella inmensa zona verde que la circundaba.

Se posó frente a la fachada principal. Todos bajaron antes de que el motor dejase de hacer ruido. Subieron las escaleras del museo y los recibió el capitán Francesco De Angelis.

—Buenas noches a todos; en especial a usted, señorita Rizzo. Acompáñenme al interior.

Todos se limitaron a seguirlo.

Cuando habían recorrido la mitad de un largo pasillo, el capitán se detuvo.

—Pasen por esta puerta y bajen. Yo me quedaré aquí, pero dos de mis hombres están abajo. Allí lo comprenderán todo.

Descendieron entre miradas recelosas. La vieja y estrecha escalera llevaba al sótano de la Gallería Borghese. Al llegar al final vieron una luz intensa que salía de una puerta abierta. Una vez traspasado el umbral descubrieron una sala de tamaño mediano donde dos policías custodiaban a un tipo.

El director del museo, a quien también se conocía como el Príncipe, o tan solo por su verdadero nombre, Scipione Borghese, décimo cuarto príncipe de Sulmona, estaba sentado frente a una vieja mesa de madera. Sobre ella había un ordenador portátil y una biblia protestante.

Lo que había detrás era lo que los sorprendió a todos: la verdadera estatua de *El rapto de Proserpina*, que habían ocultado allí la misma noche en que los guardias suizos rompieron la que solo era una copia realizada con el propósito de cobrar la póliza de la original.

—Llevaba un buen rato esperándolos —dijo el director con voz derrotada—. He seguido las noticias por la televisión desde aquí, gracias a mi portátil. Por un momento creí que lo íbamos a conseguir. Estábamos llevando la acción tan bien hasta el Vaticano entre todos…

»Hace año y medio conseguí que proclamasen papa a mi tío, aunque para ello tuviéramos que eliminar al anterior: pretendía contarle al mundo un secreto que solo muy pocos conocemos. A título personal, yo no estaba dispuesto a permitirlo. Para evitarlo, quise colocar a un nuevo Borghese en la silla de San Pedro. Conseguimos lo más difícil, pero he sido derrotado por mi propio tío en la misión que le encomendé: que profesase la fe protestante desde su cargo y que lo declarase al mundo. Jamás le perdonaré su traición. Por ello he contribuido con miembros de su cuerpo de seguridad a ensuciar el nombre del Vaticano, a cometer delitos que lo señalaran a él. Estaba firmemente convencido de que hoy lo iban a detener. No sé qué ha fallado, pero me rindo —concluyó, cabizbajo.

Adriana ya había descifrado aquel entramado una hora antes. Se dio cuenta de que, al igual que había sucedido cuatro siglos antes, los Borghese estaban utilizando el poder y el nepotismo con finalidades diferentes pero con un punto en común: un tío y su sobrino de esa distinguida familia volvían a estar directamente relacionados con una conspiración que explicaba gran parte de lo sucedido durante los últimos días; sobre todo, el que aquel museo asfixiado por las deudas y dirigido por un Borghese hubiera sustituido una estatua original por una copia que, a su vez, habían destrozado la misma noche en que la dejaron. Pretendían cobrar la póliza del seguro, sí, pero el director odiaba a Bernini por su catolicismo aunque lo veneraba como artista, y jamás destruiría una estatua suya. Por el contrario, esta descansaba allí tras él.

—Yo le diré lo que ha fallado. Es usted un delincuente, y lo voy a demostrar ahora mismo —afirmó Adriana mientras se le acercaba llena de valor.

La historiadora tiró con violencia de la camisa del director con tal fuerza que rompió un par de botones. Luego liberó su hombro izquierdo, pero tan solo dejó al descubierto un hombro de piel blanca, seca y sin tatuaje alguno.

—Adriana, la persona a quien buscas no está muy lejos de ti —dijo Carlo Marini, mientras apuntaba con su pistola a la cabeza de

la carabiniere Tassi—. Se llama Alessandra Tassi, pero su verdadero apellido es Borghese. Es la hija bastarda que el director tuvo con una empleada del hogar, y a la que hizo desaparecer en un orfanato desde la niñez.

Mientras el comisario la encañonaba descubrió el hombro de ella, y todos pudieron ver aquel tatuaje con un águila y un dragón. Luego sacó un bastoncillo con algodón en sus extremos.

—Queda detenida por el presunto asesinato de Mario Cimini, por tráfico de drogas, y por el intento de secuestro de Angélica Barnes, de cuyos cabellos extrajimos muestras de ADN de una persona que espero que coincidan con el suyo.

Y le metió el bastoncillo por toda la boca para que no hubiera lugar a dudas, luego lo guardó en un frasco mientras Paolini la seguía apuntando y, cuando el comisario guardó el frasquito en su chaqueta, él mismo la esposó sin que ella opusiera resistencia.

Los dos agentes de la *Guardia di Finanza* que contemplaban la escena empezaron a hacer otro tanto con el director. Se llevaron detenidos al padre y a su hija. Carlo Marini confiaba en que la teniente de los *carabinieri* confesaría qué otros cuatro agentes suyos la habían ayudado a cometer las fechorías de lo que el Príncipe había denominado su plan B.

* * * *

Las campanas de toda Roma dieron las doce de la noche. Del lugar donde Mario Cimini se había sentido más seguro empezó a cargarse un archivo que llevaba varios días dormido: veinticinco por ciento; cincuenta por ciento; setenta y cinco por ciento; cien por cien.

«Zas.»

Acababa de comenzar el 7 de diciembre, el día en que nació Gian Lorenzo Bernini. Aquel archivo se estaba enviando de manera automática a un montón de páginas web: la página de *La Reppublica*, la Universidad de La Sapienza, los informativos de la RAI…

El padre de Mario Cimini jamás habría imaginado que recibiría aquella noticia de su hijo muerto, aunque no lo hiciera en exclusiva.

La había llamado *El informe Bernini*.